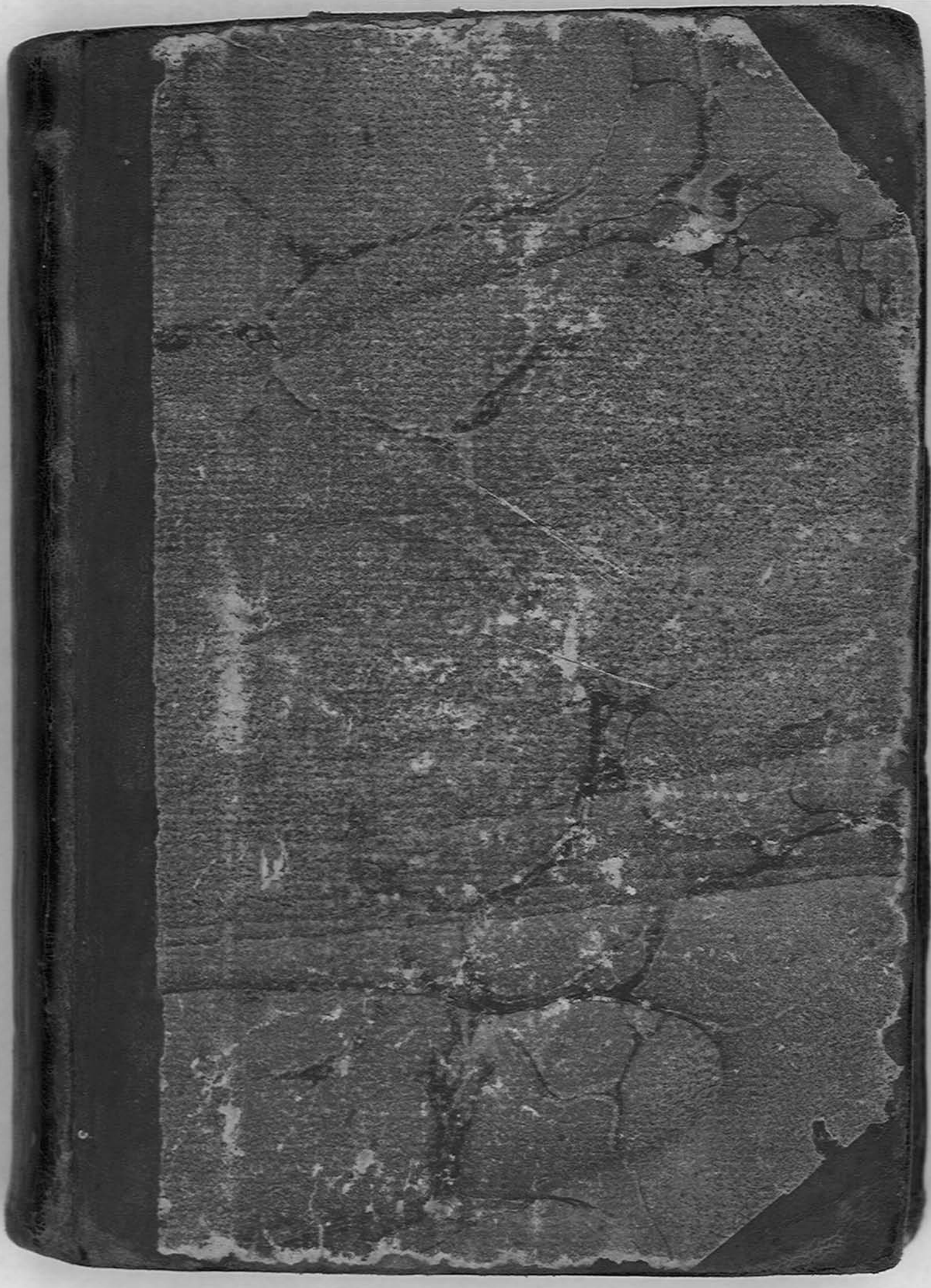
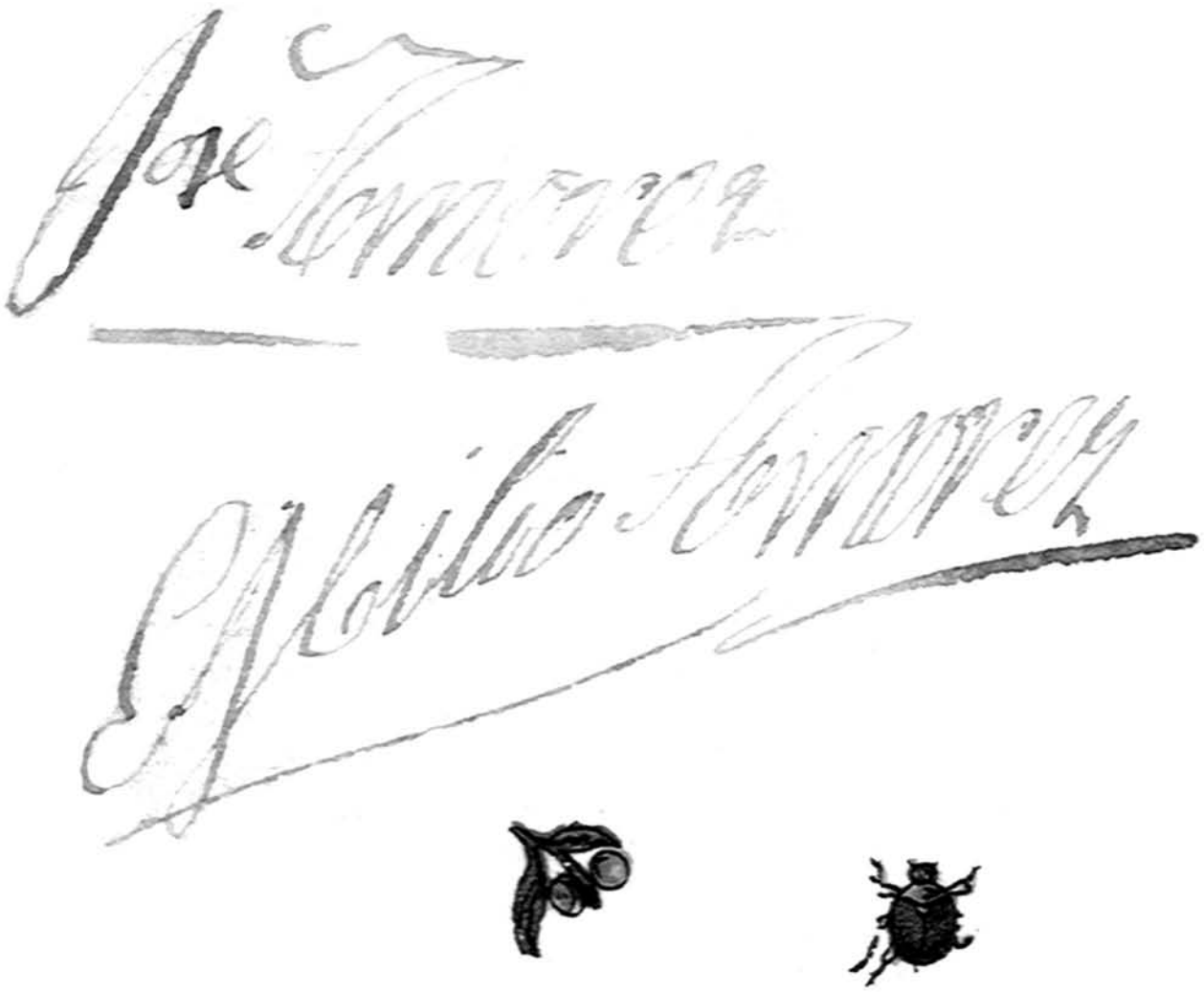




LA

Torre Tótica.

Gualtero toma agua de una fuente vecina, y le baña con ella el rostro.

D.o por Luis Tellez. G.o por Rocafort el hijo en Val.a 1831.

LA

TORRE GÓTICA,

ó

el Espectro de Limberg:

novela histórica del siglo XIV, original española:

Por P. J. P.

CON LICENCIA:
VALENCIA, OFICINA DE LOPEZ.

Agosto 1831.

Es propiedad de sus editores, y se halla de venta en sus librerías, calle de Campaneros, núm. 10, y en la de Bordadores, núm. 11.

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS QUE

CONTIENE.

CAPÍTULO I. *El funeral.* pág. 1.

II. *Venceslao VI.* . . . . 32.

III. *El espectro.* . . . . 87.

IV. *Los subterráneos.* . . . 140.

V. *Prision y duelo.* . . . . 190.

Introduccion.

La eleccion que hemos hecho del reinado de Venceslao VI, Emperador de Alemania, para formar la presente novela, no ha sido fortuita, ó efecto de mero capricho. Aunque la época fue verdaderamente fecunda en sucesos raros y acontecimientos novelescos; poca ventaja fuera para obtener nuestra preferencia, abundando en igual ó mayor copia de materiales para

formar una divertida novela las historias de otros imperios y de otros siglos. Por otra parte se ofrecia un inconveniente no pequeño á nuestro juicio. Realmente presentar á que figure en la escena como principal personage un insigne perverso, y no ofrecer al lector sino el repugnante cuadro de maldades sobre maldades inspira natural disgusto, y este engendra el fastidio; y puntualmente la historia de Venceslao no describe sino la horrorosa série de excesos y delitos que componen la vida de un monstruo. Pero el singular acaecimiento que forma el enlace é intriga de la no-

vela se refiere á la época de su reinado, y no podiamos desentendernos de enlazarle con la historia de aquella edad, sin incurrir en el mas grosero anacronismo.

Habiendo, pues, sido forzoso sujetarnos á las leyes de la cronología, á lo menos cuanto á lo esencial, ofrece la parte moral de esta obrita lecciones terribles, que convencen de cuán poco sirven los cuidados de una educacion sólida y cristiana, cuando la vil adulacion y un perverso natural echan á perder el mas bello cultivo.

Un príncipe ébrio, feroz, estúpido y holgazan; un favo-

rito ambicioso; un advenedizo cobarde, vil y envidioso; en oposicion con las virtudes de un hijo amable, generoso y valiente, de un padre sábio y recto, ambos fieles á su Rey, siendo ambos el blanco de una injusta persecucion, y de la envidia del favorito, con las de dos hermosas y amables jóvenes, cuya invencible constancia es expuesta á las mas duras y crueles pruebas: hé aquí el interesante contraste del presente cuadro. Si en Venceslao se vé realzado con exceso el colorido oscuro del vicio, no fue posible evitarlo, habiéndonos en su biografía atenido á la rigurosa verdad histórica.

Hemos seguido en esta novela nuestro gusto particular. Una série de sucesos maravillosos y llenos de misterios; un conjunto de enigmas, cuya solucion no se verifica hasta las últimas páginas de la obra; una agradable suspension que haga dejar con sentimiento su lectura antes de finalizarla; en una palabra, *un Solitario del Monte Salvage; una Muger misteriosa*, son las que mas dicen con nuestro genio, y sobre cuyo modelo hemos trazado el plan de la presente. Hemos procurado observar la mayor verosimilitud posible en los lances al parecer sobrenaturales y prodi-

giosos, sin recurrir en su desenlace á agente extraordinario, ni á potencia milagrosa. Desvanece todo el prestigio y placer del lector una narracion inverosímil, ó un personage sin relacion con los que figuran en la historia, creado únicamente por la caprichosa fantasía del escritor. Las antiguas novelas de la Etelvina, y el castillo de Clostern, suministran una prueba de lo que decimos: las apariciones y espectros de la primera, y los lances de la Dueña sangrienta y el Gran Turco de la segunda suspenden por el momento; pero al fin las apariciones y espectros quedan por ver-

daderas apariciones y espectros, porque así lo quiso el autor; y la Dueña sangrienta es una verdadera sombra que sale una vez al año del castillo, asustando á todos sus habitantes, habiendo muerto hacia un siglo, y sin querer decir que sus huesos estaban insepultos, hasta que el Gran Turco su marido, quien á pesar de estar algunos centenares de años enterrado, vivia y bebia y corria por el mundo, le obligó á declarar su voluntad, cumplida la cual, volvieron ambos tranquilamente á tenderse en el sepulcro. Esto no puede menos de inspirar tédio, sin satisfacer la curiosi-

dad, que aunque se ceba con preferencia en lo maravilloso, pero jamás en lo inverosímil y descabellado.

La célebre Ana Radcliffe ha logrado, segun el parecer de inteligentes, unir en alto grado al arte de suspender agradablemente, é interesar la curiosidad del lector la naturalidad en los desenlaces y en la aclaracion de los enigmas; y en la mayor parte de sus interesantes producciones vé este acaecimientos portentosos y arcanos ocultos, sin que salgan del orden de la naturaleza. Hé aquí los modelos que hemos tenido á la vista al tratar de escribir

la presente obrita; sin que nuestra presuncion se extienda á mas que á aspirar y á sentir con Estacio lo que sintió y dijo este poeta de la Eneida de Virgilio al fin de su Tebaida:

(*) Ni la Eneida divina
presumas imitar; sino de léjos
sigue, y sus huellas á besar te inclina.

(*) Nec tu divinum Aeneida tenta;
sed longe sequere, et vestigia semper adora.

La TORRE GÓTICA.

CAPÍTULO I.

El funeral.

ALUMBRABAN los primeros rayos de un triste dia de Enero los helados pantanos y nevados montes de Bohemia. (1) La blancura monótona y lúgubre del pais interrumpida solamente por los cortes perpendiculares de los peñascos, donde no habia podido hacer asiento la nieve, y por las espesas selvas, de que está lleno, comunicaba á la naturaleza un aspecto de melancolía y disgusto, y producia en el alma

sensaciones desagradables. Habian desaparecido hasta las señales de la vegetacion, y la erizada perspectiva de nieves y hielos ofrecia á la vista la silenciosa y terrible pompa del invierno en las regiones boreales. Sobre las copas tambien nevadas descollaban las pirámides góticas del campanario de la Abadía de Beraun, (2) formando armonía sus desnudas puntas con los esqueletos de los árboles sembrados de trecho en trecho al otro lado de la selva, y poco visibles á causa de la distancia. Esta solo permitia distinguir entre la espesura la cúpula de la misma Abadía, y los edificios mas notables de la poblacion; terminando el fondo del horizonte la ciudad de Praga, (3) envuelta en una niebla blanquecina y distante tres leguas de Beraun. El camino

igualmente cubierto de nieve y despojado de árboles, por donde se pudiera conocer su direccion, solo se hacia advertir por las pisadas de las gentes, que de las aldeas vecinas acudian diariamente por sus negocios á la gran capital de Bohemia.

Embebecido en las serias y profundas reflexiones, á que daba ocasion el sombrío aspecto de la estacion y del pais, caminaba lentamente hácia Beraun un caballero montado en un brioso caballo, y envuelto en un sobretodo de paño tosco, pero que no impedia divisar en su vestido interior pieles de marta, y otras señales por donde se venia en conocimiento que no era de estraccion comun. Cubria su cabeza una gorra polaca, cuyo extremo declinaba con gracia al la-

do derecho; rodeábala un simple galon de oro sujeto sobre la frente con una hebilla pequeña sembrada de diamantes, de donde partia un gallardo airon de plumas, que flotaban á merced del viento; pero no tan largas, que al caer incomodasen la vista del incógnito. Este parecia jóven, y su vista prevenia en su favor: los ojos penetrantes y vivos, la tez blanca, la frente hermosa y sombreada por bucles castaños, que realzaban su blancura, su aire gallardo, una fisonomía en fin, donde estaban pintadas las cualidades de un alma sublime y generosa; todo anunciaba en él grandeza, valor, sublimidad y heroismo. Los aldeanos, que seguian la misma ruta, fijaban en él la vista como sorprendidos de ver la lentitud con que caminaba en tiempo

tan crudo, exponiéndose al peligro de quedar helado; pero aun mas les admiraba la distraccion del incógnito. Este ni siquiera reparaba en la impresion que su vista causaba á los pasageros, y se hallaba á poca distancia de Beraun, cuando interrumpe su distraccion y enagenamiento un redoble general de las campanas de la Abadía. El eco sonoro, prolongado y repetido hasta distancias considerables por las montañas vecinas infundia pavor; y era la única voz de la naturaleza, cuando estaban mudos todos sus habitantes, y hasta el estrépito de las aguas aprisionadas por el hielo. Los golpes pausados y tristes de las campanas anunciaban un funeral, y los aldeanos, á quienes sus negocios conducian á la ciudad, apresuraban el paso para asistir con

tiempo á la fúnebre solemnidad. El desconocido, al oir el primer clamoreo, paró de repente, y fijó su vista atónita en el campanario de la Abadía: luego dirijiéndose á un aldeano, que por entonces pasaba, le preguntó qué significaba aquel repique desusado.

—No os podré decir otra cosa, señor, le contestó el aldeano, sino es que ha muerto en Praga la hija mayor del Baron Conrado de Limberg, y en los últimos momentos pidió á su padre por única gracia le hiciesen los funerales en la iglesia de la Abadía de Beraun, y su padre se lo concedió, viendo cuán poco iba en ello.

—Habeis dicho por única gracia; ¿pues tan cruel ha sido el padre con la difunta?

—No es eso, señor, sino que el

Rey Venceslao..... pero mas vale callar; porque al cabo el hombre no es hombre, sino guarda un secreto. Digo pues.....

—No, no, buen hombre, informadme de todo, y estad seguro que por mi parte ningun perjuicio os resultará de franquearos conmigo.

—Es verdad; pero no quisiera yo que por fatalidad llegase á noticia del Rey lo que voy á decir; porque no me hallo en disposicion de medir por el aire la altura del puente del Moldaw, como lo hizo poco há el santo canónigo Juan, (4) por ser como yo guardador del secreto. Digo, pues, que nuestro Rey Venceslao pidió á Conrado su hija Ana para casarla con el Baron de Manstein su favorito..... y aquí, hablando entre los dos, es preciso

que sepais, señor, que el tal Roberto de Manstein es un descomulgado aleman, amanecido en Praga sin saber de dónde, con una cara que espanta, y lleno de vanidad. Pero no es eso lo peor, sino que es de los que hacen migas con ese maldito rector de la universidad Juan Hus. (5) Esto lo sé por muy cierto. Ya veis, señor, si puede ser cosa buena.

Aquí el incógnito no pudo menos de sonreirse, y dijo al aldeano: sin duda, amigo mio, os tienen por muy fiel en el secreto, cuando os confian tantos y tan importantes.

—Por San Juan, señor, no lo dudeis. Es tan cierto, que ademas de haberlo oido en tres corrillos junto al palacio de Ratschin, me lo han comunicado diez por dife-

rentes caminos. Ved si puedo salir fiador de la verdad.

—No hay duda, y proseguid, que deseo saber la historia de la hija de Conrado.

—Cuando el Rey, continuó el aldeano, pretendió para Roberto la difunta Ana, era ya demasiado tarde. No lo digo por el padre, pues al momento condescendió gustoso con la demanda del Rey, porque no siendo bobo, veia ser buen bocado para su hija un personage de tanta suposicion, y que tanto ruido hace en la corte: pero la hija no sabiendo la honra que le destinaban, se adelantó á proveerse de novio, y en verdad no tuvo mal gusto, porque mal año para cuantos mozos galanes ha habido, que no llegan á descalzarle. Él es un pino de oro, ojos negros y vi-

vos, pelo castaño, cara blanca como la nieve; en una palabra un vivo retrato vuestro.

—Mucho me favoreceis, pero decidme, ¿quién es tan amable jóven?

—Ya podeis conocer que hablo del valiente y gallardo Gualtero de Guttemburg, hijo del Conde de Zitaw, tan distinguido por su valor en el reinado de Carlos IV. Era uno de los principales de la corte, y se llevaba las atenciones de todos por su afabilidad y bondad en tratar á todos; y por eso todos hubieran dado la sangre de sus venas, si él se la pidiera; muy al revés del pícaro Manstein, á quien jamás se le ha visto buena cara, bien que no teniéndola, es imposible manifestarla. No se le escaparon á la rapaza del Baron las gracias de Gualtero, é hizo como una santa en

querer casarse con él, porque pareja mejor no se habria visto. Gualtero por su parte no se detuvo en pelillos, y hétemelo enamorado de la linda Ana. Pero los pobres hacian la cuenta sin la huéspeda. Roberto, á quien tambien le ocurrió pensar en amoríos con la hija del Baron, luego que supo que la plaza estaba ocupada, se enfadó como hombre poco acostumbrado á tener contratiempos. ¿Qué hizo? como tiene tanto valimiento con el Rey, le puso en la cabeza que Gualtero era uno de los gefes del tumulto ocurrido en Praga, y en consecuencia era indispensable su prision y juicio. El Rey, que (hablando entre los dos) es algun tanto descuidado, y un tantico tomado del.... ¿eh?.... y se mata poco por lo que no le tañe de cerca, casi

sin mirar firmó la orden de prision contra Gualtero, tal como se la presentó su favorito. En vano el Conde de Zitaw representó la injusticia horrible de semejante proceder; en vano expuso los servicios de que el mismo Rey y su padre eran deudores tanto al padre como á su hijo. Roberto tuvo buen cuidado de alejar estos clamores de los oidos del Rey. En cumplimiento de la orden expedida por este, pasaron unos soldados á prender á Gualtero; pero sí, bonito era el niño para dejarse atrapar.... no hallaron la liebre en la cama, y se tiene por cierto ha puesto algunos centenares de leguas entre Praga y su persona. Confieso que tuve sumo gusto, viendo como se habia burlado de su enemigo: pero este no dejó enfriar el negocio. Desembara-

zado de la sombra de Gualtero, se presentó muy satisfecho á pretender á la difunta, y persuadido de no hallar el menor tropiezo en su dichosa boda. Por de contado el Baron de Limberg, que ya no miraba con buen ojo á Gualtero, cogió por la mano la ocasion y fortuna, que, segun creia, se le entraba por las puertas, é intimó á Ana se dispusiese á tomar por marido á Roberto. Hasta aquí todo iba bien; pero habia solo una pequeña dificultad de por medio, y era el no querer la muchacha; no digo con esto, que no tuviese vocacion al santo matrimonio; pero la cara de Roberto la espantaba, y se acomodára mejor con Gualtero, cuyo rostro lampiño decia mas bien con su genio. Voy ahora á referiros menudamente todo cuanto resultó de las

dos letras con que Ana respondió á su padre; quiero decir el *no*. Vereis en mi exacta relacion....

— No os tomeis ese trabajo, le interrumpió el desconocido, y decidme, ¿de qué enfermedad ha muerto la Baronesita?

—Señor, de no salir con la suya; eso es claro. ¿Pensais qué con tanta facilidad se deja escapar una fortuna tan grande, sin sentir no poderla volver á recobrar? No señor, yo me acuerdo, que cuando serví en la campaña del Electorado con el Emperador....

—Teneis razon en lo que decis, ¿con qué en efecto murió de pesadumbre?

—Puntualmente: de dos meses á esta parte, dicen que ni comia ni bebia, y siempre estaba encerrada en su aposento, donde no per-

mitia entrar á nadie, sino únicamente á su hermana Sofía, muchacha tan linda como ella, pero que hasta de ahora no ha estado mala, porque no la ha pedido Roberto.

Aquí el incógnito suspiró, y el aldeano prosiguió sin advertirlo: al cabo de los dos meses, sin saber como, ha hecho el gran disparate de morirse, sin vengarse siquiera del pícaro Manstein, ó á lo menos casarse con Gualtero. Hemos sentido tanto su muerte, que si alcanzan á Roberto las maldiciones que le echamos, ninguna noche se acostará sin la compañía de cuantas fantasmas y endriagos se aparecen en las minas de Guttemburgo. (6)

—¿Y se sabe dónde se le dá sepultura?

—Corre la voz de que trasladan su cuerpo al panteon de la fami-

lia en el castillo de Limberg situado en lo interior de las montañas de Reisen. Añaden que el mismo Baron su padre quiere acompañarla; pero yo me guardaria bien de hacerlo.

—¿Por qué razon?

—Porque quizá no saldria vivo de las manos de los aparecidos; y mas teniendo, como él tiene, tanta culpa en la muerte de la hija. No querria yo....

—¿A qué hora comienza el funeral?

—¡Oh! se me olvidaba haceros una puntual descripcion de él, pues será de lo mas soberbio que se habrá visto en Bohemia. Aunque lo habeis de ver, no os pesará saber que solo en luces....

—Es verdad que trato de asistir á la funcion, le replicó el incóg-

nito algo impaciente; no os tomeis la molestia de describirla. ¿Con qué sabeis seguro que depositan el cadáver en el castillo de Limberg?

—No pongais duda en ello, pues es público, y en el patio de la Abadía está la carroza enlutada que debe conducirle. Oid ahora, pues....

—¿A qué hora comienza el funeral?

—A las diez, porque la funcion será larga, y aun añaden si asistirá el Rey con su corte á las exequias.

Aquí estaban de su diálogo, cuando llegaron á vista de Beraun; mas el caballero incógnito, en lugar de ir en derechura hácia el monasterio, despidiéndose cortésmente del locuaz aldeano, torció por una senda que conducia á Praga sin tocar en Beraun, por donde pasaba el ca-

mino real de aquella corte; y picando espuelas al caballo desapareció al momento.

Una inmensa multitud ocupaba la gran plaza y avenidas de la Abadía, aguardando la triste comitiva, que procesionalmente venia con lentitud por el camino de la capital. Se habia desterrado la gente de los lugares de la comarca, y en los rostros de la mayor parte se veía pintado el sentimiento de la arrebatada y temprana muerte de la hermosa Ana. ¡Pobre jóven! exclamaban unos, ¡tan buena y caritativa como era; tan sensible á los trabajos de los infelices, y morir en la flor de su edad! ¡cuál será el sentimiento de Gualtero, añadian otros, al saber la muerte de su amante! Entre estos elogios se dejaban oir tambien sordas impre-

caciones contra el bárbaro Manstein, principal autor de la desgracia. Algunos no perdonaron al Rey, ni á su mismo padre, acriminándole el haber sacrificado á su ambicion una hija, que era el adorno de la corte y la gloria de su siglo. Pero estos tardíos elogios no restituian la vida á la jóven infeliz. ¡Suerte desgraciada de la virtud en este mundo! ser despreciada cuando se posee, y echarla menos cuando es imposible recuperarla.

El clamoreo general de todas las campanas de la ciudad, anunció por fin la llegada del fúnebre cortejo. Retirábase la gente á entrambos lados de la plaza para dar lugar á la procesion que iba desfilando hácia la iglesia de la Abadía. El frontispicio gótico de esta se hallaba entapizado de negro en toda

su extension. Una simple franja de oro dibujaba sobre el tapiz los arcos, ventanas y demas adornos de la fachada que cubria. La expresion terrible y magestuosa producida por aquel velo negro, suspendido al parecer en la region del aire, crecia al divisarse el arco puntiagudo que formaba la puerta, donde al entrar la comitiva, parecia abrirse el oscuro seno de la eternidad para tragarse las generaciones. Rompian la marcha doce caballeros armados de casco y coraza, flotando sobre la cimera un penacho de plumas negras, y desviaban la multitud á fin de que no impidiese ni retardase la magestad de la funcion. Seguian detras cuatro heraldos, que llevaban embrazados otros tantos escudos con el blason de la familia de Limberg.

Su ropage talar negro era de seda galoneado de plata, y la cola arrastraba por el suelo. Sucesivamente se dejaban ver doce jóvenes doncellas con el cabello tendido, y enredadas entre él algunas hojas de adelfa. El pomposo ropage que siempre ha distinguido á los habitantes de Alemania, lucia en su mas exquisito lujo, y no obstante, al ver en aquellos tiernos rostros la expresion del dolor y las huellas del llanto, cualquiera las tendria por genios destinados á guardar los sepulcros. La familia del Baron en trage de luto seguia pausadamente al coro virginal, y era fácil notar la sinceridad del dolor, que generalmente habia producido tan lastimosa catástrofe. Oíanse luego los piadosos cánticos y fúnebre armonía del clero, que prece-

dia al féretro, siendo sus voces las únicas que resonaban en medio de aquella inmensa multitud, y todo enmudecia ante el solemne aparato y voz espantosa de la muerte vencedora. Los monges de Beraun rodeaban el féretro á alguna distancia, y cuatro de ellos le conducian sobre sus hombros. Este iba cubierto de un paño de terciopelo morado con franjas de oro. Los cuatro extremos pendientes manifestaban en sus ángulos el escudo de Limberg, y entre estos signos de la vanidad humana iban mezclados los símbolos de la muerte. El cadáver descansaba sobre almohadones del mismo género, haciendo un maravilloso contraste la túnica blanca, de que iba vestido, con el color del oscuro lecho donde descansaba. Cerraba la marcha

el Rey con toda su corte, entre quienes era fácil distinguir por su proximidad al soberano, y por su aire altivo y feroz al Baron de Manstein, cuya alma impenetrable al remordimiento, presenciaba friamente la triste solemnidad, y aun tendia su vista cruel por el féretro donde yacía la víctima de su barbarie. Sobre esta era sobre quien principalmente se fijaban con ansia las compasivas y tiernas miradas de los espectadores. Algunos sollozos mal reprimidos, y lágrimas desprendidas de los ojos enternecidos, rendian en silencio el homenage mas brillante á la malograda juventud y gracias de la hermosa Ana.

Su cabeza coronada de una guirnalda de siemprevivas entretegidas con algunas perlas, descansaba con

gracia sobre el almohadon un poco inclinada. El rostro pálido, pero no cadavérico, donde se veía luchar todavia la belleza con la muerte; y si esta habia sido poderosa para derribarla, no alcanzaba su tiránica crueldad á aniquilar sus gracias. Las manos se mantenian cruzadas sobre su hermoso y abultado seno, dejando ver la delgada cintura que estrechaba una faja de color de rosa; y de alli se extendia la rozagante túnica blanca, cayendo por ambos lados, y cubriendo parte del féretro.

Luego que el acompañamiento llegó á la iglesia de la Abadía, colocóse el cuerpo sobre un elevado y grandioso túmulo correspondiente al aparato restante, y lleno de antorchas amarillas que despedian un funesto y melancólico resplan-

dor. Lo interior del templo correspondia al adorno de la fachada, aunque de un valor y riqueza excesiva. La claridad de las antorchas solo alumbraba objetos funestos. Las delgadas columnas salomónicas vestidas de negro, las paredes, bóvedas y altares igualmente cubiertos de adornos negros, respiraban pavor, y hasta la luz del dia penetrando por las pintadas vidrieras del crucero y claraboyas de las capillas, contribuia á aumentar el grandioso efecto de aquel vasto panteon; pues no se podia dar otro nombre á aquel soberbio monumento revestido en toda su extension de los trofeos de la muerte.

Al golpe de una armoniosa y patética música comenzó la ceremonia funeral. Aquella tierna y penetrante modulacion, aquellos

sonidos pausados, aquellos tonos lúgubres consagrados á la expresion del dolor, á la vista del interesante é infeliz objeto, que le producia, exprimian ardientes lágrimas de los ojos de los circunstantes, y subian al Altísimo los votos unánimes de la muchedumbre por el reposo del amable espíritu, que para gloria de la humanidad animó, aunque tan breve tiempo, el hermoso cuerpo de la jóven beldad. Entre los del concurso se notó con particularidad un jóven, que desde el principio de la funcion se colocó en parte, donde sin atraerse demasiado las miradas y atencion, pudiera ser espectador de la solemnidad, y presenciarla cómodamente hasta el fin. Sus facciones visiblemente alteradas, pintaban la interior agitacion

de su alma, y su rostro iluminado solo por la funesta luz de las antorchas, hacia mas notable la expresion de su dolor. Cuando se principió la misa, parecia enagenado, y sus miradas atónitas se fijaban alternativamente, ya sobre el féretro, ya sobre el Rey, que ocupaba un sitial elevado junto al altar mayor. Este jóven era puntualmente el mismo á quien el aldeano acababa de hacer la relacion de la muerte de la bella Ana. Un motivo mas que compasion se veía interesarle por la difunta, y lo confirmaba aquella especie de convulsion que se notaba en él al fijar la vista en el féretro. A proporcion que se aumentaba la expresion de la música, iba tomando su melancolía un carácter mas sombrío. Pero llegó el momento en

que los tonos pausados y largos se convirtieron de repente en golpes terribles y lúgubres al principio del *dies iræ*. Vióse entonces al infeliz jóven agitarse como frenético, volver los ojos desencajados hácia todas partes á fuer de demente, y dar un grito agudo y penetrante seguido de esta exclamacion: ¡ay! ¡ella ha muerto y yo vivo!....

Esta súbita voz fijó sobre él las miradas del asombrado concurso. Interrúmpese la solemnidad, cesa la música, y un sordo murmullo se esparce por el templo. Algunos se acercan al jóven para informarse y sacarle de la iglesia: pero el Rey irritado del desorden ocurrido, mandó arrestar inmediatamente al temerario, que habia osado profanar con su locura la magestad del ac-

to. Cuatro guardias penetraban por el gentío para apoderarse del jóven desconocido, cuando uno de los presentes mirando por casualidad al túmulo, le pareció notar un leve movimiento de cabeza en el cadáver. *Está viva*, grita aterrado, y huye atropellando cuantos se le oponian. Esta segunda novedad renueva el desorden que ya iba calmando. No era suficiente á contenerle la tropa distribuida por los ángulos del templo; crecia la confusion, y la aprehension de un muerto resucitado, vehementísima en una nacion tan crédula como la bohema, crecia con el horror de los objetos, que solo presentaban emblemas de muerte y sepulcros. Agolpábase la multitud hácia la puerta, entre la cual habiendo tenido lugar de volver sobre sí, desapare-

ció el incógnito, principal é inocente causa del tumulto. Quedando mas despejada la iglesia, no fue difícil restablecer la tranquilidad, y se prosiguió la funcion sin que hubiese recibido el cadáver trastorno alguno; merced á una gruesa balustrada que rodeaba el túmulo. Prosiguió hasta el fin la misa sin otro accidente, y concluida, se disolvió la comitiva, regresando el Rey á Praga con toda su corte. Quedó únicamente la escolta para conducir el cadáver á su destino. Bajado del túmulo, le acomodaron en una carroza enlutada prevenida al efecto. Atravesó esta la plaza de Beraun, en medio de una multitud innumerable de silenciosos espectadores, en cuyos rostros se veia retratado aun el espanto del reciente prodigio, pues por tal corria en

boca del pueblo. Aquella noche llegó el féretro al castillo de Limberg, y provisionalmente fue depositado en el panteon de sus mayores, para ser colocado al dia siguiente en el sepulcro, que de antemano se le tenia preparado.

CAPÍTULO II.

Venceslao VI.

Así como la naturaleza se complace de tiempo en tiempo en producir héroes y almas grandes para honor de la humanidad y adorno de su siglo, así deja á las veces escapar de su seno algunos abortos, que á manera de astros maléficos llevan consigo la destruccion y el oprobio del género humano. Tal fue Venceslao VI, Emperador de Alemania y Rey de Bohemia. Los sobrenombres de ébrio y holgazan, que se le dieron, servian para calificar sus vicios mas dominantes, pero no los mas enormes. Dotado de un carácter feroz y sanguinario; dominado de una pereza, que rayaba en es-

tolidez; entregado á la mas desenfrenada glotonería y beodez, aun desde la edad juvenil carecia de aquellos atractivos que debian hacerle amable, y señalar como un dia de gloria y felicidad el de su advenimiento al trono. Carlos IV su padre no omitió medio alguno para hacer de él un príncipe digno del sólio de Alemania. No contento con aquellas comunes diligencias acostumbradas en tales ocasiones, quiso esmerarse en proporcionarle toda suerte de ventajas, ilustrar su entendimiento [illegible]
mar su corazon. El [illegible]
nal solícito en [illegible]
vase aq[illegible]
con
t

das debian hacerle acreedor á tan honorífico encargo. Fue uno de los mas valerosos guerreros de su tiempo, y sirvió fiel y denodadamente al Emperador en todas las campañas de su reinado: á su diligencia se debió principalmente el haberse apaciguado la sedicion de Nuremberg, y á su valor el haber derrotado á Gonthier, Conde Schwartzemburg, (7) pretendiente al imperio, y cuya preponderancia sostenida por un respetable ejército, habia quitado al Emperador Carlos
Francfort, y algunas ciuda-
rio. El valor y fide-
la Zitaw iban acom-
no me-
gra-

unia la reserva y prudencia, no afectada sino natural: amigo de sus amigos, afable con todos, solo contaba los dias de su vida por los de sus favores: finalmente, sus luces eran mas que medianas en un siglo en que se resentian las artes y ciencias de la barbarie gótica. El Emperador Carlos, justo conocedor del mérito, creyó acertadamente no poder dejar á su hijo en mejores manos, y en verdad las pocas acciones buenas que practicó Venceslao se debieron sin duda al celo y cuidado del Conde de Zitaw. Pero las prendas del maestro requerian mas felices disposiciones de parte del discípulo. Los desvelos de aquel fueron inútiles; y su prevision anunció, pero no pudo evitar en su alumno un insigne malvado enviado por el cie-

lo para castigo de los pueblos. Como si quisiera la providencia preparar á estos para la calamidad, próxima á caer sobre sus cabezas, viéronse algunas señales é indicios de lo que algun dia debia ser el perverso príncipe. El fuego encendido á fin de entibiar el agua preparada para bautizarle, prendió en la iglesia parroquial de San Sebaldo, y la redujo á cenizas. Ensució la pila bautismal al tiempo de la ceremonia, como antiguamente Constantino Coprónimo. Cuando el año siguiente recibió la investidura del reino de Bohemia, contaminó igualmente el altar, sobre el cual le habian colocado. En fin todo presagiaba cuánto debian temer los pueblos de un príncipe rodeado de tan infelices agüeros.

Entre los jóvenes que brilla-

ban en la corte de Venceslao, ninguno se distinguia tanto como el noble Gualtero de Guttemburg, hijo de Emerico. Vivo retrato de su padre, se hacia adorar generalmente, y las gracias de la juventud daban un realce singular á las prendas heredadas de él. Era difícil verle sin aficionársele. Su edad poco menor que la de Venceslao rayaba en los quince, cuando este subió á ocupar el trono por muerte de Carlos IV. Aunque los dulces sentimientos de amistad y amor fuesen extrangeros al duro corazon de Venceslao, era tal el atractivo de Gualtero, que cuando menos no podia cerrar su pecho á un sentimiento de benevolencia hácia él, y el frecuente trato suavizaba algun tanto el natural desapego del príncipe, pues desde que Emeri-

co se encargó de la direccion de este, era compañero inseparable de sus juegos y diversiones el jóven Gualtero. De aquí resultaba que en presencia de su amigo deponia en parte su ferocidad, y un movimiento involuntario de respeto le hacia sentir el irresistible ascendiente de la verdadera virtud sobre el poder y fasto del vicio.

No era menor el valimiento que tenia en la corte el Baron Conrado de Limberg. Habia sabido ganarse en parte la confianza de Carlos IV, ocultando bajo un exterior modesto y afectada afabilidad, una desmedida ambicion é índole altiva. Su genio flexible era el del escorpion, halagando para matar, y poseyendo la destreza de inducir á otros á secundar sus inicuos proyectos sin manifestarlo. No era

belicoso; pero cuando las circunstancias lo requerian, sabia sin comprometerse, afectar un valor que no tenia. Verdadero cortesano no tenia otros amigos sino los que podian servirle de escalones para su elevacion, y la lisonja era en su concepto el Dios, á quien debian los hombres rendir incesantes adoraciones. En el corazon de Carlos IV hallaron alguna cabida sus astutas ideas, porque son muy pocos los soberanos, que no rindan este tributo á la debilidad humana; pero la natural rectitud del monarca sostenida por la sombra de Emerico, no le permitió internarse demasiado. Ahora que su penetracion le impùso del partido que podia sacar del nuevo Rey, trazó su plan, y comenzó á realizarle. No obstante la entereza de Emerico le desarmaba,

y aunque no desconfiaba derribar en breve al émulo de su gloria, le pareció por entonces mas acertado dedicarse á ganarle la voluntad con un medio que á un mismo tiempo lisongeaba su vanidad, y le proporcionaba un puesto brillante.

Tenia Conrado dos hijas, Ana y Sofía. Aunque los atractivos de ambas dejasen poco recurso á la indiferencia ó frialdad, y bastase dejarse ver para encender la llama del amor en los corazones, sin embargo el carácter amable de Ana, la dulzura y suavidad de su trato, su ternura y sensibilidad, aquel corazon, á quien eran desconocidos los sentimientos de ódio, enojo ó rencor, aquella alma nacida para amar, hacian de ella un inapreciable teson. Sofía su hermana tenia mas viveza, y por lo mismo un genio

mas jovial y risueño; pero debajo de un exterior al parecer superficial, y de un corazon voluble, ocultaba una firmeza inalterable y un pecho constante y decidido. La hermosura era casi igual en las dos. Ana expresaba en su fisonomía todo el ardor de una alma afectuosa; sus ojos negros animados de un dulce fuego, sus cabellos tambien negros cayendo en luengos bucles, hermoseaban la mas blanca tez del mundo. Era un modelo de las beldades romanas. El rostro de Sofía se hacia mas notable por la expresion animada de sus ojos azules. Su rubia cabellera, y los vivos colores de las mejillas la hacian interesantísima. Su risa era seductora, y hacia admirar una dentadura de marfil bruñido. Era en fin una belleza del septentrion. Sofía inspi-

raba una pasion placentera y voluptuosa; Ana un amor profundo y algo melancólico. La aparente oposicion de caractéres no impedia que viviesen estrechamente unidas las dos hermanas, y la confianza y amistad mas ilimitada habian erigido su altar en estos jóvenes corazones. Pero entraba otra persona á partir con ellos tan dulces sentimientos. Úrsula de Limberg, Canonesa de Kémpen y hermana del Baron, vivia hacia algunos años en su compañía, y habiendo quedado huérfanas de madre, su tia que las idolatraba, se encargó de su educacion con suma complacencia de Conrado, quien por este medio se libraba del cuidado de fiar sus hijas á manos mercenarias y extrañas. No tuvieron las amables jóvenes motivo de echar menos á su ma-

dre, pues la buena Canonesa llegó en su afecto y amor á sus sobrinas, mas allá de lo que se pudiera imaginar. Una vida libre de inquietudes y zozobras prometia á las dos amables doncellas un porvenir envidiable. ¡Dichosas! ¡si el amor no hubiera venido á turbar su paz, y á deshacer sus encantos! vivian retiradas y felices, y su amable ambicion no se extendia mas allá de los objetos que las rodeaban; siendo una ignorancia feliz el principio de su ventura.

En Ana fundó Conrado el logro de la suya. Bien persuadido del ascendiente que lograba Emerico sobre el espíritu de Venceslao, y previendo como sagaz que este ascendiente debido á la virtud y probidad jamás padeceria menoscabo, trató cuando menos de

sacar el partido mas ventajoso posible, doblándose como verdadero cortesano á las imperiosas circunstancias. A este fin resolvió ante todo insinuarse en el ánimo de Emerico, y deducir de sus respuestas la consecuencia fatal ó favorable á sus ambiciosas miras.

—No se puede negar, dijo un dia al Conde de Zitaw, que las circunstancias espinosas en que nos hallamos, requerian una mano nerviosa para mantener las riendas del gobierno, aunque ha sido por otra parte una felicidad para nosotros estar ya completada la educacion del Rey.

—Un soberano como Carlos siempre hace falta, y su pérdida no la podremos llorar bastantemente, le contestó Emerico; por lo mismo es un deber sagrado en nosotros

no perdonar fatiga ni sacrificio, á fin de que el hijo no haga recordar con lágrimas la memoria de su padre. Aunque no concibo qué espinosas circunstancias, qué riesgos deben hacernos desear una mano nerviosa para el gobierno de Bohemia. Sabeis que gracias á los desvelos de Carlos, en vida suya fue ya Venceslao declarado heredero presunto de la corona, y si alguna dificultad ú obstáculo quedase por vencer, todos los subsanaba la Bula de oro. (8) Ademas habeis visto cuán sin contradiccion ha sido admitido á reinar despues de la muerte de Carlos.

—El unánime reconocimiento ha sido aparente.

—¿Cómo?

—No se os oculta que el partido de Gonthier en el reinado an-

terior quedó sofocado, pero no extinguido. Los de la faccion tratan de aprovecharse de la elevacion de un príncipe jóven, inexperto, y aun (perdonad si os repito las expresiones que cunden entre el pueblo) holgazan y borracho. Yo no dudo que estas sean voces de una faccion oprimida y revoltosa, porque nuestro Rey.....

—Me permitireis que os interrumpa. Nuestro Rey, hablando con franqueza, adolece de esos defectos, y la experiencia me ha demostrado que son en él naturaleza. No obstante una buena educacion hubiera podido precaver muchos de los funestos efectos de estas vergonzosas tachas, si él con la vista de ejemplos que no debiera, no hubiese tenido ocasion de fomentar su natural desidia y glotonería.

—Os estimo tanto la franqueza, que no puedo menos de corresponderos con la mia. Sois un fiel vasallo de Venceslao, y tambien los hay en Bohemia y en el imperio, en cuyo número me permitireis la vanidad de contarme, ya que no el primero, á lo menos tampoco el segundo. Este título me obliga á dedicarme exclusivamente al servicio de mi soberano, y evitar cuanto pueda interrumpir la grandiosa marcha de su gobierno. No extraño os admirase el oirme hablar de circunstancias espinosas, sin estar impuesto en los pormenores. Mis fieles emisarios me han informado de que los partidarios de Gonthier han esparcido por Praga papeles incendiarios, llenos de falsedades y calumnias contra el nuevo Rey. La

ciudad, que sabeis cuán inclinada es á la sedicion, se halla en una fermentacion espantosa.

—¿Pero es posible, Baron, que vuestra boca sea la primera que me informe de una novedad tan pública como decis?

—La serpiente ha sido sofocada en la cuna. No he querido tener compañero en la gloria de hacer un servicio á mi Rey. He dado mis providencias, y de resultas se hallan ya presos algunos cabezas, y va calmando la fermentacion.

—¿Y el Rey se halla informado?

—No he tenido por conveniente participárselo hasta estar todo tranquilo. Entre tanto debeis descansar en las enérgicas disposiciones de mi incansable celo, el cual sale responsable por ahora de la quietud de Praga.

—¿Qué temeis, pues, en lo sucesivo?

—Que todos los recursos de mi fidelidad no sean suficientes á librarnos de una catástrofe. ¿Quién nos asegura, por ejemplo, que la conspiracion descubierta ahora felizmente, no se conduzca segunda vez con mayor cautela, y la primera señal de su explosion sea el cuchillo en nuestras gargantas? Solo un medio me ocurre para conjurar del todo esta temible borrasca.

—Decid.

—Mi hija Ana se halla ya en edad de tomar estado, y aunque me envanezco de tenerla por hija, desde que murió su madre, convendreis conmigo en confesar que una muchacha ó dos solas son mueble de estorbo para un hombre

de nuestra clase. Bien es verdad que descanso en el celo y cariño que les profesa mi hermana la Canonesa, á quien he confiado su educacion, y no pudiera haberlas puesto en mejores manos; pero su cariño raya en debilidad, y temo que los demasiados mimos las vuelvan voluntariosas y caprichosas. Sofía es de algo menos edad, y por consiguiente no hay que pensar en deshacerme de ella tan pronto. Ya sabeis que el Margrave de Staffendorf es como el alma del partido Gonthieriano, y si logramos gànarle, perdia Gonthier su brazo derecho, porque no se le puede negar sin injusticia un valor y una prudencia á toda prueba. Me consta que de una vez que vió á Ana, quedó prendado de ella, y se ha valido de algunos medios ocultos

para insinuarse en el corazon de la muchacha ; aunque la vigilancia con que la guardo la ha defendido hasta de ahora de las solicitudes del Margrave. ¿No era muy factible que un enlace mudase los intereses de esta , y agregase á nuestro partido un socorro formidable? ¿Qué me aconsejais?

—Que si es cierto que Ana no le mira con repugnancia , asgais de los cabellos esta oportuna ocasion de asegurar la felicidad de Bohemia y el trono de Venceslao.

—Ahí está el punto de la dificultad.

—¿Pues Ana tiene aversion al Margrave?

—No ignorais su carácter decidido. A fin de explorar su corazon , hice el otro dia recaer la conversacion sobre él , ponderán-

dole las ventajas que resultarian á cualquier familia que emparentase con él por su ilustre sangre, riquezas, &c. Ana me oyó con frialdad, y cuando le pedí su parecer contestó: que verdaderamente era fortuna envidiable; pero que si deseaba una respuesta franca, por entonces no se sentia con fuerzas para vencer la repugnancia que le inspiraba aquel caballero. Pero, ó yo me engaño, ó la repugnancia de mi hija procede de estar ya ocupado su corazon.

—¿Con un retiro como el que guarda? ¿Y quién suponeis haya inclinado la indiferencia de vuestra hija?

—Gualtero.

—¡Gualtero!

—Gualtero. Oidme. Ya os acordais del lance del dogo en los jar-

dines de palacio. Desde entonces me atrevo á asegurar que Anita le ama. ¿Os parece poco deberle la vida, y deberla á un jóven tan gallardo y amable? Las mugeres no necesitan mas que un momento para mirar, y otro para querer. Tanto mas, que hablando sin lisonja, habrá en la corte pocos jóvenes que igualen á vuestro hijo.

—Si es así, contestó Emerico pensativo, deberemos echar mano de otro recurso á fin de ganar al Margrave, porque sería barbarie sacrificar á vuestra hija.

—No os ponga en cuidado este inconveniente, pues hay mil caminos para obviarle. El primero y principal es asegurar de un modo indisoluble la concordia que reina entre nosotros, pues mal contaremos con los auxilios precarios

y eventuales, si despreciamos los seguros. A este fin un enlace entre nuestras familias..... Perdonadme la libertad á la que vos mismo me habeis dado motivo. Supuesto que Ana y Gualtero se aman, seria una crueldad.....

—¿Y dais por sentado que van de acuerdo los jóvenes?

—No pongo duda en ello, porque aunque solo en globo me refirieron el lance de los jardines, algunas expresiones vagas é incoherentes de vuestro hijo me convencieron de que trataba de sondear mi corazon como amante de mi hija.

—Proseguid; ¿y el Margrave?

—No habiendo tenido tiempo de echar muy hondas raices en su corazon la pasion á mi hija, creo no seria muy difícil que una negativa pronta le curase de ella. Ademas

de que he discurrido un arbitrio para indemnizarle, y este nos proporciona una doble ventaja. Este arbitrio es ofrecerle mi hija Sofía, supuesto que él nos ha hecho todavia un misterio de su inclinacion á Ana. Si da su consentimiento, logramos por una parte atraerle á nuestro partido, y por otra asegurarnos de su fidelidad con el tiempo, ya que la poca edad de Sofía no permite verificar el matrimonio hasta dentro de uno ó dos años. Esta ganancia, junto con la preponderancia que nos dará el nombre del Conde Alberto de Holanda, padre de nuestra reina, quita á Gonthier hasta la mas remota esperanza de triunfar, y su faccion se desvanecerá por sí misma.

—Tal vez vuestro ardiente celo por el Rey, no os hará ver mas

que ventajas en vuestro plan propuesto, y os cerrará los ojos para no advertir los inconvenientes que deben acompañarle ó seguirle. En cuanto á Gualtero yo no violentaria su voluntad, y me resultaria una singular honra y satisfaccion de su union con vuestra hija; pero tiempo nos queda de pensar con madurez, y no aventurar un paso que nos interesa igualmente á entrambos.

—Yo confio que no será aventurado un paso, del cual no puede resultar sino un bien real; y me alegro de saber vuestro parecer en todo semejante al mio. Contento con vuestra anuencia, no precipitaré mi plan; pero sondearé á mi hija, y si el resultado es cual espero, dentro de poco os llamaré hermano.

Despues de esta conferencia, el Baron de Limberg, teniendo la mera complacencia del Conde por un consentimiento positivo, se apresuró á hacer entrar á Ana en la ejecucion de sus ideas; pero la suerte no queria que el principio de obra tan bella se debiese á la ambicion é interes; al amor tocaba dirigirla.

Aunque Emerico, desde las primeras palabras del Baron, vió adonde se encaminaba, y penetró su ambiciosa política, no le pesaba por otra parte un plan realmente ventajoso á su hijo Gualtero; porque Ana era partido digno de un soberano. Por lo mismo se manifestó bastante inclinado á él, y esto fue suficiente para que el ambicioso Conrado no titubease en asegurar á su hija que todos los pa-

sos estaban ya dados, y los inconvenientes vencidos. El rubor natural del sexo impidió á Ana manifestar el exceso de su alegría, cuando su corazon le hablaba ya con tanta energía en favor del jóven Gualtero; pero á la perspicacia del padre no se escapó la alteracion visible de su rostro, la palpitacion de su pecho, y el desorden de sus respuestas, y se convenció de no contraer su hija un mérito en la obediencia.

No era extraño. Entre los caprichos de Venceslao era uno mantener prodigioso número de lebreles para la caza, y dogos para lidiar con fieras. Para guardar los jardines de palacio habia dos monstruosos: de dia los tenian amarrados á una cadena en un ángulo del jardin, y los soltaban cuando lle-

gaba la noche. Acostumbraba Conrado llevar consigo á sus hijas alguna vez cuando iba á palacio, y paseaban los jardines, mientras él estaba ocupado en los negocios del reino. Pocos dias antes de la conferencia arriba dicha, fue segun su costumbre acompañado de sola Ana, y entrando en el gabinete del Rey, dejó á su hija en el jardin. A poco rato se oye en palacio una gran confusion; Venceslao, que á la sazon se hallaba en compañia del Baron, del Conde y de Gualtero, sale á informarse del motivo, y un criado le responde: *señor, se ha soltado el dogo negro, y anda corriendo por el jardin sin poderle coger. Nadie se atreve á acercársele, porque despedazaria al primero que se le pusiese delante.*

El Baron al nombrar el jardin:

¡ay mi hija! exclamó, y voló á socorrerla.

No habia aguardado á tanto el gallardo Gualtero; pues antes de saber adonde se habia dirigido el dogo, ya habia partido como un rayo.

Venceslao oyó con indiferencia la relacion del criado, y volviéndose al Conde, (quien viendo no ser ya necesaria su presencia en el jardin, se mantenia junto á él) no merece, dijo, la pena de habernos levantado: creí fuese alguna novedad mayor, y ese pícaro merecia le hartasen de palos por habernos incomodado por una friolera como esa. Continuemos, Conde.

Gualtero llegó al momento á la puerta del jardin, donde se habian retirado todos los dependientes, sin osar adelantar un paso, aunque iban armados de lanza.

—¿Por qué no le habeis muerto, gritó?

—Porque el Rey no nos perdonaria esta accion en un animal que él estima tanto. Lo que mas nos lastima es la pobre señorita, hija del señor Baron de Limberg. Si el dogo la ha encontrado, dadla por muerta.

—¿Dónde está? ¿hácia qué parte se ha dirigido? y sin aguardar respuesta, salta de un golpe ocho gradas de marmol por donde se bajaba al jardin, y desaparece por entre las calles.

A este tiempo llegó el Baron preguntando por su hija; en el jardin está, le contestaron todos despavoridos. Todos mis bienes son del que se atreva á salvarla, exclamó: pero todos se encogian de hombros, manifestando la grandeza del peli-

gro á que se exponian. Si nos fuese permitido matarle, aun nos arrestaríamos: solo conoce á uno, y este le ata por la mañana; mas por desgracia está ausente, y ya han ido en busca de él. El Baron inmóvil tenia fijos los atónitos ojos en la calle principal del jardin, y en su rostro pintado el mas profundo abatimiento.

Gualtero corria con la espada desnuda los solitarios andeles de aquel vasto recinto, cuando á lo léjos divisa en un magnífico cenador situado en el centro una muger paseando tranquilamente. Pasmado apresura su veloz carrera, dudando todavia si seria la hija del Baron. Poco trecho le faltaba para llegar, cuando advierte que la jóven vuelve la cabeza por el lado opuesto á una de las avenidas del

cenador, retrocede dos pasos, y cae de repente desmayada. Gualtero se precipita hácia el cenador, y llega á tiempo que el furioso dogo acababa de lanzarse sobre la hermosa víctima. Por fortuna solo clavó sus agudos dientes en el ropage flotante de la doncella, y las presas le impidieron desembarazarse tan pronto de él. El intrépido jóven le acomete, al verle la fiera, suelta la presa, y de un salto se le tira al cuello; pero felizmente supo dirigir su espada con tal acierto y serenidad, que la clavó toda en la garganta del furioso animal, y cayó en tierra vertiendo un rio de sangre: no obstante la rabia le restituyó momentáneamente las fuerzas, y levantándose repentinamente, no pudo impedir Gualtero que le hiriese en el brazo iz-

quierdo. Este esfuerzo acabó de agotar el valor del dogo, y recibiendo segunda estocada, cayó tendido en el suelo.

Apenas el victorioso jóven vió muerto á su adversario, cuando se inclinó á socorrer á la desmayada beldad que yacia sin sentido. ¡Cielos! ¡qué sensacion tan deliciosa experimentó su corazon, al fijar la vista en el pálido rostro de la bella Ana! Jamás habia tenido ocasion de verla tan de cerca, y no podia figurarse hermosura tan delicada y celestial. Al caer la habia recibido afortunadamente una pared de murta, y disminuyendo la violencia del golpe, la mantenia medio recostada, y parecia una venus dormida en los jardines de Gnido. Gualtero la levanta respetuosamente, la reclina en uno de los

asientos del cenador, y corre á buscar agua de una fuente inmediata para rociarle el rostro. A poco rato fue volviendo en sí, abre desmayadamente los ojos, y sus tiernas miradas se fijan en el hermoso libertador, en cuyas facciones brillaba á un tiempo el gozo y la mas tierna solicitud. Una sonrisa de la doncella pagó el riesgo inminente á que se habia expuesto. Gualtero embriagado de felicidad no sabia apartar sus ojos de Ana. No pareció tan bella la desgraciada Andrómeda al valiente Perseo, cuando la libertó del mónstruo marino. El idioma del amor se hizo entender del modo mas elocuente: Gualtero adoraba á Ana, y Ana era feliz con el amor de Gualtero.

—¿Dónde está mi padre? fue la primer palabra que pronunció, y

su acento encantador penetró el alma de Gualtero.

—Está bueno, le contestó, y no tengais zozobra tocante á él, pues por ahora solo debeis tratar de vuestro restablecimiento. A este tiempo advirtió Ana la sangre que corria del brazo de Gualtero; volvió la cabeza, y vió tendido al terrible dogo: á este espectáculo se extremeció; pero una mirada de Gualtero le restituyó la serenidad al alma y el color al rostro. Está muerto, no temais, le dijo mirándola afectuosamente.

—Conozco, le dijo Ana, toda la extension del beneficio que acabo de recibir de vuestra mano, y estad seguro que mi gratitud no tendrá límites.

Al decir esto probó á levantarse, y apoyada en el brazo de su

libertador, vanaglorioso con tan dulce carga, se dirigió á la puerta del jardin, donde los esperaba el Baron con toda la comitiva. No cabe ponderacion en la alegría de todos, al ver libre aquella amable jóven de riesgo tan inminente. El Baron fuera de sí echó los brazos al cuello de Gualtero, llamándole el ángel tutelar de su casa, y dándole los dulces títulos de libertador y de hijo. Fueron innumerables los parabienes que recibió el gallardo paladin de la bella Ana, quedando el Rey y su mismo padre igualmente satisfechos de la muestra de su temprano valor é intrepidez; y aunque Venceslao sintió la muerte de su dogo, le perdonó no obstante en gracia de Ana, teniendo por entonces bastante moderacion para abs-

tenerse de castigar ruidosamente la muerte de un animal, que en su concepto equivalia al asesinato de un hombre. Desde aquel dia comenzaron los dos amantes á verse con frecuencia, y el Baron, que no solo apoyaba, sino protegia su amor, trataba de apresurar un enlace no menos suspirado de los apasionados jóvenes. La Canonesa, tia de Ana, embelesada de la gallardía y ardimiento del libertador de su sobrina, y sabiendo que esta no habia podido negar al amor un corazon entregado ya á la gratitud, instaba á su hermano á que apresurase el dichoso instante.

Mas la desgracia, compañera inseparable del amor, les tenia destinados á duras y crueles pruebas, y era preciso acrisolar un fuego reciente, á fin de que resaltase la

pureza de la llama no extinguida en un mar de contradicciones, y encendida aun mas allá del sepulcro. Ana contenta con la felicidad presente, y encantáda con la venturosa perspectiva que ofrecia la florida senda, abierta ante sus ojos por el amor, se entregaba á las mas lisongeras ilusiones. Su hermana Sofía, cuyo corazon aun libre solo era feliz por su hermana, sentia acrecentarse su ventura, á medida que se acrecentaba la de Ana, y fiel depositaria de los secretos de su corazon, participaba de su ternura y sensibilidad; y Gualtero ocupaba los momentos de una vida envidiable, embellecida por una mezcla de sentimientos de gratitud, afecto y amor.

Los primeros años del reinado de Venceslao fueron bastante pa-

cíficos. Contenido su natural feroz y desidioso, y todos sus demas vicios por la presencia de Emerico, y respeto que le infundia su virtud, los pueblos mas motivo tuvieron de acriminarle omisiones, que delitos positivos; aunque el sábio manejo de Emerico suplia las mas veces estos efectos de su holgazanería. Pero poco á poco comenzó á fastidiarse de esta especie de pupilage, y á procurar romper la sujecion en que se figuraba vivir. No tardó mucho en ejecutarlo. En una índole cruel y bárbara, en un corazon nacido para la tiranía no hay términos medios. Así este monstruo debia ser ó tirano ó esclavo; y sus manos, ó sostener la cadena que las sujetara, ó la cuchilla con que vertiesen la sangre humana.

La primera vez que dejó de seguir el parecer de Emerico, fue en ocasion de enviar los estados imperiales una solemne embajada, rogándole visitase personalmente aquellas sus provincias. Emerico era de dictámen que debia acceder á demanda tan razonable, asegurándole esta condescendencia la devocion y afecto de aquellos pueblos. Era esfuerzo demasiado grande para el indolente príncipe un viage con el mero objeto de ver tierras, y oir un idioma extraño; en consecuencia despreció el consejo de Emerico, y respondió lacónicamente á los enviados:

—Decid á los alemanes que Venceslao vive en Praga, y allí le encuentra quien le busca. Si algo desean, tanto hay de Alemania á Bohemia, como de Bohemia á Alemania.

Desde este momento se quitó la máscara, y se dejó ver en su forma real y espantosa. Como si quisiese recobrar los pocos años en que habia vivido sin hacer mal, se apresuró á adelantarse en crueldad y barbarie á los mas célebres tiranos de la antigüedad. Llegó á tan horrible extremo de desnaturalizacion, que no solo sin forma de juicio, sino tambien por mero capricho condenaba á muerte á infinitos. Saliendo en público, le seguia siempre un verdugo con la segur levantada, quien á la menor señal suya, separaba la cabeza de los hombros de la infeliz víctima de su tiranía.

Si faltaba el verdugo, llevaba atraillado un enorme dogo, y segun le parecia, le soltaba para que despedazase ó maltratasa cuantos

hallaba al paso. Nadie podia contarse por seguro; y con el pretexto de ser partidarios de Gonthier, perseguia y castigaba encarnizadamente á los nobles y poderosos, apoderándose de sus riquezas. Lo restante de su vida era una contínua embriaguez y glotonería. Ocasion hubo en que tres veces le vió el sol al nacer, y otras tantas al ponerse, recostado muellemente en una silla sin moverse, entregándose á los mas vergonzosos desenfrenos de la gula. El último delito con que coronó la espantosa cadena de sus maldades, antes que la providencia tomase la primera venganza de ellas, fue la inaudita crueldad de hacer morir á la desgraciada y virtuosa Juana su muger, hija del Conde Alberto de Holanda, despedazada por el dogo.

Las cosas del imperio tenia reducidas al estado mas lastimoso la perversa y escandalosa conducta del Rey. Lamentaban Emerico y Gualtero el desorden presente y las funestas consecuencias que preveian. No pudo el prudente Conde oponer un dique al torrente impetuoso. Ruegos, consejos, todo fue inútil, y vió con dolor perdidos sus desvelos, y un verdugo del género humano sentado en el trono de Carlos IV. No tuvo aquí fin su desgracia. El Rey le mandó no parecer mas en su presencia, y el Conde recibió este golpe con indiferencia filosófica, dedicándose desde entonces á formar el espíritu de Gualtero, comprendido igualmente en el inícuo destierro del Rey.

La privanza del Baron de Lim-

berg no padeció contratiempo en medio de trastorno tan fatal. No bien se apercibió de la mudanza de Venceslao, cuando vió con satisfaccion llegado el tiempo de su fortuna. Como no habia podido llegarse á persuadir padeciese menoscabo la privanza del Conde de Zitaw, fue tanto mayor su alegría, viendo abatido á su émulo, cuando él menos pensaba, y este acaecimiento cambió enteramente sus resoluciones. Desde luego era para él la dificultad menos insuperable mantenerse en la gracia del Rey, pues sabia con destreza insinuarse y lisongear su gusto y vanidad, conducta que en un príncipe como Venceslao, no podia dejar de producir efectos maravillosos. Lo consiguió efectivamente. El perverso monarca depositó en Conrado

toda la confianza é inclinacion que depositara en Emerico, y aquel engreido de no partir con nadie la privanza, concibió los mas grandiosos proyectos para lo futuro. Ya desde entonces pensó en retractar la palabra de casar á su hija Ana con Gualtero, y dividir aquellos corazones que él mismo habia unido. Pero discurrió, como sagaz que era, obra de mucho esfuerzo renunciase Ana un enlace, del cual era inseparable su felicidad. Creyó pues ser el único medio alejar á Gualtero, y la casualidad le presentó una pronta y favorable ocasion.

Venceslao, cada vez mas perverso, iba de dia en dia haciéndose mas odioso al pueblo. Algunos sediciosos alzaron la voz en Praga contra él; pero siendo pocos su-

cumbieron y perecieron en un suplicio. Este lance dió ocasion á Conrado para alarmar el carácter suspicaz del Rey, haciendo recaer algunas sospechas de complicidad en Emerico y Gualtero, exasperados por la reciente caida. No produciendo el efecto que esperaba en el ánimo del Rey, todavía muy prevenido en favor de la fidelidad de Emerico, cuando menos se esforzó á indisponerle con Gualtero, cuya pérdida le interesaba principalmente, aunque no lo consiguió por entonces, por mas que le hizo notar cuán probable era que un genio ardiente y fogoso como el de Gualtero, no se hubiese contenido en los debidos límites de la moderacion, juzgándose agraviado. Dejó á este propósito caer algunas expresiones dirigidas á inspirar ce-

los á Venceslao, haciendo de él un panegírico exagerado. Finalmente tocó con destreza todos los resortes de la intriga. Pero un rastro de humanidad, ó quizá un capricho, hizo que Venceslao no juzgase por entonces conveniente encarnizarse mas con el compañero de su niñez.

Aunque poco satisfecha con esto la ambicion del Baron de Limberg, comenzó á gozar del fruto de sus criminales intrigas; pero cuando mas confiado vivia, creyendo haber asegurado de un modo estable su engrandecimiento, poco faltó para que se arruinase de repente edificio levantado á tanta costa. Los gritos del descontento público contra el Rey no quedaron sepultados en las bocas del pueblo bajo: se dejaron oir hasta

dentro del mismo palacio, é hirieron los oidos del monarca. Aunque este era el objeto de semejante resentimiento, la voz pública designaba á Conrado como principal autor de todos los males, siendo el único allegado al soberano, mayormente despues del injusto retiro del Conde de Zitaw, el solo capaz y digno de dirigirle y asistirle con su consejo.

Pero Venceslao degenerando de perverso en caprichoso y tirano, de un golpe desterró sus ministros, y los reemplazó con alemanes. Hizo venir de Viena los que le sugirió Conrado, quien de este modo tuvo á su devocion á todos los extrangeros como hechuras suyas. Entre ellos se distinguia el Baron Roberto de Manstein, sugeto el mas á propósito para sucederle,

pues no desmentia en su carácter los rasgos del de su patrono. Un alma solapada, pero vil y ratera, estaba disfrazada bajo un exterior apacible y á veces indiferente. Se ignoraba su origen, como igualmente los méritos que le habian valido el título de Baron, no heredado seguramente de sus mayores. En poco tiempo se adelantó tanto en la gracia del Rey, que este, sino se enagenó de Conrado, por lo menos los igualó á los dos, y con suma mortificacion suya vióse el ambicioso favorito precisado á partir segunda vez la privanza con un rival no tan modesto y desinteresado como su predecesor. Pero tomó pronto su partido. Importándole poco los medios, como llegase al logro de sus proyectos, trató de interesar al Rey, á fin de

estrechar los vínculos que le unian á Manstein, ofreciéndole á su hija en matrimonio. El Rey poco escrupuloso no vaciló en dar su consentimiento, y Manstein, que habiendo visto á Ana, experimentó los efectos de su presencia en la pasion que sintió por ella, se tuvo por dichoso de poder lograr la posesion de objeto tan encantador. Bien pronto supo el poderoso rival que era preciso vencer en la persona de Gualtero, que aunque retirado se mantenia en Praga. Los celos y la pasion inflamaron su rabia, sabiendo ya cuán adelantada estuvo la boda. Trató pues de deshacerse de él, y como habia adquirido sobre el espíritu de Venceslao tan poderoso ascendiente, reprodujo las antiguas acusaciones del Baron de Limberg contra él,

esperando surtiesen mejor efecto, y no se equivocó; pues haciéndole pasar en su concepto por traidor, el fiero monarca expidió una orden de arresto contra Gualtero, resuelto á sacrificarle á sus injustas sospechas, y al temor de que oscureciese su gloria. Felizmente el jóven tuvo alguna noticia del golpe inminente, y con una fuga pronta se sustrajo á la cruel persecucion del Rey y de su indigno favorito. Poco tiempo despues se supo, que emigrado á Turquia se puso al servicio del Emperador Bayaceto, (9) y le siguió en su desgraciada expedicion contra Tamorlan Rey de Persia, en que aquel infortunado príncipe fue hecho prisionero, y Gualtero peleando desesperadamente encontró en una gloriosa muerte el término

de sus persecuciones y destierro.

Desde que Gualtero abandonó á Praga, huyendo la cruel proscripcion fulminada contra él, la infeliz Ana entregada al dolor mas vivo y profunda desesperacion, se hacia el objeto de la compasion de todos, menos de su bárbaro padre. Este le acriminó como delito perseverar no solo en amar, sino aun siquiera dolerse de la ausencia de un traidor escapado del rigor de la justicia. Hasta la venida de Manstein se contuvo en estos límites, mas cuando se decidió á entregarla al odioso ministro, comenzó á mudar de tono, y con fingida dulzura se empeñó en inclinarla á la propuesta union. En medio de tantas aflicciones solo tenia la desgraciada doncella dos almas que partieran con ella sus amar-

guras, y la consolaran sin cesar. Estas eran la Canonesa y su hermana Sofía. En sus tiernos corazones depositaba las penas indecibles causadas por la crueldad de su padre, quien en vano se obstinó en vencer la firmeza de la constante hija. Promesas, amenazas, castigos, todo fue inútil; y viendo burladas sus esperanzas, irritado la mandó encerrar, desterrando de su casa á la Canonesa, únicamente por las agrias reconvenciones que le hizo por su barbarie, y proteccion que dispensaba á su desgraciada sobrina. Úrsula salió de la casa de su hermano, amenazándole con el próximo castigo de su bárbara ambicion, y jurando usar de cuantos medios estuviesen á su alcance, para impedirle consumar el crímen con el sacrificio de su

hija. El Baron se rió de sus amenazas, y por lo tocante á Ana permitió únicamente á su hermana entrarle la comida, intimándole resueltamente que no saldria de aquella prision sino resignada totalmente en la voluntad paterna.

No padeció largo tiempo la infeliz amante de Gualtero. Al cabo de dos meses cayó en una enfermedad de consuncion. No conmovió al bárbaro padre situacion tan lastimosa; mandó se le asistiese en el mismo lugar, y si alguna vez pasó á visitarla fue para renovarle sus órdenes, y encargarle la sumision. En una de estas visitas, sintiéndose cercana á su fin, pidió encarecidamente á su padre le hiciese la gracia de disponer se le celebrase el funeral en la Abadía de Beraun, antes de trasladar-

la al panteon de la familia. El Baron algo conmovido se lo prometió, y la desgraciada víctima de la ambición, á los tres dias, asistida únicamente de la tierna Sofía, y de algunos fieles domésticos, encontró en una temprana muerte el fin de su desventura.

CAPÍTULO III.

El espectro.

En medio de las ásperas montañas de Reisen al norte de Bohemia se eleva un edificio aislado. Su arquitectura manifiesta mas bien una fortaleza ó castillo, que palacio. La situacion fuerte por naturaleza lo es mucho mas por el arte: se halla construido en la cima de un inmenso peñasco ó monte de piedra viva, que domina un vallecillo de cerca de dos mil pasos de circuito. A este monte le cercan otros muchos mas elevados y cubiertos de espesos bosques. La fachada principal del edificio mira al oriente; su puerta única se halla defendida por un puente leva-

dizo, por el cual se pasa á un foso de notable anchura y profundidad. El ala izquierda de la fachada la compone un simple lienzo de muralla con algunas espilleras de trecho á trecho, en cuyo extremo sobresale una altísima torre gótica destinada sin duda á servir de atalaya. Su forma es exágona. Algunos adornos y relieves de gusto bárbaro que se divisan en el cornison coronado de almenas, manifiestan su prodigiosa antigüedad. El ala derecha adorna una fila de ventanas puntiagudas con algunas ligeras molduras, y esta es la parte habitada del castillo. En las tres restantes caras del edificio se descubren igualmente ventanas góticas guarnecidas de verjas, y á una elevacion competente para no temer asalto ni sorpresa. Tres torres

semejantes á la primera, aunque mucho menos elevadas, defienden los tres restantes ángulos de la casa. Todo allí respira tristeza y melancolía. El agua que llena el foso, hallando paso por una abertura del peñasco, sobre el cual está fundado el castillo, se precipita con espantoso ruido hasta el valle por una cascada perpendicular, y á lo léjos retumban las montañas como un trueno; en invierno se ven suspendidas en el aire prodigiosas masas de hielo, cuyas erizadas puntas infunden tanto pavor como el estrépito del agua cuando cesan los frios. Inmensos bosques de abetos, cubriendo las montañas vecinas solo ofrecen en perspectiva un verde oscuro en toda su extension, y á lo léjos viniendo de Praga se asemeja el castillo de Limberg á

la habitacion del dolor en el imperio de la soledad. Aves de siniestro agüero acompañan el sordo ruido de la cascada, y su canto fúnebre redobla la triste impresion producida por este espectáculo. Apenas se advierte huella humana fuera de la senda que conduce al castillo, y rara vez se oye sino el ladrido del perro, ó el grito de los cazadores, que de cuando en cuando van en batida á turbar la paz de las fieras habitantes de las selvas.

Lo interior del castillo de Limberg no desdice de su exterior apariencia. Vastos salones, inmensas crujías de aposentos, habitaciones destinadas al parecer para colosos, anchas galerías, todo manifiesta mas la altivez y soberbia, que la molicie del hombre; aunque todo de

un gusto estragado, prueba que allí se sacrificó la comodidad á la magnificencia. En tiempo antiguo estaba habitado todo el castillo, y encerrándose el señor con sus vasallos, desafiaba á un ejército. Su circuito es el de una poblacion. Siendo obra de muchos siglos, tuvieron sus dueños la proporcion y comodidad necesaria para hacer en él todas las mejoras posibles. Una de ellas fue los subterráneos destinados para almacenes de víveres, y para última defensa en tiempo de sitio. Dilatábanse por largo trecho hácia el ala meridional del castillo, pero desde la caida del feudalismo los han destruido y cegado en gran parte. Un viejo conserge, su muger y algunos dependientes y criados del Baron componian la familia, y ocupaban la

parte derecha de la fachada, quedando lo restante inhabitado.

La noche que llegaron los conductores con el féretro desde Beraun, se hallaba el castillo de Limberg lleno de espanto y confusion. En los rostros de sus habitantes se veía pintado el terror, y mirándose unos á otros silenciosamente, parece no se atrevian á proferir una palabra, embargados de alguna fuerza desconocida. La llegada de la triste comitiva aumentó la inquietud, y la imágen de la desolacion y luto se confundió con la del pavor y abatimiento. Tres ó cuatro dias antes de la muerte de Ana, atravesando el anciano Herman, conserge del castillo, el puente levadizo con direccion á un vecino edificio arruinado, situado á la entrada de la selva, le

pareció divisar entre los escombros una sombra que desapareció al momento. Lleno de terror retrocedió, no osando adelantar un paso, siendo por otra parte la caida de la tarde, en que los últimos rayos del sol herian las escarchadas cimas de los montes que coronan el valle. Contó á su muger y demas de la casa la súbita aparicion del espectro, pintándola con los vivos y exagerados colores que dá el temor y la preocupacion. Aunque no se inclinaron á darle crédito, atribuyéndolo á exaltacion de fantasía, ó engaño de la vista, les quedó no obstante algun recelo, y resolvieron de comun acuerdo registrar al dia siguiente las ruinas. Con este cuidado se reunieron por la noche, segun tenian de costumbre, y la conversacion versó desde lue-

go sobre el lance acaecido.

—¿Y habeis notado, buen Herman, decia al conserge el intrépido Múller, si el tal espectro iba vestido ó desnudo, ó alguna seña por donde podamos venir en conocimiento de la casta de pájaro que nos ha venido?

—No os burleis, contestó Herman, ni atribuyais á miedo lo que ha sido efecto de una realidad; y creed que una mera imaginacion no era capaz de hacerme volver pie atrás, pues gracias á Dios tengo el corazon en mi lugar.

—No lo dije yo por tanto, y sé que sois valiente; por lo mismo os considero armado de bastante serenidad para notar los pelos y señales del espectro.

—No me dió lugar para tanto, habiendo desaparecido al momen-

to entre los paredones arruinados de la casa; y siendo tarde, no me atreví á aclarar por entonces el pormenor de aquella vision.

—Ya le aclararemos mañana, y por San Vito, que me han entrado ganas de calentar las orejas á la señora fantasma que se nos viene con tanta frescura á pasar la noche en esa casucha, donde maldita la teja que hay siquiera donde tenga cubierto.

—¡Ay! Múller, no digais eso, ni os burleis con los del otro mundo, dijo á esta sazon la anciana Heduvigis, muger del conserge; bueno seria que os metieseis con fantasmas, y Dios os castigase en pena de vuestro pecado.

—¿Y creeis en muertos y aparecidos, buena Heduvigis? le preguntó Múller.

—¡Y cómo si creo! vaya, ¿puede darse cosa mas cierta y averiguada que brujas, duendes y apariciones? En mi tiempo han sucedido algunas historias, y otras las oí á mi madre, tan públicas, que no se hablaba de otra cosa.

—Contadnos, pues, algunas de esas historias para entretener el tiempo, y de ellas inferiremos si mañana hemos de ir en rogativa á conjurar el espectro, ó si el mejor conjuro será algunos mandobles de mi espada, para averiguar si el espectro es aire, ó alguna masa descomulgada y revoltosa de carne y hueso.

—Pues oid, continuó Heduvigis, un terrible caso que os hará espeluzar los cabellos y temblar de miedo; caso sucedido no ha mucho, pues viven hoy dia muchos testi-

gos de él. Valdemaro III, Rey de Dinamarca, tenia una hija llamada Margarita, heredera de su reino. Entre las damas de la princesa la mas hermosa era Idoina, hija del Condestable. Trataba amores esta doncella con un caballero principal llamado Cristiano, y mientras la corte se hallaba en Rostchild, saltaba el galan las tapias del jardin de palacio, y en un cenador le aguardaba su amante á media noche. Continuaron por mucho tiempo estas visitas, hasta que una noche oscurísima.....

Aquí la buena vieja paró de repente, y quedó pálida como un cadáver.

—¿Qué teneis? le preguntaron todos sobrecogidos de miedo.

—¿Habeis oido? contestó con voz balbuciente.

—¿Qué hemos de oir, dijo Müller, sino el terrible caso que nos referis?

—El ruido, el ruido.....

—¿Qué ruido, ni qué campanas? Aquí no se oye otro ruido que los chasquidos de esta leña seca que nos calienta. Proseguid, madre, que por San Juan delirais.

Quizá será imaginacion mia el trueno que me parece haber oido debajo de tierra. Yo haré por serenarme y seguir mi historia. Como decia, pues, continuó con voz mal segura, era una noche oscurísima, cuando Cristiano saltaba las paredes del jardin en busca de la bella Idoina. Aguardábale impaciente y temerosa, pues tenian proyectado fugarse aquella misma noche, pasar á Suecia, y librarse de las persecuciones y pes-

quisas de los parientes de entrambos que no aprobaban su amor. Luego que se vieron se abrazaron, y buscando á tientas la puerta del jardin, cuyas llaves habian falsificado, salieron á la playa dirigiéndose á una nave que debia aguardarlos. Con la mayor sorpresa advirtieron que todo estaba desierto, y no se divisaba la luz encendida del barco para guiarlos. Llenos de terror no sabian qué partido tomar. A la sazon llovia espantosamente, y la pobre Idoina tenia calados los vestidos. Cristiano la sostenia temblando por ella, resuelto á seguir la playa con la esperanza de hallar alguna choza de pescadores donde recogerse aquella noche. El ruido de las olas que bañaban sus pies los aturdia, y les iban ya faltando las fuerzas, cuando á lo lé-

jos vieron una luz que los reanimó, figurándose que el barco prevenido, arrastrado por la corriente, se habia puesto al abrigo de algun peñasco ó ensenada. Con esta lisongera esperanza adelantan el paso, y en poco rato llegan adonde resplandecia la luz. Pero quedaron sorprendidos al reconocer que esta salia de lo hondo de un peñasco elevado, en cuya cima se presentaba la boca de una caverna, y de esta salia la luz que habian visto á lo léjos. A todo esto Cristiano no habia fijado sus ojos en el rostro de su compañera por la oscuridad espantosa que los rodeaba. Ella se mantenia en silencio, y solo de cuando en cuando dejaba escapar algun suspiro. Preguntándole la causa, solo le contestaba con voz moribunda y sepulcral: estoy

feliz Atanilda perdida y deshonrada vivió pocos.....

—¡San Juan me asista! gritaron todos repentinamente poniéndose de rodillas. Temblaban como azogados, y nadie osaba moverse. Ya no les queda duda. Un retumbo sonoro y prolongado, como si se repitiese en concavidades hondas y distantes, era lo que habian oido distintamente, y no podian atribuirlo á causa natural, pues la noche estaba serena, y la naturaleza en una calma profunda. Apiñábanse unos contra otros, deteniendo el aliento, temiendo interrumpir aquel terrible silencio con el menor ruido. Media hora pasaron en esta mortal agonía, y cuando comenzaban á recobrarse del susto, se dejó sentir por segunda vez el trueno mucho mas distinto que el

primero. Entonces el valiente Müller, que aunque algo sobrecogido, se habia mantenido desde el principio con bastante serenidad, aplicando el oido para cerciorarse de la verdad: ¿tendrá alguno valor, dijo á los circunstantes, para seguirme á registrar el castillo por fuera? porque de dentro estoy seguro que ninguno es capaz de causar ruido tan extraordinario. A tan temeraria propuesta todos se pusieron á temblar, y nadie respondió. Pues bien, repuso Müller, yo iré solo y registraré todo el valle, y aunque sea el mismo demonio, le traeré aquí de las orejas.

—¡Por Santa Brigida! no hagais eso, dijo Heduvigis; acordaos de Cristiano, y sabed que aquel esqueleto era Atanilda, y no....

—Aunque danzasen delante de

mí mas esqueletos que se pudren en el cementerio de Beraun, no dejaria de averiguar estos ruidos.

—Ya que os empeñais, nosotros os ayudaremos con sendos *Pater noster*, para que el glorioso San Vito y su compañero San Venceslao os traigan y saquen sin lesion de las uñas de los fantasmas que por nuestros pecados se han venido á vivir al castillo.

Armado de espada, lanza y dos puñales, atraviesa Múller el puente levadizo, sale al campo, y desaparece. Toda la gente del castillo le habia seguido hasta la misma puerta donde le dijeron esperarian. Entre tanto se mantenian todos junto al viejo Herman, quien despues de Múller, era el mas sereno, y en su corazon no dejaban santo á quien no se encomenda-

sen, temblando al menor ruido de las hojas, y aguardando entre angustias mortales la aclaracion del terrible fenómeno. Poco mas de media hora habria transcurrido, cuando á corta distancia ven acercarse un bulto apresuradamente. Todos se disponian á huir, si Herman no los hubiera contenido, asegurándoles era Múller, pues le habia reconocido en el ruido de las armas. Llega Múller sin aliento; á favor de una luz ven su rostro cadavérico, y quedan todos hechos de mármol. Háceles señas para que levanten el puente, y ejecutado, le siguen todos en silencio al lugar donde antes se habian reunido.

Todos le miraban sin pestañear pendientes de su boca, y él despues de haber recobrado algun tanto su serenidad, les habló en estos

términos: vosotros me teneis por valiente, y yo mismo por temerario; pero acabo de ver que así como para un pícaro hay otro mamayor, así para un valiente hay otro mucho mas. Yo salia persuadido á que el estruendo era causado de algun terremoto, y con esta idea me alejé bastante hácia la montaña para percibir mejor de dónde salia. En efecto, á poco rato oí un estremecimiento en el suelo que pisaba, seguido de un trueno semejante á los dos que oimos. Con esto me confirmé en mi idea, y ya venia resuelto á desengañaros, cuando de repente hiere mis ojos una luz que salia al traves de las espilleras de la torre gótica, y desapareció al momento. Quedé suspenso por breve rato, pero luego recobré la serenidad; me puse á mirar con

atencion la torre, para ver si parecia segunda vez. Poco rato hacia que estaba con los ojos fijos en ella, cuando oigo un ligero ruido á mis espaldas: vuelvo la vista, y diviso por entre los escombros de la casa de las ruinas una sombra parada. Como yo estaba dispuesto á cuanto pudiese sobrevenir, no me alteré, antes bien empuñando mi espada con la izquierda, y con la lanza en ristre en la derecha, me fuí acercando hácia ella. Cuando estaba á unos diez pasos, hace de repente un movimiento, y desaparece. Sígola metiéndome por entre las ruinas, y dando golpes con la espada en las paredes por si se ocultaba en algun rincon, pero ni por esas. Pues yo traeré luz, dije en voz alta, y veremos si escaparás de las manos de Múller. No bien habia acabado de

pronunciar estas palabras, cuando me pareció que salia de los cimientos de la casa un grito agudo, y muy triste con un ¡ay! que duró medio minuto; y de repente un terrible relámpago sin trueno alumbra un momento toda la casa, de modo que podia distinguir hasta las yerbas mas menudas, y me ciega la vista. Entonces pierdo todo el valor, y sin acordarme de cosa alguna, corro como un gamo hácia el castillo, y aun no me he tenido por seguro hasta verme en vuestra compañía.

La relacion de Múller acabó con el poco ánimo que todavía les quedaba á algunos. Ya no se trataba sino de prepararse á morir, porque no dudaban que Dios quisiera tomar vengauza ejemplar de la muerte de la bella Ana, que en este es-

tado de tribulacion creian ya cierta. Realmente se persuadian ser así, y sabiendo que si moria, sus huesos serian sepultados en el panteon de la familia, se contaban ya comprendidos en el castigo, y rodeados de vengadores espectros que jamás abandonarian la tumba de la infeliz víctima, y atormentarian á sus verdugos y á los guardias de su sepulcro. Figurábanse ver por el aire las almas de los antiguos Barones de Limberg amenazando y murmurando con voces roncas terribles maldiciones por la muerte de su descendiente. Los manes de Ana y Gualtero implacables y llenos de furor se apoderarian de los aposentos del castillo, y dejarian inhabitable hasta la parte que ocupaban. Finalmente hablaban ya de abandonar aquella morada de horror,

y trasladarse á parage menos expuesto á apariciones y espectros.

A pocos dias se recibió la noticia de la muerte de Ana, y la próxima llegada de su cuerpo. El pavor y sobresalto creció extraordinariamente. El abatimiento se dejaba ver en los rostros espantados y ojos orbiculares de los habitantes del castillo. Heduvigis lloraba de miedo; Herman estaba aturdido; hasta el valiente Múller habia perdido aquella intrepidez que alentaba á los demas; ni aun de dia osaban salir del recinto del castillo, y la noche la pasaban juntos sin dormir, hablando solo del espectro, de la luz en la torre gótica, y del relámpago. En esta situacion se hallaba la familia de Limberg, cuando llegó el acompañamiento que conducia al cadá-

ver de la hija del Baron.

Aunque el triste cortejo no pudiese menos de inspirar dolor y sentimiento, no obstante la nueva compañía, que era numerosa, reanimó algun tanto los espíritus amilanados de los habitantes de Limberg. Era la una de la noche cuando entraban por el puente levadizo en número de unas cincuenta personas. Condujeron en derechura el féretro á la capilla del castillo, y fue colocado en medio, entre las lágrimas de la familia sínceramente afligida por la pérdida de su malograda señora. Los cuatro religiosos que la habian llevado en sus hombros, se encargaron de su custodia, mientras la restante comitiva tomaba un ligero reposo. Pasadas poco mas de dos horas, reuniéronse todos, y trata-

ron de trasladar el cadáver al panteon. En un ángulo de la capilla se advertia una puerta reducida, por donde estaba la entrada. Una escalera de mármol de suave descenso, estrecha en su principio, y que se ensanchaba á proporcion que se bajaba, conducia á un vastísimo salon sostenido por columnas salomónicas de jaspe negro. Su figura era circular: el pavimento incrustado de mosáico de exquisita labor y delicadeza, dibujaba en su superficie emblemas análogos al sitio fúnebre que ocupaba. Los macizos y sólidos paredones encerraban tres órdenes de nichos para otras tantas hileras de sepulcros. Estos sobresalian en la pared, y se hacian notables por las inscripciones bárbaras y caractéres góticos que sumergian el orígen de la

familia en el caos de la mas remota antigüedad. Distinguíanse sobre cada uno yelmos, cimeras y figuras de animales extraños y fabulosos; y en medio de tantos prodigios de la mano del hombre se advertia el mayor de todos en el augusto pavor que inspiran sus frias cenizas. En la pared opuesta, al lado de la escalera, se conocia haber existido antiguamente una puerta; pero entonces estaba igualada con lo restante del muro, y solo quedaba el arco gótico que la formaba. Daba esta paso á algunos subterráneos, y á un antiguo panteon que sirvió por muchos siglos de sepultura á la familia de Limberg; pero ocupado ya del todo, los ascendientes de Conrado hicieron fabricar el nuevo, cerrando el antiguo como inutil. En el se-

gundo orden de sepulcros habia uno destinado para la jóven Ana. Era de mármol, y representaba un bagel, en cuyos extremos, dos genios sentados en actitud triste y pensativa fijaban su vista melancólica en el fondo del sepulcro, teniendo el uno un áncora rota con una inscripcion que decia, *para siempre*, y asida el otro la extremidad del timon con ambas manos, como quien lucha contra las olas.

Dejaron el féretro en el centro del panteon, y clavando solamente la tapa, resolvieron concluir en el dia siguiente la ceremonia funeral, y dar sepultura á Ana, no atreviéndose á hacerlo aquella noche por la fatiga y sobresalto causado del desórden en que hallaron el castillo los recien llegados. Su-

pieron estos con admiracion y horror los prodigios sucedidos, y acreditada su verdad con el testimonio de Múller, de quien no habia sospecha de cobardía, siendo notoria su intrepidez.

Varias fueron las opiniones tocante á esta terrible novedad; pero todas se fijaron en la determinacion de registrar al dia siguiente, despues de las exequias de Ana, todo el castillo, sin dejar escapar rincon ni subterráneo á su exacta investigacion. Eulero, criado del Baron, se ofreció el primero á la temeraria prueba, aunque habiendo vivido siempre en Praga, le era desconocida la disposicion interior del palacio; se hacia preciso en consecuencia le acompañase algun práctico en los laberintos de los subterráneos, y en las puertas ocul-

tas y salidas desconocidas. Múller alentado con el nuevo compañero y recobrado del susto, quiso ser el guia de Eulero, y su ejemplo incitó á algunos de los recien llegados, de suerte que la expedicion llegó á constar de seis, decididos á no salir sin aclarar el misterio del espectro. Poco tiempo habia transcurrido desde que depositaron el féretro en medio del panteon, cuando otro terrible sacudimiento, acompañado de un trueno hondo y prolongado, anunció por tercera vez la prodigiosa señal de la indignacion celeste. ¡Terremoto! gritaron los recien llegados. ¡El espectro! exclamaron los habitantes del castillo, arrodillándose y pidiendo al cielo misericordia. Costóles largo rato volver en sí, y lo lograron en parte con las exhorta-

ciones de los mas valerosos, quienes se empeñaban en probar provenia de causas naturales. Todos les oian con gusto; pero se manifestaban poco convencidos.

—Convengo, decia Múller, en que el espectro y la luz de la torre gótica pueden atribuirse á algun mal intencionado; el trueno subterráneo puede muy bien ser terremoto; pero el repentino relámpago que me volvió casi ciego, y un olor infernal que sintieron mis narices, por San Venceslao que no sé de dónde salgan, y pardiez que el valiente capaz de hacer á Múller enseñar lás espaldas, ha de tener el corazon muy en su lugar.

—Yo lo creo, bravo Múller, le dijo Eulero, y cuento con vos para acompañarme á registrar los sub-

terráneos; quizá allí sabremos algo mas de lo que pensamos.

Reunida á la mañana siguiente en la capilla toda la gente del castillo, bajaron procesionalmente al panteon, donde habiendo los piadosos monges dirigido sus fervorosos ruegos por el descanso de la ilustre y desgraciada jóven, acompañados de los sollozos y lágrimas de la comitiva, colocaron el ataud en el sepulcro destinado, y cubierto con la lápida, y dándole el último á Dios, se retiraron silenciosamente. El Baron quedó en Praga, no juzgando conveniente cumplir tan triste obligacion, y abandonar la corte; pero encargó que hechos los últimos deberes regresasen inmediatamente los conductores á darle parte del resultado de su viage. En cumplimiento de

esta orden, concluidos los oficios, todos, excepto los seis valerosos criados destinados al registro, tomaron la vuelta de la capital, adonde llegaron el siguiente dia.

La primera diligencia que practicaron los exploradores, fue registrar la casa arruinada situada á la entrada de la selva. No habia memoria del dueño á quien hubiese pertenecido, ni el tiempo que habia transcurrido desde que se convirtió en un monte de escombros. Contábanse de ella varias anécdotas é historias inverosímiles, cuya verdad hasta entonces nadie se habia tomado el trabajo de averiguar. Solo quedaban en pie las paredes principales del edificio, que al parecer habia sido ermita, pues se conocian aun en ella algunas imágenes al fresco toscamente pin-

tadas, y con vestiduras y trages desconocidos; indicio de su mucha antigüedad. Prevenidos de los instrumentos necesarios al efecto, salieron del castillo los seis campeones, llevando al frente al valiente Eulero guiado del intrépido Múller. La yerba larga que crecia entre los fragmentos de pilastras y piedras esparcidas por el pavimento, manteniéndose fresca y no ajada, manifestaba no haber sido este removido. No obstante mirando con atencion les pareció advertir en el suelo una huella humana. Alegres con este descubrimiento siguieron el rastro; pero á poco trecho se perdia entre las hojas secas del bosque. Desconfiados de aclarar el misterio fuera del castillo, de comun acuerdo resolvieron ceñir sus indagaciones al recinto de

la casa, juzgando, y á su parecer acertadamente, que estando esta rodeada de foso lleno de agua, no era verosímil que hubiese conducto de comunicacion entre ella y la ermita arruinada, y precisamente el espectro debia estar dentro, pues no podia salir sino por el puente, ó arrojándose al foso desde la muralla, ó desde lo alto de la torre gótica. Aprobada esta prudente medida, abandonan la ermita de las ruinas, y entran segunda vez en el castillo. Antes de bajar á los subterráneos, creyeron indispensable registrar todas las piezas inhabitadas, requerir los torreones angulares, y subir á la torre gótica. Por el ala oriental comenzó el registro. Un manojo de llaves mohosas y llenas de orin suena en las manos del valeroso con-

ductor. Rechinan aquellos fuertes cerrojos que tantos siglos habia permanecian silenciosos; ábrense aquellos vastos salones no vistos aun de la presente generacion. Soberbios artesones adornan el elevado techo, las paredes cubren largas hileras de retratos de los antiguos Barones de Limberg. Sus rostros graves é imponentes, su vista ceñuda, parece se fija con disgusto sobre los temerarios que vienen á interrumpir su reposo, y profanar con sus plantas aquel santuario dedicado al silencio y abstraccion. El eco repite las pisadas de los exploradores, y siendo solos seis, parece caminar un escuadron. Atraviesan las inmensas crujías; cruzan largos corredores; todo lo miran; aposentos, escaleras, dormitorios, rincones, todo cae bajo la exacta y es-

crupulosa pesquisa de los valientes criados. Pero son inútiles cuantas han empleado hasta alli; todo está en buen orden, y nada de cuanto han advertido manifiesta que haya dejado de estar en aquella situacion despues de mucho tiempo. Reconocidas igualmente las torres angulares con infructuosa diligencia, se encaminan á la torre gótica, cuyo registro habian reservado para el fin.

En el extremo de la sala mas meridional al castillo hay una elevada puerta que conduce á un aposento destinado sin duda á juntas secretas, por verse en él algunos sillones alrededor de una mesa capaz, donde se reunian antiguamente para tratar de los negocios mas graves é importantes de la familia. En medio del pavimento se ve un

escudo con el blason de la familia; parece embutido y clavado en el suelo, pero aproximándose mas, se advierte estar sobrepuesto y encubrir alguna cosa. El blason lleva en uno de los cuarteles un leon amarrado á la pared con una cadena pendiente de una anilla de hierro, y esta anilla que figura sujetar al leon pintado, está realmente clavada en la piedra del escudo para quitarle ó volverle á colocar. Esta es la entrada á la torre gótica. La antigua puerta se condenó mucho tiempo habia, de suerte que fuera de esta trampa, estaba incomunicada la torre con lo restante del castillo. Costóles sumo trabajo levantar la piedra, por estar casi unida con el pavimento de resultas de no haberse puesto en uso muchos años, y solo á pura fuer-

za lograron desencajarla y quitar el escudo. Ofreciéronse desde luego á su vista algunos escalones que se perdian en la oscura profundidad del subterráneo; pero habiéndose provisto de luces, bajaron conducidos de Eulero y Múller. Una escalera de veinte gradas desmoronadas por la humedad y tiempo, conducia á una ancha pieza cuadrada, cuyas paredes correspondian á las del salon de juntas. Frente á la escalera se advertia una puerta; esta era la de la torre. A mano derecha vieron otra muy pequeña que dijo Múller se mandaba con los subterráneos del castillo. Aunque todos iban armados y animosos, no pudieron evitar un movimiento de terror al verse en aquellos lóbregos calabozos, cuyo horror aumentaba mas que disminuia

la humosa llama de las teas que los alumbraban. La escalera de la torre estaba cerrada con una puerta maciza guarnecida de chapas de hierro, y defendida con fuertes cerrojos. Probaron cuantas llaves traian; mas fue inútil: la puerta no cedia, como ni á los recios golpes con que intentaron violentar la cerraja. Quedaron suspensos los exploradores viéndose detenidos por este inopinado accidente, é imposibilitados de continuar sus investigaciones. Estando en deliberacion sobre el partido que debian tomar en este caso, de repente Eulero impone silencio á sus compañeros, y aplica el oido á la puerta de la torre. ¡Qué espanto! oyen todos distintamente pisadas como de quien baja lentamente. Conocíase por la tierra que llevaba tras sí de cada

escalon desmoronado; y las piedras que caian iban rodando hasta que su eco se perdia débilmente; señal manifiesta de que la escalera de la torre descendia mucho mas allá del piso en donde ellos estaban. El que bajaba parecia armado, pues sonaba ruido de hierro, y al parecer chocaba el puño de la espada con la vestidura de acero. Es muy distinto desafiar al peligro, cuando se cree remoto, y hacerle frente viéndole delante. Los compañeros de Eulero y Múller, al oir el ruido del espectro, echaron á correr hácia la escalera del subterráneo, sin que fuesen bastantes los gritos de aquellos para contenerlos. Por fin lo consiguieron con la reflexion de la ignominia á que se exponian unos hombres con fama de valientes, si solo oir pisa-

das fuese capaz de dar al traste con su denuedo y valentía. Ya algo mas tranquilos resolvieron quedarse, y Eulero aprovechándose de este momento, buscó por el suelo algun instrumento con que quebrantar los cerrojos; por casualidad vieron en el suelo una piedra grande y con ella principiaron á golpear la cerradura; aunque fuerte y sólida, lograron no obstante desenclavar algunas chapas de hierro que la rodeaban, y metiendo las puntas de las espadas, iba poco á poco cediendo su tenacidad. Crujian los clavos enmohecidos al soltar la madera y vieron finalmente con satisfaccion la cerradura en el suelo. Solo faltaba arrancar un recio cerrojo que atravesaba toda la puerta, y tenia sus dos extremos en las paredes colaterales. No sa-

bian como quitarle, ni podian concebir cómo le hubiesen colocado, sino al tiempo de hacer la puerta, para no abrirla jamás. A fuerza de diligencias notaron que la barra de hierro estaba dividida en dos piezas, pero tan bien unidas, que era casi imposible notarlo; pero ofrecióse otra nueva dificultad. Era la barra realmente de dos piezas; mas la una tenia en su extremidad un espigon delgado que ajustaba con un hueco de la otra, y estaban tan unidos que no era fácil separarlos. Hicieron algunos esfuerzos inútiles, hasta que Múller le dió tal golpe con el pomo de la espada, que hizo saltar el espigon, cuya punta quedó encajada en el hueco de la barra opuesta, y estos dos enormes pedazos de hierro caen á sus pies. Ya está fran-

queada la entrada, ya forcejean para abrir la puerta hinchada con la humedad, y poco menos que petrificada. Era este corto inconveniente. A los primeros golpes comenzó á ceder, y ya casi estaban para ver delante los primeros escalones de la torre gótica, cuando una súbita y espantosa detonacion les hizo creer que el cielo se desplomaba y caía sobre ellos. Quedan todos estúpidos de pasmo y terror; míranse unos á otros, y no se atreven á hablar. El primero que rompió el silencio, fue Eulero, quien verdaderamente valeroso, aunque le aturdió el estrépito, no le infundió temor.

—Amigos, les dijo, está visto que el espectro nos teme, pues trata de espantarnos con ruido. Nosotros le daremos á entender que un

trueno no es capaz de acobardar á los mas valientes que calienta el sol en Bohemia.

Esta voz de Eulero sacó á los demas de su estupor; pero apenas volvieron en sí, cuando todos, excepto Múller y un transilvano llamado Palotski, sin atender á las nuevas reflexiones y gritos de Eulero, parten como una exhalacion; suben rápidamente la escalera; atraviesan como un relámpago los salones, y van á comunicar su pavor y desórden á los tímidos habitantes del castillo, ya sobrecogidos con el trueno que igualmente se habia dejado sentir en aquel parage, aunque no con tanto estrépito. Solos quedaron Eulero, Múller y Palotski indignados de la cobardía de sus compañeros; pero no por eso abandonaron la reso-

lucion de perseguir al fantasma y encontrarle, aunque se metiese en las entrañas de la tierra. Patente á sus ojos la escalera de la torre, advirtieron, como ya se habian imaginado, que continuaba hácia abajo; pero no quisieron sumirse en aquella profundidad antes de haber registrado por arriba la torre gótica. Comenzaron á subir la escalera yendo delante Eulero, Múller detras, y en medio Palotski. Efectivamente de los escalones maltratados se desprendian pedazos de yeso, y rodaban hasta bajo; pero el eco se iba perdiendo poco á poco, de suerte que les era difícil calcular su profundidad, no oyendo parar las piedras y escombros de la escalera. Esta era de caracol y bastante angosta, las gradas elevadas, y por consiguiente incómodas, aña-

diendo la molestia del humo de las teas que los sofocaba; pues no tenia respiradero, ni entraba la luz del dia por parte alguna. Era esto tanto mas de admirar, cuanto que el diámetro del hueco era un tercio menos que el total de la torre. Habian subido como unos setenta escalones, cuando advirtieron una puerta pequeña con cerradura igual á la de la entrada del subterráneo. Múller dijo ser aquella la habitacion del vigía, y que tendrian tiempo sobrado para registrarla despues de reconocer lo alto de la torre. Continuaron pues la subida hasta llegar á lo mas elevado de ella, despues de haber vencido una altura de doscientos pies sobre el nivel del piso superior del castillo; de consiguiente la total elevacion de la torre gótica ascendia á cer-

ca de trescientos pies. Remataba esta en un terraplen ó esplanada circular de veinte pies de diámetro, rodeada de parapeto coronado de almenas que se resentian igualmente de la injuria del tiempo, conociéndose en las piedras desunidas y esparcidas por el terraplen, y en la yerba larga que crecia por entre las aberturas de la pared. Descansaron los tres campeones de la fatiga, recreando la vista con los bellos objetos que les presentaba aquella extraordinaria elevacion. Al otro lado de los montes se descubria un dilatado horizonte por la parte del mediodia, terminando en un pico altísimo, al pie del cual está situada Praga. Se distinguia fácilmente el tortuoso curso del Moldaw y su desagüe en el Elba, un poco mas hácia el

oriente, confundiéndose uno y otro en un inmenso llano nevado, cuyo término no se alcanzaba con la vista. Por el lado opuesto limitaban los montes vecinos la extension de la perspectiva; mas en cambio ofrecian un espectáculo grandioso. Bosques inmensos de abetos cubrian las montañas desde la falda hasta la cima, y formaban un vistoso anfiteatro, donde el oscuro verde de los árboles formaba contraste singular con la extrema blancura de la nieve que cubria los campos.

Recreada la vista con estos objetos agradables; registrada la parte superior, y convencidos Euler o y sus compañeros de que no habia en aquel espacio cosa que pudiese interesar su curiosidad y ser objeto de sus pesquisas, bajaron al aposento del vigía, y encontrán-

dole cerrado, se valieron de igual medio al que habian usado para franquearse la entrada de la escalera. En breve lo consiguieron; pero al entrar quedaron sorprendidos de advertir en el suelo cubierto de tierra y de escombros pisadas recientes de alguna persona. En lugar de ventanas alumbraban la pieza tres espilleras, y al través de esta era puntualmente por donde habia Múller divisado la luz, cuando salió á reconocer la ermita de las ruinas. Era pues claro que el espectro habia entrado allí no hacia mucho; pero ¿por dónde, estando los cerrojos pasados, sin indicio alguno que manifestase haber sido recientemente movidos? Por mas diligencias que hicieron, les fue imposible adivinar la causa. El aposento estaba totalmente

desnudo, y no veian por donde pudiera haber entrado. Aguardaron á que las sucesivas indagaciones les aclarasen este misterio, y saliendo del aposento bajaron de nuevo la escalera, y llegaron á la entrada del primer subterráneo, donde se detuvieron á fin de consultar si pasarian adelante. Enlero era de opinion que no se debia abandonar la empresa sin haber conseguido su pretension, y ademas era preciso no dar tiempo al espectro de evadirse, ó de usar algun estratagema para asustarles con objeto de hacerles desistir del empeño. Pero Múller y Palotski observaron que la tarde estaba adelantada, y ademas de la zozobra en que estarian los demas, no viéndoles parecer en tanto tiempo, era por otra parte temeridad exponerse de no-

che á recorrer los vastos subterráneos con riesgo de extraviarse, ó de caer en manos del espectro, pudiendo este muy bien aguardarles detras de alguna pilastra, ó sepultarles debajo de los escombros. Rindióse Eulero á esta reflexion, y de comun acuerdo volvieron por la escalera del subterráneo á la sala de juntas, y atravesando segunda vez las piezas meridionales del castillo, fueron á buscar á la familia que por el informe de los medrosos fugitivos los lloraba ya como presa de los espectros; y con suma alegría y satisfaccion los vió regresar sanos é ilesos de su temerosa expedicion.

CAPÍTULO IV.

Los subterráneos.

El alma feroz é insensible del Baron de Manstein quedó desconcertada con el imprevisto golpe de la muerte de Ana; pero tenaz en sus ideas de elevacion y de enlace con el favorito, no reparó en añadir nueva víctima á la primera. Dejó pasar los primeros dias del luto, y comenzó luego á insinuar por rodeos al Baron de Limberg sus pretensiones á la mano de Sofía. No sorprendió á Conrado la insinuacion de Manstein, habiendo su sagacidad penetrado todo el manejo político de este aleman; pero aunque duro é insensible amaba á su hija, y temia exponerla á

otra catástrofe semejante á la de su hermana, si por desgracia habia dispuesto ya de su corazon. Asi pues respondió á Roberto que su inclinacion á honrarse con su parentesco era inmutable, y podia contar con la seguridad de su palabra; pero que estando aun reciente la muerte de Ana, se hacian indispensables ciertas consideraciones y respetos á la costumbre, que era imposible violar sin comprometerse y hacerse el blanco de los tiros de la murmuracion y maledicencia. Satisfecho Roberto con esta respuesta pidió al Baron procurase inclinar á Sofía á deponer la aversion con que necesariamente debia mirarle, para no ver en él sino un hombre destinado á hacerla feliz. Prometióselo Conrado, y con efecto de allí á poco puso en práctica la

intencion formada de explorar el corazon de Sofía.

Desde la muerte de Ana contaba esta infeliz doncella los dias de su vida por los de su desgracia. Abandonada á sí misma, entregada á la mas espantosa soledad veia sucederse sin interrupcion momentos de llanto, dolor y desolacion. No tenia siquiera un corazon en quien depositar y partir sus penas y aliviar su quebranto, y la irreparable pérdida que acababa de sufrir la reducia al estado mas lastimoso. El pecho menos indiferente á su afliccion fue entonces el de una camarera suya llamada Dorotea. Esta muchacha sensible al cariño y afecto que Sofía le profesaba, le pagaba con igual ternura; y su amistad, sino logró llenar el vacío que dejara su herma-

na, sirvió á lo menos de hacerle mas soportable su triste situacion. Esta cambió poco á poco, y aunque pudo atribuirse al carácter vivo y extremado de Sofía, causó no obstante admiracion que dos meses fuesen suficientes á restituirle su natural jovialidad. Algunos suponian en ella una ligereza genial que no permitia hiciesen demasiado asiento en su alma tanto una tristeza profunda, como una alegria inmoderada: otros maliciaban si algun objeto amable habria desterrado la funesta memoria de su desgraciada hermana, y fijado su natural inconstancia; otros en fin quedaban indecisos, no atreviéndose, por tenerla bien conocida, á tacharla de olvido tan pronto y criminal.

Y bien, Sofía, le dijo el Ba-

ron, ¿comienza ya á ceder el sentimiento tan debido á la memoria de tu pobre hermana, y á dar lugar á imágenes mas alegres y festivas?

—Es imposible que se borre jamás de mi corazon mi querida Anita, con tanta mayor razon, cuanto que espero algun dia reunirme con ella para no separarnos jamás. Pero esta pérdida es irremediable, y mi llanto excesivo y desesperacion no la sacarán del sepulcro; por lo mismo encuentro dentro de mí recursos para hacer mas llevadera mi desgracia.

—Me causa indecible satisfaccion verte discurrir tan acertadamente, y esa juiciosa y prudente conducta me empeña en proporcionarte los medios, no solo de hacerte feliz á tí misma, sino co-

municar esa heroica virtud á quien sea digno de ella.

—Ya os entiendo, padre mio, vos quereis inducirme á casarme; pero con el respeto debido á vuestro carácter y autoridad, os digo que está muy reciente la memoria de Anita, para que yo piense en un estado, cuya eleccion le costó la vida.

—Perdono á tu viveza y atolondramiento esa respuesta tan contraria á mis intenciones y á tu felicidad. Pero cesará tu repugnancia, cuando sepas que no se trata de violentarte, sino de exponerte las ventajas de que está en tu mano disponer.

—¿Y qué ventajas son esas, padre mio?

—Hija mia, toda mi ternura y afecto paternal se han concentra-

do en tí desde la sensible muerte de Ana; debes en consecuencia persuadirte que todo cuanto te propongo es efecto del mas acendrado cariño que te profeso. Toda nuestra familia tiene las mayores obligaciones á nuestro soberano, quien, como sabes, me distingue entre sus amigos, honrándome con una confianza ilimitada. Dime ahora, querida Sofía, ¿podré yo negarme á nada de cuanto exija de mí tan generoso bienhechor?

—Nada de cuanto podais disponer vos y vuestra hija.

—¿Hay, pues, cosa de que yo ni tú podamos disponer?

—De todo, menos de mi corazon

—¿Tú tampoco?

—No señor.

—¿Cómo? explícate mas claro.

—Muerta mi hermana, quedé

aturdida con tan inopinado accidente; pero volviendo sobre mí y reflexionando las causas que habian ocasionado esta terrible desgracia, juré no exponerme jamás á que otros escarmentasen en mi cabeza, contentándome con escarmentar en la agena. Desde aquel momento ya no fui libre.

—¿Pero en eso hay por ventura comprometimiento alguno?

—Le hay, padre mio. Mi corazon juró no vender su libertad: su juramento es inviolable, y este don precioso de la naturaleza es el único bien que me queda. Espero, padre mio, no me precisareis á desposeerme de él.

—Tu aturdimiento me desagrada; pero aun mas me ofenderia tu obstinacion; y debias reflexionar que el partido que hubiera labrado la

felicidad de Ana, no haria la desgracia de Sofía.

—¿Hablais de Gualtero sin duda? dijo Sofía suspensa..... Sabeis pues.....

—Tú has adivinado y tu suspension lo indica. Maligna, ¿un muerto te ofreceria tu padre por esposo?

—Luego hablais del Baron de Manstein.

—Del mismo.

—Padre mio, aunque viviera Gualtero, y me ofrecieseis su mano, os responderia lo que os respondo ahora. Sofía no dispone ya de su corazon.

—Deseaba, concluyó el Baron, conocer tus intenciones para arreglar á ellas mi conducta, no obstante me ratifico en la protesta que he hecho de no violentarte; pero cuento con una debida sumision

en agradecimiento á mi blandura, y que mas calma y reflexion te desimpresionarán de quiméricos temores y preocupaciones contra aquel á quien debes estimar.

Convencido el Baron que por entonces era inútil pensar en nuevos enlaces, atendida la repugnancia de Sofía, y temeroso de que una violencia declarada le expusiese á igual pérdida que la que al presente le afligia, resolvió no instar, y contó á Roberto la negativa de su hija, dorándola no obstante con la esperanza de que el tiempo venceria este inconveniente, y escusando un capricho disimulable en una niña de quince años. Fue indecible la mortificacion del orgulloso Manstein por la inesperada repulsa de Sofía.

Me conozco bastante, dijo á Con-

rado con mal encubierto despecho, para lisongearme inflamar un corazon niño, y veo que Sofía tiene razon en detestarme; pero debeis estar persuadido, que el orígen de su repugnancia no es aversion á mi persona, sino inclinacion á algun otro. Su respuesta lo indica bien claro, y no os admireis si algun dia desaparece vuestra hija. El ejemplo de su hermana le enseña cuánto debe temer por sí, y en su imaginacion ardiente una fuga con el amante será heroismo novelesco, y un modo noble de sustraerse á la autoridad paterna.

Manstein tenia razon. No habian pasado cuatro dias, cuando el Baron de Limberg ya no tenia hija. Una mañana desapareció, y fueron inútiles cuantas diligencias se practicaron para hallarla. El Baron de-

sesperado fue á consolarse con Manstein, y á pedir al Rey auxilio para recobrar á su hija. El orgulloso Roberto con insultante compasion reconvenia á Conrado, gloriándose de haber salido cierto su vaticinio; pero le prometió ayudarle en sus pesquisas y buscar á Sofía en el último rincon del mundo. Sus diligencias, y requisitorias del Rey no surtieron efecto. El infeliz y delincuente padre abandonado de todos, hecho el objeto de la execracion pública, y señalado con el dedo como el verdugo de sus hijas; fastidiado del espinoso cargo y vil papel que se veia precisado á representar, por haberse Roberto alzado con todo el gobierno; tomó por fin la resolucion de ir á sepultar en el castillo de Limberg su confusion y remordimientos. Pero en-

tre tanto seguia este siendo teatro de los sucesos mas prodigiosos é inauditos.

Mientras Eulero, Müller y Palostki seguian su escrupuloso registro, algunos criados del castillo mas medrosos que los otros, viendo llegar despavoridos á los fugitivos del subterráneo, no teniéndose por seguros dentro del recinto de la muralla, salieron al campo, y desde alli aguardaron temblando el suceso de la expedicion. Observando la torre gótica, vieron á los tres campeones reunidos en el terraplen, y victoriosos de este terrible obstáculo. Confiados en que tanta decision y valor ahuyentaria los fantasmas, íbanse poco á poco tranquilizando, y pensaban ya volver al castillo, cuando un nuevo accidente los aterró segunda vez.

Poco rato habia que vieron desaparecer de la torre á Eulero y sus compañeros, cuando al fijar los ojos en sus almenas, divisan entre ellas el espectro paseando léntamente el terraplen. Poco faltó para que esta vista les hiciese desmayar de miedo: como si hubieran quedado encantados, miraban la torre con ojos espantados, y permanecieron en este estado hasta que los gritos que Múller daba desde una ventana, los sacaron de su enagenamiento.

—Babiecas, les dijo, ¿qué mirais ahí hechos unos estafermos? Ya volaron los espectros, y no han querido aguardar á partir la cena con nosotros..... Pero no responden.... ¿Qué mirarán? ¿Habrá pelmas como ellos? Uberto, Lúcker, Meinstadt..... Majaderos, venid con mil demonios.

Este poderoso conjuro los volvió en sí: vieron á Múller deshaciéndose en gritos, y echaron á correr hácia el castillo. Asustados cuentan la vision de que habian sido testigos; pero Múller se les burló, y Eulero atribuyó á su exaltada fantasía la vista del espectro.

—¿No ha tenido asaz tiempo, les decia Múller, de pasear el dichoso espectro con la carrera que le picábamos por retaguardia, y al son de la música que hacíamos en la puerta de su habitacion con el puño de nuestras espadas, y lágrimas de San Pedro por añadidura, para ir á tomar el fresco al terraplen de la torre gótica? ¿Ademas, decis que aun no faltábamos de allí un minuto, y visteis ya al espectro en el terraplen como veleta? Pues seguramente mas de tres nos cos-

tó bajar aquella maldita escalera, y sin duda el que la hizo debia tener piernas de grulla, porque tomára yo mas ahina bajar cuarenta veces dando vueltas por los aires el ceston de las minas de Wielickzka, (10) que otra vez pisar aquellos pésimos escalones. Decid, ¿por dónde habia de subir, si la escalera no tenia un geme de ancha, y las paredes nos prensaban los brazos?

—Yo no sé, contestó Uberto, sino que mis ojos vieron al espectro bien claro paseando entre las almenas.

—Decid, pues, compadre, ¿qué cara tenia el espectro?

—No se la ví, porque iba al parecer armado de hierro de pies á cabeza.

—¡Ola! Esto ya es cosa mas se-

ria, y se conoce que el tal duende gasta malas pulgas.

—Sois muy temerario, Múller, dijo Heduvigis, y vuestras burlas es imposible que paren en bien. Me temo no os suceda lo mismo que á Cristiano con Atanilda.....

—Madre, madre, guardad las consejas para entretenernos á la noche junto al fuego, y ahora tratad de desocupar ese copo de lana, en vez de meteros á predicadora.

—Lo que se debe tratar ahora es de proseguir nuestro proyecto, dijo Eulero, y no dejar pasar el dia de mañana sin recorrer los subterráneos, y á fin de informarnos mejor de cuanto puede conducir á nuestro intento, será conveniente estar de observacion á la vista de la torre gótica toda esta noche, y asegurarnos de no ser

ilusion cuanto hemos oido y visto.

Todos aplaudieron tan valerosa y acertada propuesta, y quedó decidido se mantuviese en vela el mismo Eulero acompañado de Múller y Palostki, en una pieza inmediata á la habitacion de Herman, desde donde se descubria toda la torre gótica. En esto ya las tinieblas de la noche habian envuelto en su pavoroso y frio velo la naturaleza dormida; pero la luna se dejaba ver en todo su melancólico brillo y silenciosa magestad. Plateaban sus rayos las elevadas almenas del castillo y torre, y esta sobre el fondo oscuro del cielo, se asemejaba á aquellos fabulosos edificios de las hadas situados en una isla desierta, destinados á ser el terror de la comarca, y la habitacion de vampiros y sombras encantadas,

y teatro de sus nocturnas correrias. En efecto lo era la torre gótica de Limberg, y el suceso manifestaba no haberse extinguido la raza maléfica de espectros y fantasmas. Retirada la gente del castillo, y apostados los tres valientes en su observatorio, comenzaron el diálogo siguiente.

—Estoy pasmado, decia Eulero, no de las novedades ocurridas al presente en esta casa, sino de no haberse hablado hasta de ahora de semejantes apariciones, y en verdad que no sé qué gusto tenga el pícaro duende avecindado en esta torre, de hacer vivir en contínuo susto á los pobres habitantes que con nadie se meten.

—¿Pícaro decis? le respondió Palotski; no digais eso, sino que yo tengo para mí ser permision

del cielo en venganza de la muerte de nuestra señorita, y no dudeis que hasta quedar satisfecha la justicia divina, no habrá sosiego en esta casa.

—¿Y cómo se logrará esa satisfaccion?

—El Baron se cuida muy poco de ayudar con sufragios á su pobre hija, y si la muchacha viene á pedir oraciones ó misas, ¿no seria mejor conjurarla con un hisopo á que manifestase su voluntad, en lugar de ir á espantar los murciélagos y lechuzas, que hace tantos años se hallan en pacífica posesion de los agujeros de la torre?

—Muy místico estais, Palotski, dijo Múller, pero ¿cómo demonios puede ser lo que decis? Bueno seria que nuestra ama despues de muerta tuviese humor de irse

á encajar un casco de hierro colado, y vestir cota de malla para hacernos ver un soldado hecho y derecho.

—Eso no quita: ¿no puede ser muy bien el alma de Gualtero, igualmente necesitada de sufragios, y recien llegada á este pais?

—Válgate el diablo por beato; ¿ahora nos vienes con Gualtero, que sabe Dios por dónde pararán sus huesos? ¿No te acuerdas que murió, segun dijeron, allá entre turcos, veinte mil leguas de aquí?

—Es que las almas caminan á cuarto por legua, quiero decir, á legua por cuarto. Ademas de que tiempo bastante tenia desde que murió para llegar al cabo del mundo, cuanto mas á este castillo.

—Pero es cosa rara haber venido á pedir sufragios á este desier-

to, y aparecido á las lechuzas de Limberg, en lugar de hacer ruidos en la alcoba del Baron, ó en la celda del Abad de Beraun, que podian servirle con mayor puntualidad en su peticion, ó cuando menos hubiese dejado en señal alguna manopla estampada en puerta ó ventana, para que de ello se pudiera venir en conocimiento de la calidad de sus deseos.

—No me meto en tantas menudencias y suposiciones, solo sé que soy valiente, y el nombre de Palotski es famoso en Alba Julia y ocho leguas á la redonda: esto supuesto, digo y creo que hay almas, fantasmas y espectros, pero tambien me batiré con ellos como se dejen ver.

—¿Sois rama de la alcurnia de la buena Heduvigis?

—Soy del riñon de Transilvania, y soy el tapaboca del primer hideputa que ponga en cuestion la valentía de Palotski.

—No os incomodeis, Palotski, dijo á esta sazon Eulero, y sabed que Múller por mero entretenimiento y pasatiempo os dió cordelejo; por lo demas gloriaos de ser contado en el número de los elegidos para acabar la mas alta empresa que registran los anales de Bohemia.

—Así lo creo, y no sé si Palotski hubiera saludado la casa de las ruinas con los talones, como lo hizo Múller cuando tomó las de Villadiego el otro dia.

—Estais satírico, Palotski, y casi me venian ganas de desafiaros, para aumentar una hoja mas á la corona del temeron de Alba Julia.

—No os chanceeis, que podria ser fueseis por lana y volvieseis trasquilado, aunque me fuese forzoso visitar las cárceles de Praga, como antaño visité las de Buda por motivo igual.

—Mirad, dijo á esta sazon Eulero; ó yo estoy ciego, ó el duende sale ya á tomar el fresco en el terraplen.

—Verdad es, dijo Múller; pero esta vez ya no va solo, me parece divisar dos entre las almenas.

—Tienes razon, Múller, dos bultos son los que se mueven: ¿y qué hacemos? Yo soy de parecer que en el momento subamos á sorprenderles, pues estarán muy distantes de figurarse que haya quien esté de humor de hacerles visita.

—Yo tambien lo soy; mas será inútil nuestra subida. En el si-

lencio de la noche el menor ruido retumba en todo el castillo. Contad ahora si podremos abrir sin ser sentidos todas las puertas de los salones, estando los cerrojos mas fuertes que Barrabás, levantar la trampa de la sala de juntas, abrir para postre la puerta de la escalera, y subir los escalones de la maldita torre. Lo que yo discurro mejor es aguardar á mañana á continuar el registro con la seguridad de que hay en que emplearle, pues no creo que el miedo nos haga parecer fantasmas las almenas.

—Pues yo, saltó Palotski, no apruebo ni uno ni otro parecer; sino digo que en este momento se les conjure desde este lugar, y se les mande decir lo que pretenden, antes de pasar á malas con ellos;

y sin aguardar mas respuesta, á pesar de cuanto le decian á fin de que callase, comenzó á gritar diciendo: en nombre del glorioso San Estevan mi rey y patron, en cuyo sepulcro he oido tantas veces misa, y de su hijo San Emerico, de la Santa Reina Isabel, de San Venceslao, de San Estanislao y todos los santos de la corte celestial, te conjuro, ó fantasma de la torre gótica, y en nombre de Dios te mando me obedezcas.....

—Eulero y Müller en medio de su sorpresa no podian detener la risa, viendo la eficacia con que el exorcista transilvano conjuraba el espectro, el cual, al oir los gritos de Palotski, les pareció habia parado, y escuchaba con atencion. Continuaba aquel su fervoroso conjuro, á tiempo que un relámpago

seguido de dos exhalaciones que se perdieron en la region del aire, les cegó la vista y dejó atemorizados.... Son condenados, gritó Palotski, y la torre gótica despide con áspero y espantoso silvido tercera exhalacion. A la luz del relámpago observó Eulero dos bultos en el terraplen, uno armado tal como le habian pintado los criados del castillo, y otro vestido de blanco. Yo no se qué me diga de esta aventura, dijo á Müller, porque esconderse un hombre y una muger en los subterráneos, y subir á la torre á orearse, nada tenia de extraño; pero disponer á su arbitrio de rayos y truenos, vive Dios que me pone en confusion; y si tienen tanta habilidad para tronar en los subterráneos, como en el terraplen,

por San Estanislao que casi es temeridad exponerse á un peligro cierto, sin que nuestro valor nos sea de provecho.

- Son las sombras de Ana y Gualtero, dijo Palotski, y sin duda vienen á.....

—¿Y son condenados, majadero? le contestó Múller.

—Estarán quizá en el purgatorio.....

—No que estan encima de la torre gótica.

—Dejémonos de disputas, concluyó Eulero; tú Palotski dispon-te para mañana y lleva una resolucion decidida á no asustarte de cuanto veas y oigas, pues aunque lo diga el santo padre, yo no puedo persuadirme á que sea cosa sobrenatural este prodigioso suceso.

—Allá os las hayais, dijo Palotski, yo desde luego os acompaño, pero con la protesta de no meterme con los del otro mundo, y si por yerro de cuenta descostillase algun alma de los subterráneos, creyendo ser jayan ó fantasma, perdóneselo Dios á esta mano pecadora, pues fue sin intencion.

—Yo admito, dijo Múller, vuestra protesta; pero antes de descargar el golpe furibundo, debe preceder el conjuro de marras, y yo os certifico que el alma tendrá buen cuidado de darse á conocer, para no sentir los terribles efectos de una equivocacion de Palotski.

—Dejémonos de razones; mirad, los espectros parece han desaparecido; así que vamos á descansar lo que queda de la noche, pues la expedicion de mañana pide serenidad

de cabeza, y sin dormir bien, esta no se logra.

—Y pide tambien, dijo Palotski, algun refrigerio con el bálsamo de Tokay, y sin beber bien el sueño no se logra.

—Bravo, Palotski, dijo Múller, hablais como pudiere hacerlo el mismo Juan Hus. Yo os ayudaré con mi noble desempeño á aligerar el peso de dos ó tres botellas, antes de emprender nuestra romería hácia el purgatorio.

—Enhorabuena, respondió Palotski; y dicho esto se separaron de Eulero, y con algo mayor profundidad que este, durmieron hasta bien entrado el dia siguiente. La gente del castillo descansada en la vigilancia de los bravos exploradores, tambien se entregó sin cuidado al sueño, pues le era bien ne-

cesario despues de cinco ó seis dias de vela involuntaria; por lo mismo no supo las novedades de aquella noche hasta la mañana siguiente, en que Palotski hizo una minuciosa y circunstanciada relacion de todo lo acaecido, sin olvidarse de añadir algunos comentarios indispensables segun su parecer, para formar una cabal y exacta idea del prodigio. Todos se hallaban sobresaltados é impacientes al mismo tiempo de llegar al desenlace de tan terrible misterio, é instaban á Eulero no dilatar el registro definitivo. No se hicieron de rogar, y despidiéndose de todos, como quien va á emprender un largo y peligroso viage, les previnieron, que si al anochecer no estaban de vuelta los diesen por muertos, y no tratasen de insistir en la

averiguacion de este prodigio.

Todos les abrazaron llorando, y en particular la anciana Heduvigis, dirigiéndose á Múller, le decia: por las benditas tocas de santa Ana, y los limpios pañales con que fajó á la gloriosa Vírgen María, por la santa casa de Nicolspurg, os encargo no riñais con los muertos, porque siempre llevareis la peor parte; y si quereis ir seguros, yo os enseñaré ahora mismo una oracion.....

—Rezadla vos por mí, madre, que tenemos prisa, dijo Múller, y asiendo del brazo á sus compañeros, abrió la puerta del primer salon, atravesó la crujía, y en poco rato los silenciosos habitantes del castillo los perdieron de vista. Eulero opinó que ante todo era preciso subir á la torre, y desde allí

seguir el caracol hasta lo mas hondo, persuadido á que el extremo inferior de la escalera tendria puerta de comunicacion con los subterráneos. Sus dos compañeros defieren á su parecer, y hételos segunda vez levantar la trampa, bajar al subterráneo primero, abrir la puerta de la torre y subir al terraplen. Convencidos de estar todo limpio por arriba, volvieron á bajar el caracol para hallar la entrada á los subterráneos. Habrian bajado como unos veinte escalones, debajo del piso de la puerta de la escalera, cuando vieron con sorpresa que el paso estaba obstruido y cegado con un monton de escombros. Incomodóles este contratiempo, pero como iban provistos de instrumentos para cabar y picar, procuraron Eulero y Múller,

(pues Palotski llevaba la luz) apartar con los picos los escombros, por si debajo de ellos se ocultaba alguna trampa ó puertecilla. Pero aquellas ruinas tenian muchos pies de profundidad, y no era fácil sacarlas faltando lugar para acomodarlas en una escalera estrechísima, siendo ademas trabajo de muchas horas. Pero no concebian cómo el espectro habia pasado por entre aquellos escombros, pues no cabia duda que le habian sentido bajar, cuando abrieron por primera vez la puerta del subterráneo. Desesperados de lograr cosa alguna por allí, subieron otra vez á este, para entrar por la puerta pequeña. De esta tenian la llave, y aunque les costó algun trabajo por estar los hierros casi inservibles á causa del tiempo y humedad, no obstante su-

peraron este inconveniente, y vieron patente á sus ojos la lóbrega entrada de los subterráneos. En el momento que se abrió la puerta, hirió sus ojos una luz á grandísima distancia; pero desapareció al instante. Esta novedad suspendió su marcha. Deliberaron un poco, y quedó resuelto, que fuesen cuales fuesen los prodigios de aquella mansion, no se volviese atras sin examinarlo todo. Ofrecióse desde luego á sus ojos un largo cláustro con puertas á un lado y otro; pero todas cerradas y difíciles de violentar. Poco se detuvieron en probarlo, y continuaron hácia el extremo del corredor, por ver si alcanzaban la luz; pero cuando estaban á poca distancia de la extremidad, oyen sobre sus cabezas un espantoso ruido y al mismo tiem-

po cerrarse con estrépito una puerta. Yendo preparados, no les sobrecogió el estruendo; adelantan el paso y llegan al cabo del corredor. Este remataba en una gran puerta tambien cerrada, pero ignoraban si era la que acababan de oir, ó alguna de las colaterales. No obstante á fin de cerciorarse, dió Múller un golpe en ella y en las mas inmediatas con el pomo de la espada. En estas respondió un eco apagado y sordo; prueba de ser piezas de poca extension: pero en la del extremo se repitió un eco sonoro que parecia prolongarse á largas distancias. Esto les convenció de haber dado con la verdadera puerta de los grandes subterráneos y así se dispusieron á violentarla, haciendo uso de los instrumentos prevenidos. Con efecto

lo consiguieron al cabo de una hora de fatiga, pues ademas de resentirse la puerta de la misma humedad, era con exceso mayor que las otras, y costó mas ponerla corriente. En un interválo que tomáron para respirar, les pareció oir dentro algun ruido, y poniendo atencion, notaron voces como de dos personas hablando en voz baja. Hizo seña Eulero á sus dos compañeros de que callasen; pero á poco rato aquel eco se fue alejando y dejó de oirse. Prosiguieron pues con calor la obra, y la gran puerta rechinando sobre sus fuertes goznes franqueó la entrada á las vastas habitaciones subterráneas; pero en el instante de poner el pie dentro, se dejaron sentir uno tras otro cuatro truenos seguidos, y retumbando espantosamente por aque-

llas anchurosas galerías bastarian á infundir pavor en corazones menos animosos que los de nuestros exploradores. Valor, dijo Eulero; pasemos adelante, quizá tocamos ya el fin de nuestra expedicion. No le dejó continuar una terrible explosion que sintió á sus espaldas; ábrese el pavimento y vomita entre relámpagos una nube de peñascos. Apagánseles las luces, y quedan en la mas profunda oscuridad. Eulero sintió titubear un momento su constancia, pero rehaciéndose dijo á Múller y á Palotski que no estaban tan serenos como él: amigos, el duende nos teme, pues trata de espantarnos con ruidos: no cejar debe ser nuestra salvacion y su pérdida.

—Pero ¿cómo, dijo Palotski temblando, á dónde ir, si esta-

mos metidos en el limbo?

—No te acobardes: á la luz del relámpago he visto á lo léjos frente de nosotros una escalera, y siguiendo la direccion no podemos menos de dar con ella: á buen seguro que nos conducirá á una parte ú otra.

—Eso es claro, dijo Palotski; á menos que antes de llegar adoremos con las narices los pilares esparcidos por esta maldita habitacion.

Al decir esto hirió sus ojos nuevamente la luz. Vamos allá, dijo Múller, ya le tenemos, corre hombre, decia, empujando á Palotski.

—¿Pero dónde demonios tengo de ir, respondió Palotski, viendo desaparecer la luz y quedar otra vez en tinieblas, si está esto mas oscuro que boca de lobo?

—Si tuviésemos algun medio de

encender luz; puntualmente es lo único de que no hemos pensado proveernos, y si le dá la gana al espectro.....

—Pero de repente se ven alumbrados de un modo horroroso: un relámpago iluminó con luz pálida todo el subterráneo, y el espantoso metéoro duró cerca de un minuto. Miraba Eulero el rostro de Múller y Palotski al resplandor de esta luz, y le parecian dos cadáveres escapados del sepulcro. El mismo efecto producia el rostro de Eulero en sus dos atónitos compañeros. Sucesivamente resplandecian é iluminaban aquella mansion de prodigios otros relámpagos, continuándose de minuto en minuto. Unos vestian el subterráneo de color rojizo, pareciendo inflamadas las piedras, pilares y arcos de

las bóvedas; otros daban una luz verde y meláncolica; otros la producian blanca y muy viva. Brillaban los metéoros un minuto, espacio suficiente para registrar todo el horror de aquella vasta extension, y de repente cesaban, sepultándolo todo en la mas profunda oscuridad. Los tres campeones estaban atónitos; el pasmo les embargaba la voz; hasta el mismo Eulero pensaba retroceder; pero un resto de verguenza les impedia abrazar este partido: continuaban entre tanto los relámpagos por intervalos, y se percibia un olor fétido y desconocido. Eulero cogió de la mano á Múller y Palotski sin hablar palabra, y los tres asidos se encaminan hácia una puerta, por donde les parecia habia desaparecido el espectro con la luz.

No bien habian dado dos pasos, cuando oyen repetirse dos terribles detonaciones, y al mismo tiempo pasar silvando sobre sus cabezas una violenta exhalacion, que dejando tras sí una ráfaga de chispas, fue á perderse entre las pilastras de los subterráneos.

—No hay medio, gritó Múller desesperado, adelante; aunque el infierno en peso se nos oponga, pereceremos antes que ceder.

Respondióle el trueno mas espantoso que jamás habian oido, y en un momento se vieron cercados de un volcan de chispas por todos lados.

—Perdon, gritó Palotski, poniéndose de rodillas; perdon, almas benditas, acordaos de la protesta que hice antes de meterme aquí.

*

—Cobarde, ¿temes morir? le dijo Müller. Juro á Dios no saldrás de aquí vivo; pero será mi puño quien sacará tu menguada alma de esas carnes de alcorza.

Impidióles proseguir nuevo trueno y nuevas exhalaciones que discurrian á manera de espíritus por todos los lados de los subterráneos. Eulero de un tiron puso á Palotski en pie, y habiendo cesado las chispas, continuaron en busca de la puerta por donde marchó el espectro. Poco les faltaba para llegar, y una nueva explosion conmueve el pavimento; rebienta este, y un monton de ruinas cubren la puerta adonde se dirigian. Al mismo tiempo ven por el aire un globo de fuego, que dividiéndose en otros muchos, vino á caer en silencio á los pies

de los atónitos y acobardados campeones. Un globo desprendido de su foco cayó sobre la cabeza de Palotski, y su gorra comenzó á arder. Viólo Eulero, y de un golpe se la echó al suelo. Esta, al parecer desgracia, fue su salvacion; pues á beneficio de la llama vieron las teas que habian dejado caer cuando el trueno las apagó, y las volvieron á encender.

Eulero volviéndose á sus compañeros, cuando pasado un rato ya no se oia ruido, y todo estaba en una completa tranquilidad:

—Amigos, les dijo, la temeridad no es valor; creo que nosotros acabamos de dar prueba de una y otro. Cuán inútil haya sido nuestro arrojo, lo veis bien patente, y por ahora pasar adelante seria á mi parecer morir por capricho. Los me-

dios prodigiosos de que se vale el espectro para aterrarnos, me hacen dudar si es cosa sobrenatural. Dejemos al tiempo el cuidado de aclarar este misterio, y entre tanto supuesto que el espectro no se mete con nosotros, no nos metamos tampoco con él, y dejémosle vivir en la torre y subterráneos, mientras no venga á inquietarnos en nuestras habitaciones.

—Hablais, dijo Palotski, como el mas estirado doctor de Hermanstadt; pero sin embargo, añadió, mirando su gorra que aun humeaba; ¡maldito espectro!.... ¡Susto mayor!.... En fin, gracias á Dios la contienda es acabada sin daño de barras. Vamos, Eulero, Múller y...

—Pero ¿dónde demonios hemos de ir? dijo Múller; mirad, cuitado de vos, ese monton de piedras cu-

briendo la puerta del corredor, ¿cómo desembarazarla? Y si al señor duende le pasa por las mientes hacernos dar cuatro cabriolas por el aire, mientras tratamos de salir de la ratonera ¿qué hareis?

En efecto Múller tenia razon. La primera explosion habia abierto una sima en el pavimento delante de la puerta del corredor, y los peñascos al tiempo del fracaso habíanse amontonado contra ella, de suerte que se necesitaban fuerzas extraordinarias para moverlos, y de consiguiente era locura pretender por entonces salir por ella. Mirándolo todo con atencion, dieron en otra puerta á corta distancia de la del corredor, y la abrieron con esperanza de hallar alguna comunicacion con las de la pared colateral del mismo. Con indecible ale-

gria vieron ser así, y aquella puerta daba á una pieza de bastante capacidad, cuya principal salida la tenia al corredor. No les costó mucho trabajo abrirla, y se vieron segunda vez enfrente de la temerosa puerta, obstruida ya con las ruinas al pavimento. No se detuvieron mas en inútiles consultas, sino todos con la ligereza que les permitia el estado de sobresalto y aturdimiento en que se hallaban; ganan la entrada del corredor; salen al primer subterráneo, y cierran de nuevo la puerta; suben á la sala de juntas, y vuelven silenciosos á encontrar á sus compañeros.

Estos les aguardaban con la impaciencia que se deja discurrir; ya se disponian á ver con ellos algun fantasma prisionero, ó cuando me-

nos algun despojo de esta raza maligna; cuando el rostro desalentado y pesaroso de Palotski, el espantado de Múller, y el pensativo de Eulero les llenó de temores. Pero al ver á Palotski con la cabeza desnuda, Herman admirado le dijo.

—¿Qué es esto Palotski? ¿dónde está la gorra?

—No me hagais preguntas; solo os digo que Dios es justo, y castiga la temeridad.

—Mirad si tenia yo razon, saltó la locuaz muger del conserge; bien claro os lo canté y no hicisteis caso; eso de meterse con muertos, no señor; y sin duda sería la pobre señorita la que habeis visto..... ¿No es así? ¡Pobrecilla! ¡Cuán acabada estará!

—Era la puta que os parió, dijo

Múller enfadado, y dejaos estar de cosas que no os atañen, y seros ha sano. Contó Eulero á todos los circunstantes el éxito de su expedicion, y en consecuencia de su relacion todos fueron de dictámen deberse pasar aviso al Baron de las novedades y prodigios ocurridos en su castillo, á fin de que tomase las disposiciones convenientes al efecto. Fué comisionado Palotski, y al dia siguiente al registro, pasó á Praga, y con la elocuencia natural y energía comunicada por su propio convencimiento, hizo al Baron de Limberg una extensa descripcion de las escenas terribles de que él mismo habia sido testigo.

Hallábase Conrado entregado á la mas profunda melancolía desde el rapto de su hija, cuando llegó Palotski; y su relacion no hizo

sino madurar el proyecto de retirarse de la corte y establecerse en el castillo de Limberg. Demasiado despreocupado para atribuir los prodigios de aquella casa á algun agente sobrenatural, revolvia en su imaginacion mil ideas tocante á este pasmoso suceso, pero se guardó bien de comunicarlas á persona alguna. Con pretexto de la alteracion de su salud ocasionada por la muerte de Ana y rapto de Sofía, pidió al Rey le exonerase de su empleo. Vino bien en ello el monarca, y de allí á pocos dias con la servidumbre que tenia en Praga, se trasladó á su castillo de Limberg.

CAPÍTULO V.

Prision y duelo.

Los desórdenes de la corte de Praga iban de cada dia tomando un aspecto mas sério y trascendental. Venceslao corriendo á largos pasos á su ruina, no hallaba quien le diese la mano, y le desviase de la senda del precipicio y abismo abierto á sus pies. Esclavo de Manstein, y aun mas de su torpe indolencia y vergonzosa glotonería, solo era Rey para bañarse en la sangre de los inocentes, ó para abandonarse á la mas afrentosa disolucion. El indigno favorito se valia y fomentaba tan funestas disposiciones para alzarse con el gobierno, de suerte que Venceslao embrutecido por sus desórdenes, ignoraba

cuanto sucedia fuera de las puertas de su palacio. El pueblo de Praga inclinado á la sedicion y tumultos, no pudo ser por mas tiempo espectador pasivo, y víctima de tan infame gobierno. Los anuncios de una cercana explosion se dejaron sentir bien pronto: varios corrillos y grupos considerables de gente se reunieron en las cercanias de palacio, tomaron todas las avenidas, y dieron principio á la sedicion. Oyéronse muchas voces, gritando: muera Manstein; y algunas: muera Venceslao. Iba engrosándose visiblemente la faccion, y trataban ya de forzar las puertas de palacio, cuando un nuevo accidente distrajo al furioso pueblo del intento que iba á ejecutar. Un guerrero cubierto de armas negras venia á escape con direccion al palacio por

la principal de sus avenidas, montado en un brioso caballo tambien negro. Penacho de plumas negras cubria el casco por todos lados, y apenas dejaba divisar en la cimera el animal fabuloso de cuya boca salia. De un ancho tahalí negro bordado de oro pendia la espada, cuyo puño estaba cuajado de diamantes. Su mano derecha blandía la lanza, y la izquierda embrazaba un pesado escudo que llevaba por empresa un esqueleto saliendo de la tumba con esta letra: *aun vivo*. Los gritos de *plaza, plaza*, resonaron entre la multitud, y la novedad del guerrero suspendió el furor dando lugar á la curiosidad. El semblante del incógnito era invisible, pues llevaba calada la visera, y era puntualmente su figura igual á la descripcion del Es-

pectro de Limberg, que habia cundido por la ciudad con motivo de la relacion de Palotski. Asi es que preguntando unos á otros, quién seria aquel guerrero, todos respondian que se asemejaba al Espectro de Limberg; de suerte que el Caballero del Esqueleto ya no corrió desde entonces en boca de todos, sino con el nombre del Espectro de Limberg. Hallando cerradas las puertas de palacio, impaciente el incógnito dió tres golpes con el cuento de la lanza; pero viendo que tardaban en abrir, gritó con toda su fuerza: abrid, ó el Rey perece. Los que le oian de dentro quedaron suspensos á esta voz, é indecisos no sabian qué resolver. Por fin uno de ellos fue á dar cuenta al Rey de la instancia del incógnito.

—¿Por qué, pues, no le dejais entrar? dijo Venceslao.

—Señor, porque la plaza está llena de gente, dispuesta á acometer el palacio y apoderarse de vuestra persona.

—Mirad lo que es el miedo, dijo el Rey á Manstein, que se hallaba presente. Perros, ¿no era mas acertado servir vuestras corazas de puertas, antes que hacer de mi palacio un convento de monjas? Id al momento, y abrid al forastero; aunque sea el mismo Gonthier, estoy pronto á recibirle.

El criado bajó la cabeza, y partió á ejecutar la orden de su soberano. Por fortuna, como hemos antes notado, la sedicion iba calmando, y así pudieron fácilmente introducir al incógnito, y volver á cerrar la puerta, sin que nadie

hiciese ademan de violentarla. Desmonta el guerrero en el patio del palacio, y pide al momento ser conducido á la presencia del Rey. Hallábase este tratando de bagatelas con su favorito á tiempo que entró el desconocido, y sin alzarse la visera, se acerca presuroso y presenta á Venceslao un frasco lleno de licor.

—¿Qué significa esto, dijo el Rey sorpendido.

—Señor, bebed, ó sois muerto.

—Pero, demonio.... dijo Venceslao encendido en cólera.

—Es un antídoto, le interrumpió el guerrero con serenidad y firmeza. Habeis sido envenenado; no he llegado á tiempo de evitarlo, pero sí de precaver los funestos efectos del veneno. Bebed, señor, bebed.... y diciendo esto le alargaba la copa.

El aire de franqueza del incógnito, y el miedo natural á la muerte decidieron al Rey. Agotó el frasco y devolviéndoselo, ¿quién es, dijo, el infame traidor, á quién soy deudor del veneno?

—Lo ignoro, señor, dijo el incógnito volviéndose á Manstein que estaba pálido como una cera: pero no tardaré mucho en saberlo.

No advirtió Venceslao la turbacion del favorito absorto en la novedad ocurrida; pero continuó preguntando al Caballero del Esqueleto, ¿quién sois pues?

—Señor, le respondió este con entereza, no os pido otra recompensa por el servicio que os acabo de hacer, sino que me permitais retirar sin darme á conocer. Ya sabreis quien soy; pero mientras no os acredite con mayores

muestras mi adhesion á vuestra persona, no es conveniente me descubra.

Dicho esto vuelve la espalda, y sin que el Rey tuviese accion á pronunciar la menor palabra, ni mandar detenerle, baja al patio, monta en su caballo, le abren la puerta y desaparece. Venceslao quedó algunos minutos en silencio, y luego volviéndose á Manstein, ¿qué te parece, Baron? le dijo.

—Señor, respondió este con acento mal seguro, yo le hubiera arrestado para que declarase el delincuente, pues no puede menos de saberlo, cuando tan impuesto está en el delito.

—Y ¿quién concibes sea capaz de envenenar á Venceslao?

—Señor, yo no quisiera adelantarme, pero.....

*

—Pero, ¿qué diablos tienes, que has perdido el color?

—Señor, vuestro inminente riesgo me ha alterado de modo que estoy como fuera de mí.

—Yo te lo agradezco; pero dime, ¿quién sospechas pueda ser?

—Algo he oido: atribuyen este atentado á un Juan Schonen refugiado en Stetin.

—¿Luego tú lo sabias?

Esta reconvencion cortó á Manstein; pero rehaciéndose al momento: señor, dijo al Rey, creí mas prudente no alarmaros con una noticia á mi parecer falsa é impracticable.

—Pues yo juro á Dios, dijo Venceslao, fácil de convencer con cualquiera razon; yo juro á Dios que ese pícaro ha de beber agua en el Oder, como bebió hace poco en

el Moldaw ese terco sacerdote de Nepomuck. (11)

—Pero yo, señor, no quisiera declararos mis sospechas, siendo como son injuriosas á un sugeto digno de vuestra estimacion.

—¿De quién hablas?

—No es porque yo dé crédito á cuanto se dice, porque sabemos por experiencia cuán falaces.....

—Pero ¿quién?.....

—Y el tal Schonen podia haber sido muy bien pagado por otro; porque un sugeto tan autorizado, y cuya opinion está generalmente tan bien sentada.....

—Baron, ó diablo, ¿de quién hablas?

—Señor, perdonad si os hablo del noble Conde de Zitaw.

—¿Cómo?

—Permitidme os haga la obser-

vacion, que un padre que ha perdido su hijo, no puede mirar con buenos ojos á aquel, á quien mira como autor de su pérdida. Dejo á vuestra penetracion las consecuencias de esta observacion: repito no obstante que para mí es increible, y no debeis hacer mérito de estas sospechas.

—Tienes razon, Manstein, y hablas como un oráculo: el Conde es buen vasallo, y siento oir hablar mal de él. Mudemos de asunto. ¿Están ya extendidos los preliminares del tratado de comercio en las ciudades anseáticas?

—Solo falta la última entrevista con los representantes á fin de zanjar este negocio, y vuestra firma.

—Sobre todo no olvides las condiciones especiales sobre el comer-

cio de vinos y licores: advierte que concederé cuantos privilegios y franquicias exijan; rebajaré los derechos, y con especialidad protegeré la navegacion del Elba y Oder: es preciso ver cómo atraer aquí lo mejor de los viñedos de Francia y España: nuestros bohemos son tan borrachos como holgazanes, y esas hermosas tierras de la Moravia las llenan de simientes inútiles, pudiendo tan bien emplearlas en cepas que dejasen atrás á Tokay, Fontignan y Champaña.

—Sereis exactamente obedecido, (contestó el favorito, poco satisfecho de la facilidad con que el Rey se habia prestado á aprobar sus elogios del Conde, dichos con muy diferente intencion) y parto al momento á dar las órdenes necesarias.

—Ahora me ocurre, Baron: ¿en qué habrán parado esos gozques que ladraban á la puerta de palacio?

—Voy á informarme, señor; pero segun la tranquilidad que reina en él, supongo habrán desaparecido ó ido á ladrar á otra parte.

En efecto al tiempo de salir el Caballero del Esqueleto, la mayor parte de los amotinados le siguió hasta fuera de la ciudad; pero picando espuelas á su caballo, en breve le perdieron de vista por el camino de Beraun. Despejada la plaza algun tanto, y llegando al mismo tiempo un escuadron de caballería, se restableció el orden, y el motin insensiblemente fue cediendo hasta reinar una calma completa.

Libre de este modo Venceslao por la proteccion del cielo y di-

ligencia del Espectro de Limberg, no por eso se hizo mas cauto; ni con la conducta propia de un soberano procuró quitar la ocasion de exponerse á semejante peligro. Abandonándose á todos los excesos de su carácter feroz y despótico, desfogó principalmente su rabia contra los grandes del pais, á quienes atribuia las sublevaciones y tumultos ocurridos en Praga. A este fin, y para contenerlos en una ciega sumision, dió un festin, al cual convidó á toda la nobleza y consejeros del reino. La profusion de manjares y bebidas era cual se podia creer de un príncipe dado con tan increible exceso á le embriaguez y glotonería. Los convidados admirados de tan repentino como inesperado llamamiento, y atribuyendo esta galante fineza de

su soberano á uno de los muchos caprichos que frecuentemente veian en él, acudieron sin desconfianza, y comenzó el banquete, y los asistentes á desempeñar el fin para que habian sido llamados, con toda la exactitud propia de alemanes. Pero una súbita y terrible aparicion hizo al momento cesar las demostraciones de alegría y placer, producidas por el suntuoso é incitante cuadro que veian ante sus ojos.

Un sayon de aspecto salvage y feroz se presenta en la puerta de la sala, y el brillo de un hacha de acero centelleando en su nerviosa mano, hiere los ojos de los convidados, y les hiela la sangre en las venas. Sus pálidos rostros pintan al vivo el terror apoderado de sus almas, y su vista turbada gira sin fijarse por todos los objetos pre-

sentes. Cada uno se cuenta ya por muerto; y el bárbaro monarca se complace con sonrisa cruel en las agonías que experimentan los circunstantes. Comed, amigos, les decia, y haced honor al dueño de la casa: no se diga que la mesa de Venceslao ha satisfecho á quienes no sacia su sangre; comed, y desempeñad vuestro oficio, como debeis al nombre de alemanes. Tan crueles sarcasmos, aumentaban el pavor de los infelices convidados. Ya esperaban el terrible momento en que una seña del monarca hiciese al verdugo segarles las gargantas, cuando una risa irónica asomó segunda vez en los lábios de Venceslao, y dirigiéndoles la palabra: señores, les dijo, no os asusteis; yo gusto de chancearme con mis amigos, y esto es muy jus-

to; pero no creais trate yo de haceros el menor mal; solo sí estimaría os tomaseis la molestia en agradecimiento á mi fineza, de poner vuestra firma al pie de estos artículos que os presento. Respiraron los aterrados consejeros y nobleza presente, y ni uno siquiera rehusó, ó se detuvo en firmar el papel del Rey sin mirarle. Contenia este en verdad algunos puntos bastante duros de conceder; pero el miedo mucho mas poderoso, y el deseo de evitar el presente riesgo les cerró los ojos á cualquier otro inconveniente, y todos se apresuraron á dar pruebas de su complacencia y adhesion al soberano. Este, cuando hubieron firmado, hizo retirar al verdugo, y los despidió contentos de haber escapado con vida de tan inminente peligro. Es-

ta prueba del temor servil, á que los habia reducido, y la persuasion de haberles sabido imponer, insolentó en sumo grado al brutal soberano, y libre de todo freno, siguió ejerciendo en sus vasallos la mas odiosa y violenta tiranía. Es fácil contener en los límites de la moderacion á un pueblo hasta cierto punto; pero traspasado este, ninguno es capaz de señalar el de las desgraciadas consecuencias de un furor represado largo tiempo. Formóse segunda conjuracion, y sabiendo que dentro de pocos dias debia trasladarse la corte á Beraun, dispusieron los conjurados apoderarse de su persona á todo trance. La víspera de la partida halló Venceslao en la mesa de su gabinete un papel concebido en estos términos: «No salgais de palacio, de lo con-

trario no responde de las consecuencias el celo del—*Caballero del Esqueleto.*"

Leyó el Rey este billete, y quedó indeciso. Manstein, dijo viendo entrar á esta sazon á su favorito; hé aqui un nuevo servicio del Caballero desconocido; ¿qué te parece?

—Que no hagais caso, señor: su buena voluntad es apreciable; pero acaso será un exceso de celo, mas que temor fundado. ¿Y aun la escena del otro dia no podia haber sido fingida?

—No lo fue, juro á Dios, porque el antídoto me hizo arrojar algunos materiales crudos é indigestos mezclados con el veneno, y tan violenta evacuacion me debilitó en términos que á no haberme reforzado con dos copas del selec-

to Rhin, no fuera hombre en un año.

—Señor, podrá ser, pero cuidad no se diga que todo un Emperador de Alemania teme salir de su casa por miedo á cuatro alborotadores.....

—Es cierto, Baron, yo no les temo: manda disponer el coche; y por un efecto de su natural y caprichosa inconstancia, despreció el saludable consejo del incógnito, y se dejó llevar de la instigacion del perverso favorito.

Acompañado de la escolta ordinaria, salió de Praga por el camino de Beraun. Los batidores que precedian el coche advirtieron algunos hombres parados á uno y otro lado del camino; mas no recelando lo que pudiera ser, pasaron de largo y continuaron la mar-

cha. Entró el coche del Rey en una angostura ó garganta formada por dos montañas, y allí fueron asaltados por unos cuantos hombres. Quiso ponerse en defensa; pero se le echaron encima, é hicieron retroceder el coche hácia la capital. La gente de su séquito intentó acometer á los raptores y quitarles á Venceslao, cuando como por encanto se ven coronadas de gente armada todas las eminencias que dominaban el camino, y un grito terrible y universal de: muera Venceslao, acobarda y hace huir á sus defensores. La entrada del monarca prisionero en su capital, fue un verdadero triunfo. Insultos, mofas, amargas ironías, maldiciones y amenazas acompañaron su carrera hasta la cárcel pública de la ciudad. El tirano semejante al oso de Po-

lonia cogido en la red, rugía de furor, y el mas violento despecho, mezclado con el vil abatimiento se veian pintados en su rostro. Fue encerrado en el calabozo mas oscuro, y cargado de grillos y cadenas; se le intimó esperase el premio debido á su tiranía y crueldades en el suplicio mas atroz y horroroso que pudiesen inventar.

La noticia de la prision de Venceslao llegó á oidos del Baron de Manstein, (si ya antes no la sabia) y con ocultarse prontamente, evitó una suerte igual á la de su amo, de parte del pueblo enfurecido, cuyo odio no era él contra quien menos se dirigia. Pero no empleó el tiempo de su retiro en reconocerse y desistir de sus criminales proyectos de engrandecimiento, sino en madurar su venganza y plan de

exaltacion, pues no aspiraba á menos que á usurpar á Venceslao la corona, revolviendo en su imaginacion un plan tan vasto como cruel y sanguinario. Quien mas le hacia sombra era el Conde de Zitaw, del cual, aunque retirado, temia no se opusiese á sus inicuas miras, ó cuando menos ayudase al Rey con sus consejos, ó le avisase de los peligros, como lo acababa de hacer el Caballero del Esqueleto, ó Espectro de Limberg, objeto principal de su rabia, y ángel tutelar de Venceslao, que indudablemente hubiera sido víctima de su perfidia, como fácilmente se ha debido conocer, sin el oportuno auxilio del incógnito.

Trataba, pues, en primer lugar de deshacerse de Emerico; cosa factible á su parecer. Él fomen-

taria ocultamente las pretensiones de Gonthier, que realmente tenia poderosos partidarios; y el nombre de Manstein no podia dejar de añadir nuevos brios y gente á la faccion. Madurado el proyecto, y contribuyendo á decidir al pueblo el odio general que profesaba este á Venceslao, hacia prender el fuego y estallar la revolucion en Praga. Un ejército, á cuya cabeza se hallase el gallardo y valiente Victor Margrave de Staffendorf, debia aparecer á este tiempo, y proteger la reaccion. La indolencia del monarca y los cuidados de Manstein en alejar de sus oidos cuanto pudiese imponerle en la conjuracion, harian practicable esta medida. Hecha de este modo la revolucion, no quedaba á Venceslao esperanza alguna de restablecerse,

si es que por fortuna lograba escapar del furor del pueblo amotinado. Solo quedaba por remover el obstáculo de los ministros y consejeros alemanes, tenazmente adictos al Rey, de quien eran criaturas. Era muy posible que mirándoles de mal ojo los bohemos por la calidad de advenedizos, se dejase oir entre el alboroto alguna voz de: mueran los alemanes; y cuando no sucediese, no faltaria quien pagado se encargase de hacerlo. Entonces él exagerándoles la grandeza del peligro, y manifestándoles la dificultad de evitarle, se constituiria defensor suyo, ponderándoles el mérito de una accion que le exponia á él mismo á ser víctima del pueblo. Estos infelices aislados por una parte, y agradecidos por otra, se echarian

en sus brazos, y en ellos adquiria unos prosélitos adictos, mas á su persona, que al partido gonthieriano. Victorioso este, Manstein seria mirado como el agente principal de su exaltacion, y el brazo derecho del pretendiente; debia pues esperar ocupar el segundo puesto en el gobierno. Una conducta franca y popular le conciliaria el afecto de la multitud, y cuando hubiese creido tener su opinion bien sentada, poseia el arte de deshacerse de Gonthier sin estruendo, como pensaba hacer con el Conde de Zitaw, y habia ya intentado practicar con Venceslao. Sin embargo de no entrar en su plan la muerte de Venceslao, reflexionó despues cuán temible era un enemigo encarnizado, y que al fin era el verdadero soberano, aun-

que cruel y tirano, pues no le faltarian medios de hacer valer sus derechos, y quizá no seria menos escrupuloso en echar mano del veneno para librarse de su enemigo, de lo que era él en propinarle á sus contrarios. Creyó, pues, el partido mas seguro quitar de por medio á Venceslao. Ya hemos visto el importante servicio hecho con tal motivo por el Espectro de Limberg al Rey; y los sucesos nos manifestarán el modo con que aquel descubrió la traicion y maldad del Baron, cuando conozcamos á este ser extraordinario y bienhechor.

Entre tanto permanecia el prisionero monarca en las cárceles de Praga experimentando los mas duros tratamientos, y careciendo de los menores alivios. El pueblo y magistrados bohemos, temiendo no

rompiese la fiera sus cadenas, y renovase los estragos con mayor furor y encarnizamiento, le custodiaban con la vigilancia mas severa, negándole hasta los desahogos mas indiferentes recelando no aprovechase algun descuido ú ocasion para librarse de sus manos. La vida sensual y epicúrea de Venceslao le hacia mas sensible estas privaciones, é incomodado por otra parte de sus achaques, efecto de la intemperancia, deseaba lograr aliviarse con algun ejercicio ó con el baño. Hizo presentes al magistrado de Praga sus deseos, y este movido á compasion condescendió en permitirle el baño dentro de la misma casa; pero colocando cuatro centinelas que no le perdiesen de vista. Asi se ejecutó, y despues de quince semanas de prision

se concedió este desahogo al infeliz Venceslao. Salido del agua pidió á sus guardas le permitiesen tomar el aire un breve espacio. Corto favor era este para que se le negasen, seguros por otra parte de serle imposible la fuga, bañando el Moldaw las paredes de la cárcel por aquel lado. Con esta condescendencia, desnudo como estaba, se alejó un poco y salió á una puertecilla que daba al rio: solo vió allí sentada una jóven bañera llamada Susana. Esta no se admiró de ver un hombre de aquella manera, creyendo ser alguno de los dependientes de la cárcel, y acostumbrada á recibir toda clase de gentes en aquella parte del rio, donde con tablas unidas habia formado una especie de estanque, del cual estaba encargada, y

en este oficio ganaba su vida.

—¿Hay ganancia, muchacha? le dijo Venceslao.

—No es tanta como se debia esperar de los calores que hacen, pues de algun tiempo á esta parte ha disminuido mucho la concurrencia á este baño.

—¿Y cuál ha sido el motivo?

—Uno muy natural: antes de la prision del Rey estaban las cárceles llenas de gente de todas clases: esta pagaba á buen precio la libertad y comodidad de bañarse. Mi estanque, como veis, puedo sin vanidad decir es el mejor, mas curioso..... por ejemplo, estas tablas tan recias de pino, este piso tan suave de arena fina, como si se caminase sobre almohadones..... Mirad el cañon de desagüe ¿puede darse cosa mas primorosa? Cinco

ducados limpios me costó..... Pues no digo nada del grifo..... no quiso menos de seis rixdalers por él el bribon del fabricante; aunque me aseguró á fe de hombre de bien, que valia doce como un ochavo. ¿Y las sábanas? tocad, tocad; en Rotterdam no se trabajan mas delicadas.....

—Teneis razon, le interrumpió Venceslao, á quien ya comenzaba á fastidiar la prosa de la oficiosa bañera ¿con qué acude poca gente?

—¡Ay! Sí señor; muy poca: pues como decia, el Rey, yendo á divertirse á Beraun.....

—Le cogieron preso ¿no es verdad?

—Y tanta, porque al llegar á las gargantas.....

—Ya lo sé todo ¿con qué en resumen ganas poco?

—Y tan poco, señor; pues en esta semana solo.....

—¿Quieres ganar en un dia mas que has ganado en un año?

—¿Y cómo si quiero? Eso es preguntar al hambriento si quiere comer, al aleman si quiere beber, y al holandes si quiere dormir.

—Pues en tu mano está, muchacha.

—¿Cómo, ó por dónde?

—Solo con que me ayudes á pasar al otro lado del rio en esa barca. (Habia efectivamente un batelillo amarrado á las tablas.)

—¿Y desnudo?

—No importa, es mi objeto pasearme por allí un rato, pues siendo parage solitario, no hay inconveniente, y luego (cuenta que ha de ser bajo esta condicion) me has de volver á pasar á este mismo sitio...

La simple bañera codiciosa de ganancia tan excesiva, consintió gustosa en pasarle, y el Emperador de Alemania huyendo de una cárcel pasó desnudo el rio á merced de una muchacha. Ganada la orilla opuesta, ató el esquife á un árbol, y descubriéndose á la atónita Susana, le confirmó su promesa si le seguia; pero le amenazó con la muerte si lo rehusaba ó daba voces. La jóven atemorizada se dejó conducir sin resistencia, y corriendo á campo traviesso, llegaron á pocas horas á un castillo recientemente edificado por Venceslao, donde el gobernador y guarnicion eran hechuras suyas. Fué el fugitivo monarca recibido con las demostraciones de la alegria mas viva, y esta se aumentó en el con la satisfaccion de hallar

retirado en el mismo castillo á Manstein, quien le habia escogido por saber podia contar con la seguridad mas completa. Cumplió Venceslao su promesa á Susana, y no contento con ello la recibió en palacio por concubina suya, concediendo ademas por su respeto grandes privilegios y exenciones á la sociedad ó grémio de los bañeros.

Luego que supieron los Magistrados la fuga del Rey, se dieron por perdidos, y la mas terrible venganza amenazando sobre sus cabezas les hacia temblar. A este tiempo llegaron las órdenes expedidas de Venceslao, intimando nuevo juramento de fidelidad á su persona, y designando como traidores á cuantos se negasen á prestarle. Creyendo todos ser el único medio de desarmar la cólera del irritado mo-

narca, se apresuraron á darle gusto, y quedaron algo mas tranquilos, esperando con temor la decision de su suerte. Esta fue cual debian temer de un tirano cruel por naturaleza y exasperado con la prision. Comenzaron los horrores: Praga fue inundada en sangre; los nobles iban en tropas al cadalso; pesquisas, rapiñas, hurtos, confiscaciones..... Pero corramos un velo sobre tan repugnantes escenas.

Manstein reintegrado en el ejercicio de su ilimitada autoridad con la libertad de Venceslao, continuó en abusar de ella en ofensa del mismo, y en prosecucion de sus ideas criminales; pero sus maldades no debian llegar al colmo, y un ejemplar castigo debia anticiparse al complemento de su triunfo, sufriendo antes del último golpe pér-

didas mas sensibles que la misma muerte.

Un dia que se hallaba, como sucedia de ordinario, entreteniendo á Venceslao con fruslerías, y empeñándose en inclinarle á desconfiar del Conde Emerico de Zitaw, entró un guardia con el aviso de que un extrangero solicitaba hablar al momento al Baron de Manstein; pues su embajada no sufria dilacion. Salió á la antesala donde se encontró con un jóven vestido á la húngara, quien haciéndole una reverencia, le presentó un papel sin desplegar los lábios. Pasó rápidamente la vista por él y quedó asombrado. Era un anónimo concebido en estos términos: Habeis faltado á la fidelidad debida á vuestro Rey; no es maravilla falteis á la delicadeza y á la con-

fianza. Os acuso de ser el raptor de la hija del Baron de Limberg, y estoy pronto á sostener mi acusacion con la espada. Devolvedla á su padre, ó señalad lugar y armas para desmentirme. Si ni uno ni otro partido admitis, publicaré á la faz del mundo entero que Roberto, Baron de Manstein, es un raptor tan vil como cobarde.

¡Ah! infame Espectro de Limberg! gritó Manstein, luego que hubo acabado de leer el billete; ya te conozco, y es preciso que me satisfagas, y sacie yo con tu sangre la sed de venganza que me anima contra tí. Dí á tu amo que solo le faltaba á las bellas propiedades de espía y asesino, la de embustero y calumniador: que no es lo mismo pelear en un pedazo de papel, que en la estacada; que en fin

acepto el desafio. No pudiendo yo señalar el dia, pues depende de la voluntad del Rey; ya que es invisible y todo lo corre, verá fijos dentro de pocos dias en las esquinas de Praga los convites que le preparo, anotado el dia y hora de la funcion, y que en la punta de mi espada hallará respuesta á la demanda de la persona de Sofía hija del Baron de Limberg.

Dicho esto, volvió la espalda al mensagero, y entró en el gabinete del Rey. Viéndole este alterado, ¿qué traes de nuevo? le preguntó.

—Señor fruslerías: al Espectro de Limberg, ó Caballero del Esqueleto, le han entrado furiosas ganas de que mi lanza le descuaderne los huesos del suyo.

—¿Cómo, ó por qué razon?

—Ved, señor, le dijo Manstein

alargándole el cartel de desafio.

—Pero, dices, prosiguió el Rey acabado de leer el papel, que es del Espectro de Limberg, ¿en qué te fundas?

—¿Pues de qué otro puede ser sino de él?

—La letra no es la del billete que hallé en la mesa, cuando me avisó del peligro que corria, si me aventuraba á salir de palacio.

—Es muy fácil de contrahacer: ademas, el celo que afecta por vuestro servicio es á mi entender una envidia del favor que me dispensais, y trata por este medio de humillarme; pero estoy seguro no lo conseguirá.

—¿Y qué respuesta has dado al mensagero?

—La que debia á quien soy, consultando únicamente á mi valor;

es decir, he aceptado el duelo, y en cuanto al tiempo y lugar le he dicho me remitia á vuestra decision. Aunque yo espero hallar otro medio de refrenar la audacia de ese insolente, sin exponerme á infringir vuestras justas leyes y pragmáticas contra los desafios.

—¿Luego rehusas batirte con él?

—No le temo; pero respeto demasiado vuestras acertadas órdenes para obligarme á quebrantarlas la insolencia de un miserable aventurero, pues por tal tengo á ese desconocido Esqueleto, que tanta eficacia pone en mantenerse desconocido.

—Cobarde, si es calumnia el rapto que te imputan, echas una mancha indeleble sobre tu honor, no admitiendo, y me harás sospechar ser cierto: yo dispenso en gracia

tuya, y si es necesario anulo cuantas leyes he promulgado. Baron, tú te batirás.

—Mirad, señor.....

—No hay medio; dentro de ocho dias en la llanura del rio, fuera de la ciudad vieja, romperás una lanza, aunque sea con el demonio.

El tono colérico é imperioso de Venceslao espantó á Manstein; vió ser forzoso exponerse al lance, y sacando fuerzas de la flaqueza, que le infundian, aun mas que cobardía natural, los gritos de su conciencia, aseguró al Rey estaba dispuesto á desmentir con la punta de su espada la infame calumnia, y echar de sí la torpe nota de raptor, haciendo desdecirse á su enemigo, y lavando con su impura sangre tan sensible afrenta.

Alegre Venceslao mandó fijar

en los parages públicos de la ciudad la aceptacion del desafio para de allí á ocho dias contados del de la fecha, señalando el lugar y las armas que debian ser únicamente espada y lanza reconocidas y registradas en la forma acostumbrada.

Cuando se divulgó por la ciudad la nueva del desafío, fue imponderable la alegría de todos, esperando sin dudar ver humillada la altanería del soberbio favorito. El Espectro de Limberg corria ya en boca del pueblo como un ángel tutelar de Venceslao, y ahora se le miraba como el ángel exterminador de Manstein. Aumentóse la impaciencia general, al ver fijos en las esquinas de la ciudad los carteles de aceptacion, emplazando al desconocido campeon de Sofía

para el dia octavo en el llano fuera de la ciudad, junto á la márgen del rio. Si el criminal Baron de Manstein hubiera oido los susurros del pueblo contra él, perdiera mucho de su valor con la cruel certidumbre de estar todos prevenidos en favor del Espectro, y ansiosos de ver el palenque rociado con su sangre al impulso del poderoso brazo de aquel.

A la izquierda del Moldaw, junto al arrabal de los judíos, se dilata una espaciosa llanura de tres millas de circuito. En medio de esta se levantó un anfiteatro capaz de contener mas de sesenta mil personas. El cuerpo superior se elevaba sobre la gradería, adornado con primor, y entoldadas las galerías con telas de raso y seda para defender á los espectadores de

los rayos del sol. Distinguíase entre todas la destinada al Rey, compitiendo en ella el lujo y el primor, y brillando entre diamantes y rubíes un pequeño trono preparado para él. Al amanecer del dia señalado, estaba ya el anfiteatro lleno de gente. Era bello golpe de vista la diversidad de colores en los vestidos, el continuo movimiento en todos los puntos de las gradas y galerías, el susurro no interrumpido, y contribuia á hacerle mas vistoso y pintoresco el claro brillo del sol que entonces se manifestaba en su mas puro y hermoso resplandor. Se habia señalado la hora de las nueve de la mañana para el principio del combate. Hacíase pesado el tiempo á la impaciencia de los espectadores: todos tenian fijos los ojos

en la puerta de la talanquera, esperando cuando verian comparecer los denodados combatientes. Una hora antes de la anunciada, los clarines y demas instrumentos publicaron la llegada del Rey. Esparcióse la comitiva por las galerías colaterales, y el Rey se colocó en su sitial. Antes de entrar en el anfiteatro llamó á Manstein, que afectaba un valor y serenidad, de la cual estaba muy léjos: Baron, le dijo, cuenta con tu espada, ella sola te defenderá del brazo del campeon de Sofía y de mi enojo. Venceslao no quiere favoritos cobardes.

—¿Y creeis, señor, que el Espectro se presentará? Yo mucho lo dudo. Él teniéndome por cobarde me ha provocado, persuadido sin duda á que yo no aceptaria;

pero mi firmeza le habrá desengañado.

—Si así sucede, y él falta, te habrás purgado de la calumnia, y Venceslao te creerá valiente.

—Asi lo espero, señor; y dicho esto se separaron.

Media hora despues que llegó la corte al anfiteatro, los instrumentos bélicos anunciaron la llegada de un caballero. Al murmullo sucedió el mas profundo silencio, y todas las miradas se volvieron hácia la entrada al campo. Montado en un poderoso caballo bayo se dejó ver el Baron de Manstein: un aire de gallardía señoril, aunque algo afectada, le mantenia con gracia sobre la silla: los arreos del caballo correspondian á la preciosidad de su armadura; las gualdrapas descendian

hasta besar el suelo, y de sus extremidades pendian borlas de oro. El bordado representaba varias figuras imitadas con verdad y delicadeza: el correage y demas adornos no desdecian del gusto y valor de aquellas. Él iba armado ricamente; pero mas parecia encerrado en una fortaleza de hierro, que dispuesto á pelear en campo raso. Cubria su cabeza un brillante y pesado yelmo de acero, y de la cimera salia un airoso penacho de plumas flotantes. Las charnelas que engazaban la visera al yelmo, eran dos clavos de oro con un rubí engastado en cada uno. Cercos del mismo metal rodeaban la gola embutidos en ella. Peto aceado con extremos de oro, y escarcelar cubrian su cuerpo, y donde concluia por la parte inferior,

continuaban en los muslos limpias escarcelas á escamas, y remataban en lucidas grevas de acero, que defendian toda la pierna. Los brazos iban del mismo modo defendidos con láminas escamadas, y brillaban en sus manos pesadas manoplas. Traia ceñida al lado una espada de fino temple con el puño guarnecido de pedrería, y blandia con la derecha el lanzon, manejando con la izquierda la briosa cabalgadura, y llevando embrazado un escudo.

Con gentil continente fue á colocarse en medio del palenque, donde hizo un saludo al Rey, bajando la punta de la lanza, y se retiró á un lado, aguardando á su competidor. Crecia por momentos la impaciencia del concurso, y les parecia que el sol retardaba su car-

rera, envidiándoles el espectáculo hermoso de que iban á ser testigos. Por fin llegó el suspirado instante, y la hora del combate sonó. Dieron las nueve, y el competidor y campeon de Sofía no llegaba. El pueblo aguardó algunos momentos; pero viendo no parecia, comenzó á alborotarse. El Rey se hallaba irritado, culpando la cobardía del Espectro, y jurando que habia de vengar la burla que les habia hecho. En esta violenta suspension trascurrió media hora, y teniendo ya por inútil esperar mas largo tiempo, se dispuso Venceslao á declarar vencedor al Baron de Manstein, y libre de la calumnia que le habian imputado, cargando toda la ignominia sobre el cobarde calumniador. Al ver la determinacion del Rey, levantó la

visera, que hasta entonces habia mantenido calada, y dejó ver en su rostro pintada la satisfaccion con mezcla de susto, como quien ha escapado de algun inminente peligro. Sus ojos risueños y orgullosos giraban por la descontenta muchedumbre, mortificada por el lance inesperado, y maldiciendo la cobardía del campeon, de quien esperaban iba á confundir la altanería del privado, y castigarle de todos sus crímenes. Estaba el Rey á punto de declararle vencedor por boca de los heraldos, cuando un accidente repentino suspendió el pregon. Un remolino de gente se agolpó de improviso hácia la puerta del anfiteatro, y al momento resuena un millon de gritos. Ya viene: ya viene: él es; él es.

Los que en aquel punto obser-

varon el semblante de Manstein, le vieron demudado y sin color: presuroso volvió á calar la visera y se mantuvo inmóvil, aguardando el fin de la novedad. Un caballero venia á escape con direccion al anfiteatro: la gente le abre paso; pero hallando cerrada la barrera del palenque, pica espuela al caballo, y de un salto pasa las tablas, y se planta en medio de la arena. Un grito universal de aplauso acompañó su llegada. Todos le miran ansiosamente esperando ver en él el célebre Espectro de Limberg, ó Caballero del Esqueleto. ¡Qué pasmo! El gallardo campeon de Sofía no es ciertamente el Espectro. Su estatura es algo mas alta, y ni las armas, ni la empresa del escudo corresponden á la idea que tenian de aquel incógnito guer-

rero. Todos quedan suspensos, y preguntan unos á otros quien será, sin que nadie pueda dar razon de lo que todos desean saber. El gallardo desconocido presentaba un conjunto tan vistoso y alegre, como era terrible y espantoso el del Caballero del Esqueleto. Montaba el campeon de Sofía un hermoso caballo blanco, y sus arreos eran del mismo color: una red cubria las ancas del generoso animal y todo el cuerpo, sujetando los dos extremos sobre el pecho una hebilla de diamantes. La armadura del incógnito era un ligero arnés trenzado, tachonado de clavos de oro: un pequeño casco defendia su cabeza, y en la cresta sobresalia una garzota de plumas blancas. Sobre el hombro izquierdo sujetaba con gracia una esmeralda las dos pun-

tas de la sobreveste de tisú de plata, y de aquel centro partian asimismo dos rapacejos verdes que ya sueltos, ya confundidos con los pliegues de la flotante sobreveste, jugaban con el viento. Su escudo consistia en una rodela con cercos de acero, correspondiente á lo restante de la armadura. Ostentaba por empresa el águila con los rayos de Júpiter y esta letra: *protejo la inocencia.*

En medio de la admiracion y favor público que se concilió el Caballero del Águila, sino como Espectro, á lo menos en calidad de acusador de Manstein y defensor de Sofía; se notó sin embargo alguna novedad en sus armas. El casco estaba abollado en dos ó tres partes: la sobreveste algo rasgada y cubierta de lodo, y aun se ad-

vertian ensangrentados los arneses del caballo y el hierro de la lanza; finalmente en el escudo habia saltado la garra del águila que sostenia el rayo y parte de este. No supieron á qué atribuirlo, y el ansia de ver hacerse pedazos á los combatientes, impidió al pueblo y demas espectadores fijarse largo tiempo en esta reflexion.

El Caballero del Águila hizo una noble cortesia al Rey, y luego se volvió á su contrario, quien al verle acercarse, le dijo en alta voz: Caballero, no habeis cumplido el pacto, ni teneis motivo que justifique vuestra tardanza; en consecuencia, pues, de haber faltado á las condiciones del duelo, se me confiere la prez y honor de la victoria, y se os declara por calumniador.

—Tú sabes muy bien, advenedizo, le contestó el Caballero del Águila con una voz de trueno, á quién debo agradecer la tardanza involuntaria, y si rehusaras combatir, debieras echar mano de medios mas hidalgos y nobles.

—Nada entiendo de cuanto quereis fingir: yo por compasion os hago merced de la ignominia de confesaros vencido, con tal que os retireis; el águila no está ya en disposicion de vibrar rayos. Esto dijo aludiendo á tener rota la garra el águila del escudo.

—No evitarás batirte con el Caballero del Águila; y si eres tan compasivo ó cobarde que te desdeñes de medir la espada conmigo, yo seré bastante arrojado para obligarte á confesar á pesar tuyo, eres el raptor de Sofía. Dijo, y afirmó-

se sobre sus estribos, poniendo la lanza en ristre, encarada á Manstein. A este tiempo llegaron los heraldos y jueces del duelo, y requirieron á los caballeros se mantuviesen quietos, hasta haber reconocido segun costumbre las armas y el terreno. Manstein vió ser forzoso pelear, y el valor y espíritu que le negaba su conciencia, se los concedió por un momento la desesperacion. Los jueces miraron las armas, y vieron estaban en debida forma; pasearon la estacada detenidamente, y hechas las demas ceremonias de estilo, pasaron á partir el sol á los combatientes. Despues de haber dado una vuelta Manstein alrededor del palenque, situóse junto á la barrera enfrente del trono de Venceslao. El Caballero del Águila manejando con ex-

tremada gracia y destreza su hermoso caballo, recorrió igualmente el círculo del anfiteatro, y paró enfrente de su competidor. Retirados los jueces y pasado un instante de silencio, el terrible y repentino sonido de las trompetas dió la señal de acometida. Parten de carrera los caballos, y con no vista furia se encuentran en medio de la estacada. El choque fue espantoso; pero bien sostenido de entrambas partes: ambos se mantuvieron firmes en la silla, aunque el caballo de Manstein flaqueó algun tanto por las gurupas. Vuélvense la espalda para renovar la embestida: esta segunda vez no fue el choque tan igual. La lanza del Caballero del Águila saltó en mil astillas por el aire, pero tambien hizo pedazos el escudo de su com-

petidor, quedando este privado de la principal defensa. Pero el generoso paladin de la bella Sofía desdeñando aprovecharse de la ventaja que tenia sobre su enemigo, arrojó tambien su escudo, y sacó la espada. ¿Me despreciais? le dijo Manstein lleno de rabia: no te librará de mis manos esa falsa generosidad que cede en mayor gloria mia; y diciendo esto le acometió con la lanza en ristre con intencion de atravesarle. Pero el incógnito con admirable ligereza ladeó el cuerpo, y dejó pasar la lanza, y dando al tiempo mismo un terrible golpe con su espada en la cabeza del caballo de Manstein, ambos fueron rodando largo trecho por la arena. Ni esta ventaja impelió al Caballero del Águila á aprovecharse de la ocasion, y valer-

se de su derecho. De un salto se puso en tierra dispuesto á renovar el combate á pie, y con generosa tranquilidad aguardó á que Manstein se desembarazase de los estribos. La rabia, el despecho, la verguenza, la desesperacion, todas las pasiones juntas trasportaban á este hasta un grado de furor y exaltacion difícil de imaginar. Cubierto de polvo y sudor se pone en pie, empuña la espada, y como un tigre se arroja á su presa; así se arroja contra el intrépido desconocido. Uno solo ha de dejar el campo, le gritó, y no te gloriarás de haber triunfado de Manstein vivo: insultarás si puedes su cadáver; y diciendo esto, le descargó tan furibundo tajo sobre el casco, que hizo vacilar al valeroso campeon. Pero rehaciéndose al momento, le-

vanta su espada, y hace ademan de descargarle sobre el yelmo un golpe descomunal: Manstein viéndole venir, prepara el quite con destreza; pero cambiando de repente la direccion el Caballero del Águila, convierte el tajo en estocada, y sin que pudiese impedirlo, dirigió la punta con tal acierto que la metió por las junturas del peto, y le atravesó el hombro izquierdo. Cayó Manstein en la arena, y el campo quedó empapado en su sangre. El Caballero del Águila se le acercó, y en voz baja le dijo: Manstein, restituye la hija al padre, ó no me faltarán medios de obligarte á hacerlo; si no lo ejecutas, dentro de poco oirás hablar del Caballero del Águila de un modo funesto para tí. Dicho esto, sin aguardar respuesta,

monta en su caballo, salta segunda vez la barrera, y desaparece.

Al tiempo de caer Manstein, alzóse un clamor universal victoreando al Caballero del Águila, y aclamándole vencedor. El entusiasmo que inspiraba su valor y denuedo, era igual al deseo que todos tenian de conocerle; pero su repentina salida dejó burlada la curiosidad y esperanzas de todos. El Rey quedó mortificado del vencimiento de su favorito; pero no pudiendo impedir se siguiesen los trámites del duelo sin exponerse á una sedicion, pues el pueblo estaba tan justamente prevenido en favor del Caballero del Águila, consintió que los heraldos proclamasen por vencedor al desconocido caballero, y al vencido Manstein por raptor de Sofia. Hallábase este tendido en la

arena casi sin conocimiento, y de orden del Rey fue conducido á palacio. Registrada la herida hallóse no ser mortal; pero la exaltacion de la rabia y vergüenza del vencido retardó los efectos saludables de los medicamentos, en términos que hasta despues de dos meses no se halló en disposicion de dejar el lecho. Venceslao, aunque irritado contra él, le mantuvo no obstante en su gracia, persuadido, como se lo hizo creer Manstein, de que mas que á falta de valor y destreza, debia imputarse su vencimiento á un azar y fatalidad tan comun en los desafios, y que frecuentemente pone al vencido inocente á los pies y merced del delincuente vencedor.

NOTAS.

(1) Bohemia. Antiguo reino de Europa perteneciente al Austria. Confina al N. con la Misnia y Lusacia, al E. con Silesia y Moravia, al S. con Austria, al O. con Baviera. Está separada de estas por una cordillera de montañas de granito, y su extension es de mas de 110 leguas de largo, sobre 70 de ancho. Su poblacion es de 3,203222 habitantes altos y bien formados. La religion dominante es la católica. El idioma un dialecto del esclavon con mezcla de aleman. El Moldaw separa la Bohemia en oriental y occidental. Divídese en diez y seis círculos, sin contar á Praga, que forma distrito aparte. Sus rios principales son el Elba, Eger, Eser y Moldaw. El clima sano aunque algo frio. Las rentas públicas ascienden en el dia á cincuenta millones de francos. Anti-

guamente habitaron este pais los suevos, boyos, marcomanos y esclavones.

(2) Beraun. Ciudad de Bohemia, capital del círculo de su nombre sobre el pequeño rio Mirza. Antiguamente estaba muy poblada y tenia una célebre Abadía; pero las guerras del siglo diez y siete la arruinaron casi enteramente. En el dia su principal ramo de industria consiste en fábricas de armas de fuego. Su territorio está cubierto de espesos bosques. Dista tres leguas de Praga al S. O.

(3) Praga. Ciudad hermosa, fuerte y célebre de Alemania, capital de toda Bohemia, y en especial del círculo de su nombre. Divídese en ciudad vieja (Alstadt), ciudad nueva (Newstadt), y en ciudad pequeña (Kleinseite); las dos primeras unidas por un hermoso puente sobre el Moldaw. En aquel se vé una capilla fabricada sobre el mismo lugar, desde el cual mandó el Rey Venceslao VI arrojar á San Juan

Nepomuceno. La ciudad vieja está en el declive de una montaña; la nueva y la pequeña en la llanura. Tiene ademas un cuartel ó barrio llamado Ratschin, y tres arrabales, 80000 habitantes, de los que 8000 son judíos, arzobispado, universidad fundada en 1348, biblioteca de mas de cien mil volúmenes, observatorio, gabinete de historia natural y física, escuela normal, gimnasios, dos academias, muchas sociedades científicas y literarias. Sus edificios en general son soberbios, con especialidad las casas consistoriales, el castillo real, la catedral, palacio episcopal y teatro. Sus calles son rectas, bien empedradas y enlosadas por las aceras. Cuéntanse en ella dos buenos castillos, nueve puertas, noventa y dos iglesias, ocho sinagogas y magníficas casernas, antes colegio de jesuitas. Antigua corte de los Reyes de Bohemia.

(4) Juan Nepomuceno, canónigo de la catedral de Praga, confesor de la

Reina Juana de Holanda, muger del Emperador Venceslao VI. Este bárbaro príncipe, celoso de su esposa, se empeñó en que le revelase el Santo toda la confesion de la Reina. Negándose este á tan impía propuesta, le puso el tirano á cuestion de tormento que sufrió el invencible mártir con heróica fortaleza. Dejóle por fin en libertad; pero pasado poco tiempo, asomándose Venceslao á un balcon de palacio, vió pasar al canónigo, y su vista despertó en él la rabia y furor por el desaire que á su parecer habia hecho á su soberana voluntad, ó mas bien su impío capricho. Hízole llamar, y le insinuó obedeciese sin réplica ni dilacion á sus órdenes, de lo contrario le haria beber agua, manifestando con esta expresion la resolucion de precipitarle en el rio. No se dignó contestar el santo á la indigna intimacion, y el brutal monarca aquella misma noche le hizo arrojar del puente del Moldaw al rio, donde se

ahogó, mártir de su obligacion y del sigilo sacramental.

(5) Juan Hus, rector de la universidad de Praga. Nació en una aldea de Bohemia, y sus padres eran de la ínfima plebe. Graduado de bachiller, y ordenado de sacerdote en Praga, comenzó á publicar y defender errores, renovando los de Wiclef, y uniéndose á Gerónimo de Praga. Venceslao VI, que á la sazon reinaba, pensando únicamente en sus placeres y en glotonerías, cuidaba poco de cortar y oponer diques al contagio de la heregía. Pero Sigismundo su hermano y heredero presuntivo de la corona tomó á su cargo este negocio, y envió á decir á Juan Hus que se presentase en el Concilio de Constancia á dar razon de su fé y doctrina. Convino Juan Hus, y fijó carteles en las puertas de palacio y de las iglesias de Praga, con la promesa de ir á defender en persona su doctrina ante el Concilio. Con un salvoconducto del Em-

perador se puso en viage para Constancia, adonde llegó por Noviembre de 1414. Siete meses duró el exámen de su doctrina, y finalmente se le intimó abjurase los errores que en él habia condenado el Sínodo. Prometió sujetarse á la decision; mas prosiguiendo no obstante en sostenerlos, fue condenado al fuego con sus libros, y se ejecutó la sentencia en 16 de Julio de 1415. Dicen que subió á la pira con serenidad y valor, y que murió cantando salmos. Sus discípulos se llamaron husitas. Añádese que al tiempo de morir exclamó: ahora se quita la vida á un ánade, pero dentro de cien años renacerá de sus cenizas un cisne, cuya pluma defenderá la fé, por la cual muero. (Hus en lengua alemana significa ánade.) Este cisne segun los protestantes fue Lutero.

(6) Guttemberg, Kuttemberg ú Hora-Kuttda, pequeña ciudad del círculo de Czaslau en Bohemia con 6300 habitantes, un palacio real llamado Hof,

bella catedral, y célebre por sus minas de plata. Dista de Praga 16 leguas al S. E. Los bohemos son en extremo supersticiosos y crédulos, y se figuran que las minas son el teatro principal de las apariciones de duendes y vampiros.

(7) Gonthier, nombrado Emperador de Alemania, antes Conde de Schwartzemburgo en Turingia. Fue electo en 1346, en oposicion á Carlos Rey de Bohemia, padre de Venceslao VI. Mientras los dos rivales se disputaban el imperio, Gonthier murió en Francfort de veneno, que le propinó un médico, como si fuera remedio. Fue sepultado en la iglesia de San Bartolomé. Nos hemos tomado la libertad de dilatar la época de su muerte hasta el reinado de Venceslao. Pero debe el lector, á quien pareciere sobrada esta licencia, acordarse que escribimos novela y no historia.

(8) Globo de oro. El Emperador Carlos advirtiendo la repugnancia de los Electores en favor de Venceslao, á fin

de ganar los votos ofreció á cada Elector cien mil florines, por cuyo medio fue este sin contradiccion proclamado Emperador. La Bula de oro es una coleccion de leyes que se miraron como las fundamentales del imperio germánico, y estaban selladas con un sello de oro pendiente de cordones de seda amarilla y roja, y aludiendo al oro de la Bula que habia ganado á Carlos los sufragios de los Electores para su hijo, como él mismo lo decia; habla aquí Emerico.

(9) Bayaceto I, quinto Emperador de los turcos, hijo de Amurates I, á quien sucedió el año 1387 y 789 de la Egira. La rapidez de sus conquistas le adquirió el nombre de Gilderin, que significa rayo. Asesinó á su hermano primogénito Jucub ó Jacob, para subir sin contradiccion al trono, y por él comenzó la bárbara costumbre de los Sultanes de quitar la vida á sus hermanos en su exaltacion al solio. Invadió primeramente las provincias de Bulga-

ria, Macedonia y Tesalia; tomó muchas plazas á los griegos y armenios, y despojó de sus estados á casi todos los príncipes asiáticos. Ganó á los húngaros la famosa batalla de Nicópolis, y puso sitio á Constantinopla, pero el Mariscal de Boucicaut le obligó á levantarlo. Continuando en sus conquistas, los príncipes de Asia imploraron el socorro de Tamerlan, Rey de Persia, cuyo nombre, despues de haber sojuzgado á los partos, era el terror del oriente. El príncipe tártaro dió la batalla á Bayaceto junto á Angouri en Galacia un viernes 28 de Julio de 1402; quedando este último vencido y prisionero. El vencedor le mandó encerrar en una jaula de hierro; desgracia que el altivo Bayaceto no pudo tolerar. Desesperado se golpeó la cabeza contra las verjas de la jaula con tal violencia, que le ocasionó la muerte el año 1403 de Jesucristo, 806 de la Egira, á los 15 de reinado, y 8 meses de cautiverio.

(10) Wielickzka. Pequeña ciudad del imperio de Austria, en Gallitzia, á nueve leguas de Cracovia, célebre por sus minas de sal. Debajo de la misma ciudad estan situadas estas, y forman como otra ciudad subterránea, donde se halla todo lo necesario para la explotacion, y se ven calles, galerías, capillas, almacenes, &c. Su longitud es de 8691 toesas; su anchura de N. á S. de 1115 toesas; su mayor profundidad de 743 toesas. Tiene diez entradas. En algunas se baja por máquinas semejantes á las poleas de los pozos, colocándose el que entra en una especie de pozal ó ceston hecho al efecto. Pero una de las diez entradas tiene escalera de 470 gradas.

(11) Nepomuck ó Grumberg, pequeña villa del círculo de Pílsen, en Bohemia, patria de San Juan Nepomuceno, á quien dió el nombre. Véase la nota 4.

ÍNDICE

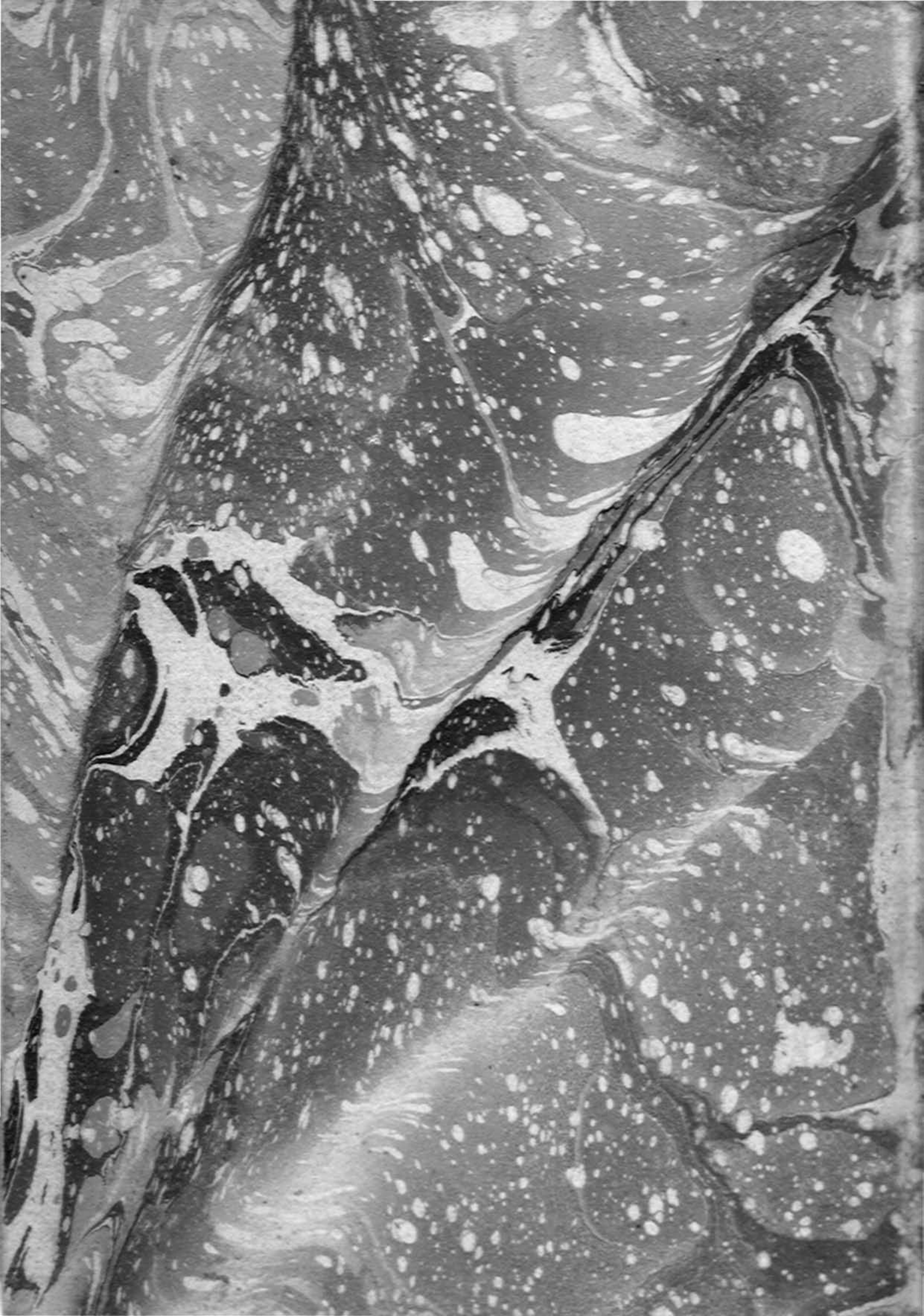
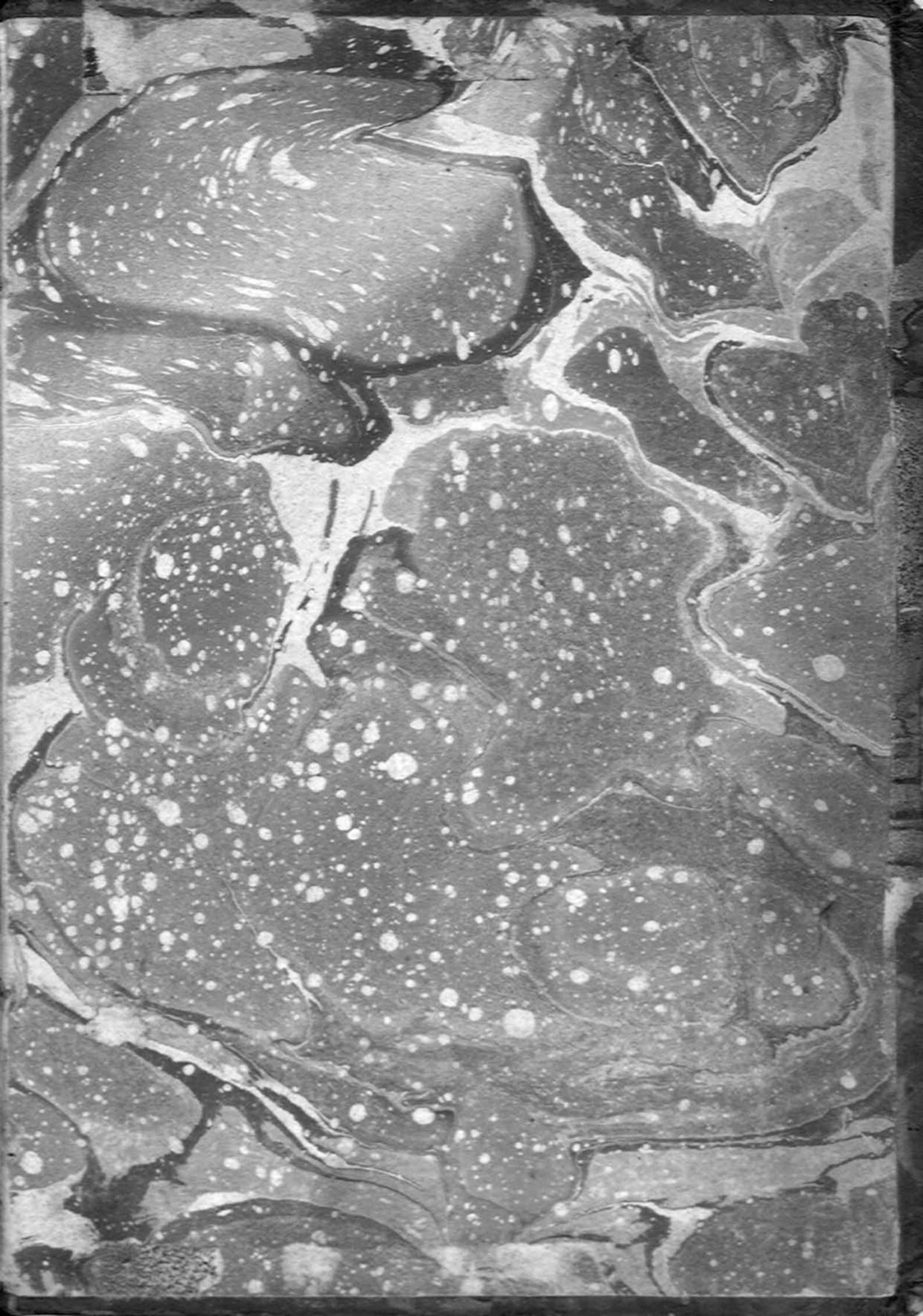
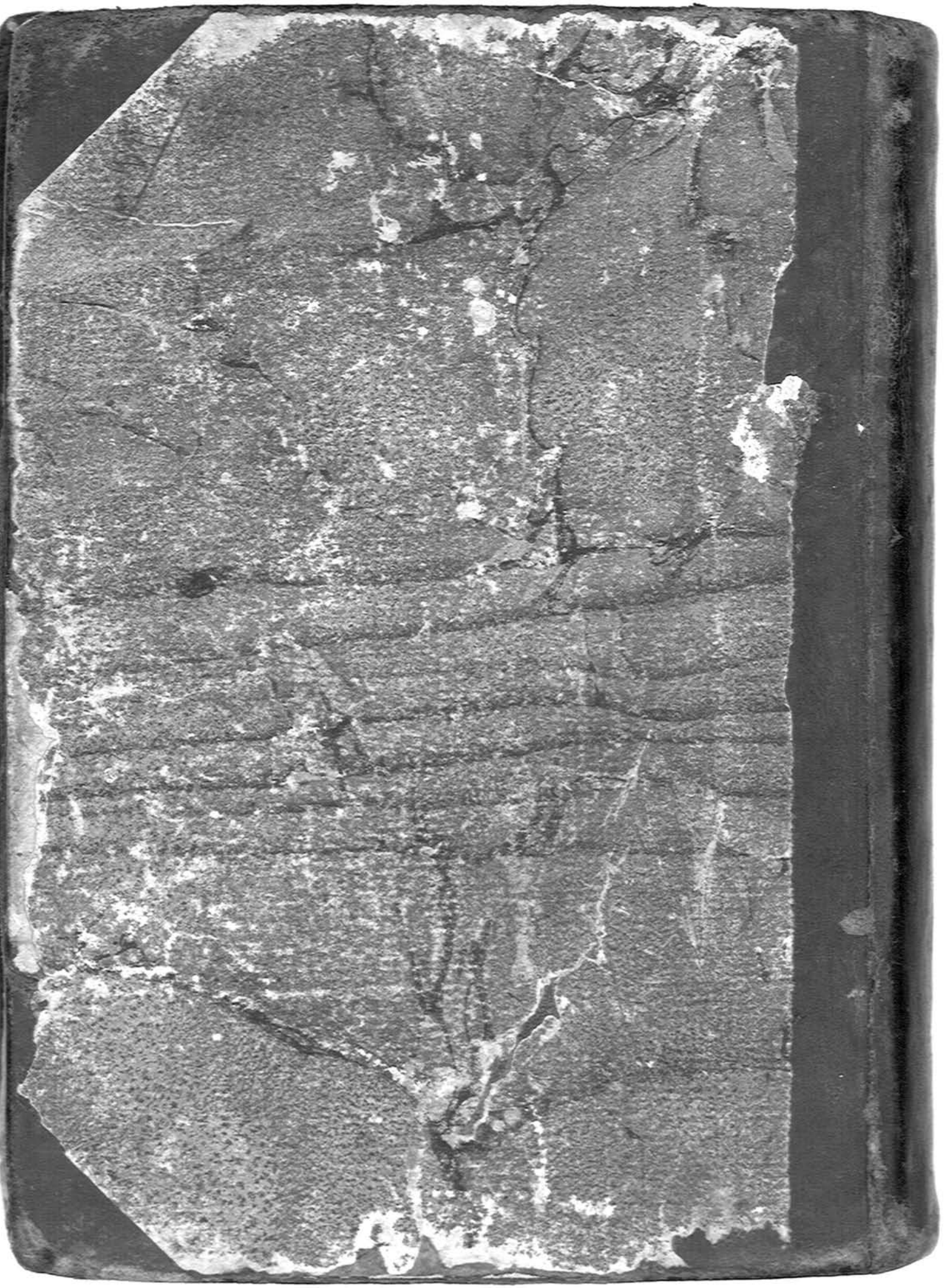
DE LOS CAPÍTULOS QUE

CONTIENE.

CAPÍTULO I. *El funeral.* pág. 1.

II. *Venceslao VI.* . . . . 32.

III. *El espectro.* . . . . 87.

IV. *Los subterráneos.* . . . 140.

V. *Prision y duelo.* . . . . 190.